

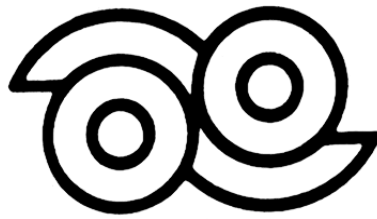
Teorías psicoanalíticas del grupo

René Kaës



Paidós

Las teorías psicoanalíticas del grupo



De René Kaës en esta biblioteca

«El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos», en *Lo negativo. Figuras y modalidades*

El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo

«Introducción: el sujeto de la herencia» e «Introducción al concepto de transmisión psíquica en el pensamiento de Freud», en *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*

«Introducción. Dispositivos psicoanalíticos y emergencias de lo generacional», en *Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica*

En preparación:

La palabra y el vínculo. Procesos asociativos en los vínculos

Las teorías psicoanalíticas del grupo

René Kaës

Amorrortu editores

Biblioteca de psicología y psicoanálisis

Directores: Jorge Colapinto y David Maldavzky

Les théories psychoanalytiques du groupe. René Kaës

© Presses Universitaires de France, «Que sais-je ?», 1999

Traducción, Mirta Segoviano

Única edición en castellano autorizada por *Presses Universitaires de France*, París, y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la edición en castellano reservados por Amorrortu editores S. A., Paraguay 1225, 7° piso (1057) Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-086-1

ISBN 2-13-049808-6, París, edición original

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en julio de 2000.

Índice General

Introducción.....	7
I. El interés por el grupo en el malestar de la cultura	7
II. Los nuevos problemas clínicos	10
III. El abordaje psicoanalítico del grupo: consistencia del campo y del objeto	11
1. La invención psicoanalítica del grupo.....	15
I. Freud y el grupo.....	15
II. Algunos hitos de la Invención psicoanalítica del grupo después de Freud.....	19
III. Situación de grupo y método psicoanalítico	28
2. El grupo como entidad específica	33
I. Los modelos funcionalistas.....	33
II. Los modelos estructuralistas.....	37
III. Los modelos genéticos	41
IV. Los modelos de transformación: el aparato psíquico grupal.....	43
3. Procesos y principios del funcionamiento psíquico en la vida de los grupos	46
I. Los procesos psíquicos grupales originarios	46
II. Los procesos primarios: onirismo de grupo y fantasmaticización de grupo	49
III. Los procesos secundarios: representación y pensamiento	51
IV. Los procesos terciarios: el vínculo con el aparato del lenguaje y el mito.....	51
V. Los procesos asociativos y el trabajo del preconscious en los grupos	52
VI. Propositiones relativas a los principios del funcionamiento psíquico en los grupos	54
4. Los vínculos de grupo	57
I. Las investigaciones sobre el vínculo, las relaciones de objeto y las configuraciones vinculares	57
II. El problema de las pulsiones en el vínculo de grupo.....	58
III. Las identificaciones, los referentes identificatorios y los vínculos de pertenencia	60
IV. Los mecanismos de defensa y las alianzas inconscientes.....	64
V. La categoría de lo intermediario y las funciones fóricas.....	68
VI. Las representaciones y los vínculos de pensamiento.....	69
5. La grupalidad psíquica y el sujeto del grupo.....	71

I. Teorías de la grupalidad psíquica y de los grupos internos	71
II. Las exigencias de trabajo psíquico impuestas por la subjetividad del objeto.....	74
III. La noción de trabajo psíquico de la intersubjetividad	76
IV. El concepto de sujeto del grupo como sujeto del inconsciente.....	77
Conclusión.....	79
Referencias bibliográficas.....	80

Introducción

[9] Los problemas a que intentan dar respuesta las teorías psicoanalíticas del grupo tomaron forma por efecto de tres tipos de necesidades: la necesidad socio-histórica, la necesidad clínica y la necesidad de elaboración epistemológica interna al pensamiento psicoanalítico.

I. El interés por el grupo en el malestar de la cultura

El interés prestado al grupo por las «ciencias humanas» está estrechamente asociado a los diversos componentes de la crisis del mundo moderno. Los períodos de desorganización social y cultural se caracterizan por el debilitamiento de los garantes metasociales y metapsíquicos: por la alteración de sus funciones de encuadramiento, de creencias compartidas y de representaciones comunes. Al tambalearse esos garantes, que recogen todo lo implícito de una cultura, resultan particularmente afectados los fundamentos del orden simbólico: la ley que se impone a todos y organiza al conjunto es sustituida por la arbitrariedad y la anomia. Los efectos psíquicos de ese tambaleo y del debilitamiento de los garantes es el objeto de análisis de *El malestar en la cultura*, que Freud emprende en 1929. Setenta años [10] más tarde, este malestar podría ser caracterizado por tres tipos de trastornos:

- El trastorno en *los apuntalamientos de la pulsión y en el pacto de renunciamientos pulsionales parciales necesarios para la vida en común*, trastornos patógenos que se expresan por la desintrincación pulsional, los correspondientes clivajes del yo y el fracaso de las sublimaciones.

- El trastorno en *las identificaciones y en los sistemas vinculares* se manifiesta a través de la desorganización de los referentes identificatorios y de las fronteras del yo; este trastorno participa en las patologías de las personalidades *como si* o *borderline*, en las insuficiencias o hipertrofias de las funciones del ideal. Se expresa en el debilitamiento de los contratos intersubjetivos (contratos narcisistas, comunidad de renunciamientos, pactos denegativos) sobre los que reposan los garantes del espacio donde el Yo [*Je*] puede advenir e historizarse en la pertenencia a un Nosotros. Las investigaciones contemporáneas sobre la transmisión de la vida psíquica entre generaciones, sobre sus tropiezos y sus fallos en la formación del «sujeto de la herencia», ponen de manifiesto la consistencia de estos trastornos.

- El trastorno en *las certezas y en los sistemas de representación compartida* es uno de los síntomas más intensos del malestar en el trabajo del sentido y de la interpretación: se acentúa por el debilitamiento de los referentes identificatorios, el deterioro de los procesos de sublimación, el refuerzo de los efectos tribales. Se mantienen así en forma circular las psicopatologías del vínculo intersubjetivo.

Frente a estos malestares y estos trastornos, el grupo es inventado o reinventado para restaurar las funciones metapsíquicas sobre las que reposan los [11] apuntalamientos y los pactos de renunciamiento, la eficacia de las prohibiciones estructurantes, los referentes

identificatorios, las creencias y representaciones compartidas. La invención psicoanalítica del grupo da testimonio de estas grandes rupturas de la modernidad. Construye a su respecto una elaboración específica, distinta de las que proponen la psicología o la sociología: su interés se especifica por la atención que presta a los efectos del inconsciente sobre los procesos de grupo, tanto como por los efectos de grupo sobre los procesos psíquicos.

Las especulaciones freudianas sobre los grupos e instituciones, y las primeras tentativas de aplicarlas a tratamientos considerados refractarios a la cura individual, son contemporáneas del primer desarrollo del psicoanálisis, antes y después de la Primera Guerra Mundial (*Tótemy tabú*, 1912-1913; *Psicología de las masas y análisis del yo*, 1920-1921). Los primeros esquemas teóricos se trazan en el período que sigue al final de la Segunda Guerra Mundial; luego, en los años de posguerra, prácticas y teorías toman un impulso notable.

El interés psicoanalítico por los grupos se encontró así asociado a las grandes perturbaciones que caracterizaron los períodos de catástrofe social de la primera mitad del siglo XX. En dos ocasiones es resultado del doble trabajo, psíquico y cultural, de la guerra, trabajo de elaboración de las rupturas y crisis provocadas por la destrucción voluntaria y sistemática de sectores enteros de la Civilización, por la puesta en jaque del orden simbólico que esta sostiene.

Las teorizaciones psicoanalíticas sobre los grupos conocen un nuevo desarrollo al comienzo de los años 60, mientras se va precisando la metodología del psicoanálisis aplicado a esta experiencia del inconsciente y al tratamiento de los trastornos psíquicos, [12] hasta entonces apenas accesibles de otro modo. Este desarrollo acompaña al movimiento social de industrialización y urbanización; sigue a la desorganización y transformación de los grandes referentes metapsíquicos y metasociales que gobernaban los vínculos intersubjetivos en las relaciones familiares y grupales.

El interés del psicoanálisis por el grupo se fundó primeramente en la atención que Freud prestó a los movimientos de violencia que agitaron a su propio grupo por efecto de la revolución psíquica y cultural de la que él fue matriz y portador. Este interés está ligado también a la intuición capital de Freud sobre la determinación y la consistencia intersubjetivas de la vida psíquica. Cuando en *Tótem y tabú* describe el proceso por el que se efectúa el paso de la horda a la cultura, Freud conjuga al menos esas dos preocupaciones.

Sin embargo, este interés se caracteriza por una oscilación constante que atravesará al movimiento y al pensamiento psicoanalíticos: ora el grupo es pensado como el conjunto de vínculos que forman la matriz de la psique y como el pasaje obligado hacia la edificación de la civilización; ora es denunciado como el lugar de la regresión hacia la horda salvaje y mortífera, máquina de destrucción de los vínculos, dispositivo de alienación y de captación imaginaria. Es un objetivo de la investigación psicoanalítica decir en qué aspecto y según qué condiciones el grupo es lo uno y lo otro, y no lo uno o lo otro.

La idea de que el grupo es una conquista de la civilización antecede a los temas de la especulación freudiana. Todas las culturas han reconocido las virtudes civilizadoras del grupo y las grandes funciones que este garantiza en el desarrollo y mantenimiento de la vida psíquica. Contra la soledad, el desamparo y el miedo, contra los peligros y los ataques del mundo externo y del mundo [13] interno, el grupo propone un sistema de protección y defensa a cambio de un contrato de pertenencia permanente a él. Este contrato está fundado sobre identificaciones mutuas, sobre representaciones e ideales comunes, sobre alianzas conjuntas y sobre renunciamientos recíprocos a las satisfacciones pulsionales inmediatas y a los ideales personales. El grupo reúne a sus «miembros» porque funda y mantiene la cohesión personal: todo lo que concurre a unir al grupo, a estrechar sus vínculos, a enlazar a sus miembros mediante la identificación con una imago idealizada (figura divina, héroe, jefe o idea que la asumen), con un tótem que inscribe a cada uno en una genealogía y en una fraternidad, todas estas producciones psíquicas de grupo los unifican en el interior de sí mismos; delinean los límites del adentro y del afuera, de lo extraño y de lo familiar, del amigo y del enemigo.

Este fondo religioso de la grupalidad es el soporte del sentimiento de pertenencia; en el principio de toda vida colectiva, sostiene sus funciones iniciáticas; el grupo instituye y administra los ritos de pasaje de un estado a otro: de la naturaleza a la cultura, del nacimiento a la muerte, de la indiferenciación a la diferenciación sexual, de una generación a otra. Sostiene también sus funciones terapéuticas: el grupo es terapéutico porque es el lugar de la reunificación interna, el lugar del sentido y el lugar del vínculo, el acuerdo recobrado entre el sueño y el mito.

El grupo juega un papel intermediario decisivo en las relaciones y los movimientos de equilibrio y de transformación que afectan a la sociedad en las diversas dimensiones de su organización social, cultural, económica y política. Obtiene de esas funciones intermediarias su valor de instrumento de la socialización, en la medida en que asegura la continuidad y el pasaje entre el grupo primario (la familia), los grupos secundarios (grupos de pares, grupos de aprendizaje, grupos de presión) y el «cuerpo» social.

[14] Es en esos grupos donde se establecen y transmiten los contratos que organizan los saberes comunes, los ideales compartidos, los sistemas de defensa y de protección mutuos.

En todas las sociedades y en todos los períodos de la historia, el grupo ha sido utilizado como una herramienta de producción y reproducción de la vida psíquica, de los valores morales, el saber-hacer, la riqueza y las ideas. . . Su rendimiento es considerado entonces superior al de la suma de las energías individuales. La toma de conciencia colectiva de esta propiedad se produjo sólo al comienzo del siglo XX, cuando la instrumentación del grupo se puso al servicio de las necesidades de la industrialización. Una fuerza o una «dinámica» del grupo es reconocida a la vez en sus aspectos positivos (en la empresa, el rendimiento útil, cf. Taylor) y negativos (en el campo social, la destructividad asociada a esta fuerza, cf. Tarde y Le Bon).

Las grandes construcciones míticas sustentan la autorrepresentación del grupo, de su valor y finalidades, y la Justificación de su funcionamiento para el conjunto social.

Notamos aquí la potencia de las metáforas orgánicas incluidas en estas representaciones: el grupo, para ser eficaz, debe estar dotado de un «espíritu de cuerpo», y sus «miembros», de la misma «sangre», deben formar cuerpo con su «jefe» y con todos aquellos a quienes se confía la función de pensar y decidir: «la cabeza», «el cerebro». En el mismo registro metafórico, el grupo es considerado peligroso, imprevisible como «una mujer ebria» (V. Hugo).

El temor a que el grupo favorezca la regresión hacia la horda primitiva es un gran tema de las representaciones del grupo en las que actúan las fantasías, las angustias inconscientes y los mecanismos de defensa contra estas. No es de extrañar que encontremos [15] aquí un tema crucial de los períodos sensibles de la historia y de las transformaciones sociales: la denuncia de los «grupúsculos» en Mayo de 1968, el acoso a los psicoanalistas que trabajaban con grupos durante la dictadura en la Argentina lo atestiguan. Ecos de ello ya se hacían escuchar en las teorías de Le Bon y de Tarde sobre el gran temor a las masas, a los grupos disidentes que conspiran contra la estabilidad social. El grupo es considerado peligroso cuando la desorganización social viene a representar la desorganización pulsional y, recíprocamente, cuando la desorganización pulsional se proyecta en los movimientos sociales, que devienen así, por efecto de esta circularidad, realmente peligrosos. Todo ocurre como si las sospechas que pesan sobre el grupo, por razones que responden en primer lugar a las fantasías arcaicas que despierta, se verificaran en ciertas coyunturas sociales y atravesaran todos los modos de pensamiento, incluso los más habitualmente racionales,

í

II. Los nuevos problemas clínicos

La calificación del grupo como medio directo o como contexto del tratamiento de las enfermedades psíquicas es conocida desde tiempos lejanos, tanto entre los griegos de la época clásica como en las civilizaciones africanas tradicionales. Las corrientes de pensamiento que en Occidente desembocan en la primera revolución psiquiátrica hacen del grupo un instrumento terapéutico que provee una alternativa a la contención y el aislamiento entre los muros del asilo: [el vínculo intersubjetivo cura](#).

Una de las contribuciones capitales del psicoanálisis ha sido comprender que el grupo moviliza procesos [16] psíquicos y dimensiones de la subjetividad sobre los que los dispositivos llamados «individuales» no actúan, o no lo hacen de la misma manera ni con la misma intensidad.

Los dispositivos de tratamiento individuales se revelan inadecuados en todos los casos en que las transferencias no pueden establecerse en el marco del coloquio singular terapéutico. No son pertinentes cuando están en juego las conjunciones de subjetividad que organizan la patología de los vínculos de pareja, de familia, de institución. Los dispositivos de grupo están indicados cada vez que el abordaje del sufrimiento de los pacientes exige que primero se establezcan o se restablezcan las condiciones de un continente psíquico plurisubjetivo, de modo que el grupo pueda progresivamente internalizarse en una envoltura psíquica; esta podrá entonces recibir las fantasías y los objetos de

identificación necesarios para la emergencia de un sujeto, a la vez singular y solidario de un conjunto del que participa y del que procede.

El tratamiento en un dispositivo de grupo psicoanalítico de niños muy gravemente perturbados, de ciertas patologías de la adolescencia, de los sufrimientos de la adicción y de las secuelas traumáticas, muestra la eficiencia de la función pensante del otro (de más de un otro) en la restauración de la actividad de la memoria, del lenguaje y de la interpretación. De uno u otro modo, todos estos trastornos inciden en la estructuración y en la actividad del preconscious. La tan difícil cuestión de las indicaciones terapéuticas se plantea en este contexto, y no desde una perspectiva puramente nosográfica: inquiera sobre el modo en que los procesos psíquicos que se desarrollan en una situación psicoanalítica de grupo sostienen o no el trabajo terapéutico en determinado sujeto; explora las vías a través de las cuales se [17] efectúan las transformaciones, y las resistencias que estas encuentran.

III. El abordaje psicoanalítico del grupo: consistencia del campo y del objeto

El psicoanálisis ha sostenido, primero de modo especulativo y luego en confrontación con la experiencia clínica en un dispositivo adecuado, la idea de una realidad psíquica específica en el grupo, realidad irreductible a la simple yuxtaposición o incluso a la interacción de las realidades «individuales».

Tales proposiciones conducen necesariamente a un debate epistemológico. De hecho, la teorización y los objetos teorizados del psicoanálisis se formaron esencialmente a partir de la situación princeps y paradigmática de la cura individual, en la que cada sujeto es tratado uno por uno, en un dispositivo que sólo incluye al analista y al analizado. Sin embargo, la teorización también se efectuó en extensión con respecto a su situación metodológica de origen, y según tres vías principales:

Por la vía de la especulación y de la imaginación. Es muy evidente el caso de Freud cuando escribe *Tótem y tabú. Psicología de las masas y análisis del yo, El malestar en la cultura, Moisés y la religión monoteísta*; o cuando, con la finalidad de explorar su campo de pertinencia y obtener elementos de validación, «aplica» el psicoanálisis a la creación artística, la mitología o la civilización. Esta vía es también la que toman la mayoría de las construcciones críticas formuladas a *priori* por psicoanalistas que no poseen una práctica de grupo.

Por la vía de la confrontación clínica. Las adaptaciones de la cura hicieron necesarias ciertas reelaboraciones en su conducción y en la concepción del espacio [18] psicoanalítico; pusieron de manifiesto la especificidad y la relatividad de cada dispositivo psicoanalítico, mostrando que cada uno de ellos selecciona cierta configuración de la vida psíquica y produce restos, por ejemplo los efectos de grupo no analizados en el proceso psicoanalítico de la cura. Estos nuevos métodos del psicoanálisis aplicado al tratamiento de niños, adolescentes y adultos autistas, psicóticos, *borderline*, narcisistas y antisociales, hicieron necesarias ciertas revisiones de la teoría y del método del psicoanálisis mismo.

Por la vía de la crítica interna a la teoría psicoanalítica. Admitir una pluralidad de dispositivos pertinentes para encarar un tratamiento y un conocimiento del inconsciente conduce a dar por supuesta cierta heterogeneidad tópica y estructural del inconsciente no sólo en un mismo sujeto, sino en sus «localizaciones» intersubjetivas; hoy conocemos mejor cómo en la psique de un sujeto se albergan formaciones del inconsciente que pertenecen a otro.

A través de todos estos abordajes, se transforman necesariamente la definición misma del inconsciente como objeto teórico del psicoanálisis, el modelo de inteligibilidad del aparato psíquico y la concepción del sujeto y de la subjetividad. En efecto, a partir del momento en que las especulaciones de Freud sobre los grupos y el vínculo intersubjetivo encuentran un marco metodológico adecuado para trabajar las hipótesis correspondientes, los enunciados de la teoría especulativa comienzan a ser revisados; desde el momento en que se construyen teorías para dar cuenta de las formas y procesos de la realidad psíquica surgidos en la clínica de los grupos, esas teorías tienen incidencia sobre la teoría general del psicoanálisis. Redefinen un conocimiento del inconsciente y de las formas de subjetividad respectivas.

El debate interno del psicoanálisis se centra esencialmente en esta pregunta: ¿qué consistencia tienen el campo y el objeto constituidos por el abordaje [19] psicoanalítico del grupo? Una teoría puede ser considerada como psicoanalítica: 1) si el campo de sus objetos está constituido por las formaciones y los procesos inconscientes y por los efectos de subjetividad que en él se constituyen; 2) si las modalidades de elaboración de esta teoría se fundan en una situación construida para tornarlos manifiestos e interpretar sus efectos.

Según el primer criterio, una teoría psicoanalítica del grupo debe dar cuenta de los diferentes niveles de la realidad psíquica que se manifiestan en él. Por lo tanto, debería ser:

- una teoría de la realidad psíquica propia del *grupo en tanto conjunto específico*. En ese marco, «Grupo» designa la forma y la estructura de una organización de los vínculos intersubjetivos entre varios sujetos del inconsciente, tal que sus relaciones producen formaciones y procesos psíquicos específicos;
- una teoría de los *vínculos intersubjetivos* de que el grupo es la manifestación y, en parte, la matriz;
- una teoría del *sujeto del inconsciente* en tanto es *sujeto de/en la intersubjetividad*. Tal teoría puede incluir la hipótesis según la cual el grupo constituye uno de los lugares de formación del inconsciente. A este tercer sector de la teoría se agrega una hipótesis fuerte según la cual «grupo» designa la forma y la estructura de una organización *intrapsíquica* caracterizada por las ligazones mutuas entre sus elementos constitutivos (objetos psíquicos) y por las funciones que esta cumple en el aparato psíquico y en los vínculos intersubjetivos. De acuerdo con esta concepción, *la grupalidad psíquica* es esencialmente una organización característica de la [20] materia psíquica, y los grupos internos son los *organizadores* de los vínculos de grupo.

Estos tres niveles lógicos definen espacios *psíquicos* heterogéneos, de consistencia y lógica distintas. Las primeras teorías del grupo versaron sobre el grupo considerado como entidad psíquica específica: son las más elaboradas, pero son teorías restringidas. Las investigaciones contemporáneas se ocupan más de las diferentes modalidades de articulación del espacio psíquico del grupo con el de los sujetos que lo constituyen, y de sus relaciones de fundación recíproca. Estas teorías del vínculo se sitúan en el punto de confluencia de las teorías del grupo y de las teorías del sujeto.

En cuanto al segundo criterio de toda teoría psicoanalítica, depende de la manera como es concebido y practicado el dispositivo metodológico que sostendrá la situación psicoanalítica. Este dispositivo debe responder a tres exigencias: hacer manifiestos los efectos del inconsciente en los procesos asociativos y en el campo tráfeso-contratransferencial; sostener las relaciones de combinación o de *acoplamiento* entre los espacios que se cruzan en el grupo; interpretar las transformaciones de esos espacios, su diferenciación y su fusión por el efecto del trabajo psíquico que en él se produce.

Las diversas maneras de concebir la consistencia y el campo de los objetos del psicoanálisis en situación de grupo generan no una teoría unificada, sino teorías psicoanalíticas del grupo. En la medida en que el sujeto epistémico es sujeto del inconsciente y sujeto del grupo, recorta su campo de una manera que corresponde a la diversidad de las vías de acceso al inconsciente y propone modelos de inteligibilidad que corresponden a la diversidad de esas versiones. Deja de lado interrogantes que no puede concebir o [21] poner a trabajar. Sólo reconociéndolo se posibilita cierta objetividad en las construcciones teóricas; también, poniendo a prueba estas construcciones en cuanto a su coherencia y a su rendimiento en la clínica y, finalmente, aceptando las sorpresas que siempre reserva el carácter desconocido del inconsciente.

1. La invención psicoanalítica del grupo

La «invención» psicoanalítica del grupo se inscribe en el contexto de las grandes rupturas de la posmodernidad; se inscribe también en el movimiento psicoanalítico. Se llevó a cabo en varias etapas, en más de un lugar y sobre bases teóricas y metodológicas diversas; en todos los casos se produjo en los márgenes del psicoanálisis, movilizándolo resistencias de todo tipo pero suscitando una elaboración que interroga algunas de sus hipótesis fundadoras.

I. Freud y el grupo

LA MATRIZ GRUPAL DE LA INVENCIÓN DEL PSICOANÁLISIS. El problema del grupo se introdujo en el psicoanálisis desde su origen, con insistencia y resistencia, a tal punto que esta afinidad conflictiva entre grupo y psicoanálisis hizo del grupo *la otra* matriz fecunda y traumática de la invención del psicoanálisis: su institución y su transmisión, su teoría y su práctica llevan las huellas de las apuestas apasionadas, a menudo violentas y repetitivamente traumáticas, que se integraron en sus cimientos. Es como si la mutación que Freud mismo describió entre el régimen psíquico y cultural de la Horda al del Grupo civilizado y creador de pensamiento debiera ser constantemente renovada en la institución del [23] psicoanálisis, al igual, sin duda, que en toda institución.

Esta afinidad conflictiva irresuelta podría reducirse, en parte, a la siguiente paradoja: la exploración de lo más íntimo, de lo más oculto y de lo más singular, contra lo que se movilizan los efectos conjuntos de la censura intrapsíquica y de la censura social, sólo puede emprenderse *en* una relación intensa de pequeño grupo y contra algunos efectos de esta relación.

Es en la ruptura con Fliess, el doble narcisista, como se forma, por iniciativa de Stekel, el grupo que Freud convoca y reúne en torno de sí. El psicoanálisis se gesta en esos dos lugares disimétricos y conectados entre sí por vías de ligazón aún desconocidas: el espacio singular de la situación psicoanalítica de la cura y aquel, plural, múltiple, también él encuadrado, pero fuera de una verdadera situación psicoanalítica, del grupo que constituyen los primeros psicoanalistas en torno de Freud. En esos dos espacios antagonistas y complementarios se experimentan y se elaboran los tumultuosos descubrimientos del inconsciente, a través de sus surgimientos en la soledad y en las vicisitudes del vínculo intersubjetivo. Por más de una razón, el grupo será la contracara, oculta y recelosa, del espacio de la cura.

Freud necesita este grupo para ser, cual Schliemann, Alejandro y Moisés, el descubridor de esa Tierra prometida perdida. En el grupo que lo rodea hasta volvérselo a veces insoportable, encuentra un eco a sus pensamientos: él le lleva la palabra que dice las cosas del inconsciente, lo instruye en los procedimientos y en las reglas de conocimiento; a cambio, el grupo le enseña las cosas del vínculo de amor y odio que tejen los hombres reunidos en torno de su ideal común. El grupo es un filtro para sus emociones, un para-

excitaciones auxiliar, el objeto sobre el que ejerce su influjo. En su grupo, experimenta [24] los escollos obstinados de la resistencia al psicoanálisis que le oponen sus discípulos, pero ellos también le oponen su alteridad, sus diferencias y sus divergencias.

En esta primera y necesaria invención del grupo en el corazón del psicoanálisis, el grupo de los primeros psicoanalistas será el escenario donde el yo heroico de Freud podrá exaltarse, donde se desplegarán sus proyecciones grandiosas, sus identificaciones históricas, sus dramatizaciones masoquistas, su fantasía de preeminencia y sus recriminaciones por hallarse solo, abandonado por todos. La combinación o el acoplamiento de las psiques encontrará un principio en esos «organizadores» inconscientes de los vínculos intersubjetivos entre sus discípulos, sus hijos, sus hermanos.

El escenario del primer grupo psicoanalítico será el espacio donde se desplegará la fantasía de escena primitiva de investigación y del descubrimiento del inconsciente. Será para los discípulos de Freud, esencialmente para los hombres atraídos por él, el escenario de sus fantasías de seducción y castración: escenario en el que juegan simultánea o sucesivamente todos los avatares de la sexualidad, y en especial los de la homosexualidad y la bisexualidad; escenario donde se dramatizan las apuestas de la rivalidad fraterna, del reconocimiento permanentemente reactivado, siempre insatisfecho, de ser para Freud el hijo preferido, si no el Único.

Este escenario del grupo, donde se desplegarán tantas escenas domésticas y de familia, sólo adquirirá este relieve y esta densidad porque será el espacio que recibirá las transferencias de transferencias no analizadas o insuficientemente analizadas en la cura, ante todo *los restos* de transferencias grandiosas y persecutorias, los retoños de la ilusión movilizada en el grupo para sostener su conquista: el conocimiento [25] del inconsciente. Restos que serán investidos, sostenidos y ligados entre sí en las configuraciones interpsíquicas del grupo de los primeros psicoanalistas. Ahí se encuentran la materia y la energía requeridas para fundar la Institución del psicoanálisis.

El descubrimiento y el análisis del complejo de Edipo en el espacio intrapsíquico no cambiará casi nada en el reconocimiento, el análisis y la resolución de sus efectos en el campo de las relaciones intersubjetivas de grupo. Es como si las apuestas del Edipo activas en el grupo se volvieran allí irreconocibles, incluso después de que Freud tratara de descubrirlas en *Tótem y tabú*, en ese análisis entonces vital para él, para su grupo y para el psicoanálisis, del pasaje de la Horda al Grupo. Lo que ocurre es que el alineamiento de la realidad psíquica en los grupos no sigue exactamente las mismas vías y no produce las mismas formaciones que en el espacio intrapsíquico. Sólo le resta entonces al psicoanálisis continuar en su descubrimiento, desde el momento en que continúa en su proyecto de conocer el inconsciente ahí donde se manifiesta.

LAS PRINCIPALES PROPOSICIONES DE LA ESPECULACIÓN FREUDIANA. EL «GRUPO PSÍQUICO». En el «Proyecto de psicología» (1895) y los *Estudios sobre la histeria* (1895), el grupo aparece ante todo como un modelo de la organización y del funcionamiento intrapsíquicos: es una forma y un proceso de la psique individual. Freud llama grupo psíquico (*der psychische Gruppe*) a un conjunto de elementos (neuronas,

representaciones, afectos, pulsiones...), ligados entre sí por investiduras mutuas, que forman una cierta masa y funcionan como atractores de ligazón. El grupo psíquico está dotado de fuerzas y de principios de organización específicos, de un sistema de [26] protección y de representación-delegación de sí mismo por una parte de sí mismo; establece relaciones de tensión con elementos aislados o desligados que, por esta razón, son susceptibles de modificar ciertos equilibrios intrapsíquicos. El primer esbozo freudiano de definición del yo es el de grupo psíquico; la primera representación del inconsciente es la de grupo psíquico clivado. .1

Es evidente que el grupo intersubjetivo provee la metáfora de la que Freud se sirve para representarse un primer modelo de inteligibilidad de la estructuración y el funcionamiento del aparato psíquico. El modelo de los grupos psíquicos, uno de los más fecundos, será recurrente a lo largo de toda su obra: veremos más adelante cómo él organiza la representación de los procesos primarios y de las formaciones de compromiso, de las identificaciones y del yo, de las fantasías, los complejos y las imagos. Pero también será uno de los más desconocidos.

LA PSIQUE DE GRUPO. La atención explícita que Freud presta a los fenómenos de grupo y de masa no se explica sólo por su afán de extender la competencia de sus descubrimientos a niveles de realidad distintos de la psique individual. Más aún, esta atención no puede ser considerada únicamente desde el aspecto de su situación personal en su propio grupo, incluso cuando redacta *Tótem y tabú* en un movimiento de elaboración de la crisis personal, grupal e institucional que desemboca en su ruptura con Jung. Su desconfianza hacia la *Menge*, la masa compacta de las ideas recibidas con las que tropieza, como su padre humillado por la tiranía de la mayoría dominante, constituyen también poderosos motivos para su interés ambivalente por las masas, las instituciones y los grupos. Este interés se precisará tras las catástrofes colectivas y los duelos personales que lo afectarán durante la Primera Guerra Mundial; se [27] ampliará cuando se gesten, y él presienta, otras catástrofes: el ascenso de los fascismos en Europa y, más concreta, la amenaza del nazismo en Alemania y Austria. También podrían dar cuenta de este interés otras razones. Estas forman una sinergia que llevará a Freud a escribir, con siete años de intervalo, dos obras fundadoras que no pueden reducirse a un simple ejercicio de psicoanálisis aplicado.

Tótem y tabú no es sólo una especulación de Freud que «aplique» el psicoanálisis a la génesis de las formaciones sociales; Freud devela allí la vertiente paterna del complejo de Edipo, sus componentes narcisistas y homosexuales; sostiene hipótesis fuertes sobre la transmisión psíquica de las formaciones transindividuales de la psique, sobre el origen y lo originario. De la misma manera, *Psicología de las masas y análisis del yo* no es exclusivamente un ensayo de «psicología social», en el sentido en que la entendemos hoy: Freud utiliza esta noción sólo para introducir en la problemática del psicoanálisis la apertura intersubjetiva de los aparatos psíquicos entre sí, en un lugar donde se puede aprehender conjuntamente la estructura del vínculo libidinal entre varios sujetos, la naturaleza y el papel de las identificaciones, la función de los ideales y la formación del yo. *El porvenir de*

una ilusión, *El malestar en la cultura* y hasta la última obra, *Moisés y la religión monoteísta*, mantendrán abierta la investigación en esta dirección.

Si este es el sentido y el valor teórico del interés que Freud dirige a los grupos y a los conjuntos intersubjetivos, la hipótesis de una psique de masa (*Massenpsyche* o de un alma de grupo (*Gruppenseele*) formulada en la conclusión de *Tótem y tabú*, no es la pura y simple transposición de una noción tomada de la psicología de los pueblos, de la etnología o de la psicología social de su tiempo. Retomada y elaborada en varios lugares y en momentos sucesivos de la obra freudiana, esta hipótesis supone la existencia [28] de formaciones y procesos psíquicos inherentes a los conjuntos intersubjetivos; implica que la realidad psíquica no está localizada enteramente en el sujeto considerado en la singularidad de su aparato psíquico.

TRES MODELOS DEL AGRUPAMIENTO. De 1912 a 1938, de *Tótem y tabú* a *Moisés y la religión monoteísta*, tres modelos tratarán de dar cuenta de las formaciones y procesos de la realidad psíquica puesta en juego en el pasaje cualitativo del individuo a la serie, y de la serie al conjunto intersubjetivo organizado.

El primer modelo introduce, con *Tótem y tabú*, la noción de que la realidad psíquica propia del conjunto se desprende de los efectos de la alianza fraterna para matar al Padre de la Horda primitiva. Freud describe así el pasaje de la Horda al Grupo instituido en la cultura: los hijos, aliados contra el jefe de la Horda admirado y odiado, preparan y un día consuman el asesinato del padre arcaico; devoran su cadáver durante la comida canibática que sigue a ese asesinato, pero, impedido cada uno por el otro, ninguno puede asumir la herencia y el lugar del Padre. Ese primer momento psíquico, el de la incorporación del padre asesinado (G. Rosolato), signa el fracaso del proceso de introyección de las cualidades del Padre muerto en cada uno.

El sentimiento de culpabilidad, la tolerancia recíproca y el enunciado de las prohibiciones fundamentales harán posible la instalación de ese proceso. Culminará en el nacimiento de la comunidad de los hermanos, fundada sobre dos principios: la instauración del totemismo garantiza que nunca más tendrá lugar una empresa semejante; el renunciamiento a la posesión de todas las mujeres obliga a unirse sólo a aquellas que no pertenecen al clan. La prohibición del asesinato y la exogamia hacen posible los intercambios simbólicos.

[29] *Psicología de las masas y análisis del yo* es la ocasión para proponer un segundo modelo del proceso psíquico de agrupamiento: la identificación es el eje que ordena la estructura libidinal de los vínculos intersubjetivos. Los efectos de las identificaciones mutuas por las que se efectúa la traslación de las formaciones intrapsíquicas sobre una figura común e idealizada, son el conductor, o «el jefe», y «el espíritu de cuerpo». Esta traslación o *transferencia* implica para cada sujeto el abandono de una parte de sus propios ideales y de sus propios objetos de identificación.

Con *El malestar en la cultura* (1929), Freud propone un tercer modelo: su principio es aquí el renunciamiento mutuo a la realización directa de los fines pulsionales. El pacto de renunciamiento posibilita el amor y el desarrollo de las obras de cultura. La comunidad

que resulta de este pacto está fundada sobre el derecho: garantiza la protección y las obligaciones obtenidas a cambio de esta limitación. En este texto, Freud introduce una vez más el narcisismo en el centro de las formaciones colectivas: el narcisismo de las «pequeñas diferencias» delimita la pertenencia, la identidad y la continuidad del conjunto; distingue cada grupo de cualquier otro. Esta «tercera diferencia», al lado de las de sexo y de generación, especifica la relación de cada sujeto con la psique de grupo en la que está narcisistamente sostenido, y que él sostiene.

Estos tres modelos proporcionan las bases del desarrollo ulterior de las teorías psicoanalíticas del grupo. Contienen tres hipótesis fundamentales: la hipótesis de una organización grupal de la psique individual; la hipótesis de que el grupo es el lugar de una realidad psíquica específica; la hipótesis de que la realidad psíquica del grupo precede al sujeto y a la estructura.

[30] La articulación entre estos tres modelos es esbozada por Freud: este describe formaciones psíquicas intermediarias y comunes a la psique del sujeto singular y a los conjuntos (familias, grupos secundarios, clases, naciones) de las que él es parte constituyente y parte constituida; por ejemplo, el ideal del yo, las diferentes figuras del Mediador, los correlatos míticos de las fantasías, la comunidad de fantasías y de identificaciones.

Sin embargo, estas proposiciones conservarán un carácter especulativo en tanto no se construyan dispositivos metodológicos que las sometan a la prueba de la clínica. Suscitarán además actitudes contradictorias y resistencias que ponen en evidencia su anclaje a la vez central y marginal en el psicoanálisis. Podemos proponer algunas razones para esto: ellas responden seguramente a la complejidad y a la heterogeneidad del grupo como objeto teórico, a sus dimensiones intrapsíquicas, intersubjetivas, institucionales y societarias. Atañen también a la distancia entre la experiencia y las elaboraciones teóricas parciales que de ella autoriza la situación de cura individual. Conciernen finalmente a la resistencia que provoca en el grupo de los psicoanalistas la revelación de las apuestas conflictivas que lo atraviesan.

II. Algunos hitos de la Invención psicoanalítica del grupo después de Freud

TIEMPO DE ENTREGUERRAS. Las primeras formulaciones de Freud sobre la psique de grupo y sobre la psicología de las masas proporcionarán las bases teóricas para introducir a algunos psicoanalistas en el camino de una aplicación terapéutica de tales propuestas más radical, pero frustrada, fue sin duda [31] la de T. Burrow, cuyo encuentro con Freud, en 1909, en los Estados Unidos está signado de entrada por el proyecto de proponer el psicoanálisis a sujetos reunidos en grupo. El psicoanálisis le parecía a Burrow demasiado exclusivamente centrado en el individuo, excluyendo de su campo las fuerzas sociales que lo determinan y que en parte son responsables de su patología.

Su «filo-análisis» sostenía que el análisis del individuo no puede ser completo sin el análisis del grupo del que es parte: el grupo se le presentaba así como el marco natural del tratamiento. La reticencia de Freud a estos planteamientos, el hecho de no haber iniciado

un análisis con él (a causa de la guerra mundial), no impidieron a Burrow conducir experiencias de terapia en el marco de lo que denominó, en 1927, grupoanálisis.

Una continuidad en la concepción del grupo y de sus funciones se establece entre T. Burrow y S. R. Slavson y, sin duda, toda la corriente norteamericana (H. D. Kibel, O. Kernberg, por ejemplo). S. R. Slavson fue uno de los primeros que puso en marcha, en 1934, un tratamiento de niños y adolescentes por procedimiento de grupo. Su objetivo era lograr que, en un clima permisivo, y bajo la presencia de un terapeuta neutro que interviniera a *mínima*, los niños estableciesen buenas relaciones entre ellos. El postulado de esta práctica es que toda psicopatología se instaura en un medio familiar deficiente o traumatizante, caracterizándose por una debilidad insigne en la constitución del yo del niño y del adolescente y por su mediocre o insuficiente capacidad para integrar los conflictos. El modelo subyacente es, pues, aquí el del funcionalismo de la Ego Psychology. El grupo, organizado para restaurar y consolidar esas funciones integrativas del yo, mejora el control de las pulsiones, asegura la catarsis de los conflictos, [32] refuerza la adaptación a la realidad y desarrolla las capacidades de sublimación: todo buen grupo debe permitir al yo apuntalarse sobre él para recuperar un funcionamiento armonioso. Desde esta perspectiva, que también inspira la de K. Redi, la interpretación psicoanalítica se remite casi siempre al individuo y raramente al grupo: este no tiene vida propia y, en consecuencia, no es objeto de una teorización específica.

Lo mismo ocurre con L. K. Wender y con P. Schilder que, al comienzo de la década de 1930, consideran el tratamiento en grupo como una de las actividades del psicoanalista y proponen su utilización en los pacientes caracterizados como estados-límite. La teoría de Wender se apoya en la observación de la necesidad, en el sujeto enfermo, de ser parte de una comunidad; postula la homologación del grupo, como comunidad, a la familia. P. Schilder utiliza el tratamiento terapéutico de grupo para restablecer las formaciones psíquicas distorsionadas, especialmente las ideologías, por efecto de la influencia familiar.

Los trabajos y las experiencias de estos precursores otorgan al grupo una importancia funcional para la terapia individual. Habrá que esperar el comienzo de la década de 1940 para que el dispositivo de grupo sea pensado como entidad específica por psicoanalistas abocados al tratamiento clínico de pacientes con patologías agudas.

La mayoría de estos psicoanalistas debían tratar esos problemas con dispositivos psiquiátricos que finalmente los agravaban, respondiendo a una lógica alocada de acoplamiento de la locura con instituciones cuya tarea primaria era precisamente curarla. Ese fue el caso de E. Pichon-Rivière y de J. Bleger en Buenos Aires. Muchos de ellos, como S. H. Foulkes en Londres, debieron buscar alternativas terapéuticas [33] ante los fracasos de la cura tipo: las adaptaciones necesarias eran entonces difícilmente pensables con las categorías del psicoanálisis. Otros debieron tomar a su cargo situaciones de urgencia, como neurosis traumáticas generadas por la guerra, y tuvieron que inventar dispositivos económicos (en el sentido financiero y psíquico del término) para tratarlas, descubriendo así su eficacia: fue el caso de W. R. Bion en Londres al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Otros, finalmente, en la tradición francesa de la primera revolución psiquiátrica, mostraban que las instituciones asistenciales poseen capacidad terapéutica para los

enfermos psicóticos crónicos, y que es posible instalar un tratamiento de grupo que movilice los procesos individuales sirviéndose de los procesos institucionales: Daumezon, Oury, Paumelle, Racamier, Tosquelles fueron pioneros, en Francia, de la segunda revolución psiquiátrica.

LOS MOMENTOS FUNDADORES: LONDRES, 1940. Uno de los primeros focos de la invención psicoanalítica del grupo se forma en Londres, en 1940: pocas semanas después de la muerte de Freud, meses después de comenzar la Segunda Guerra Mundial, dos psicoanalistas de sensibilidad muy diferente, Bion y Foulkes, ponen en marcha un dispositivo de grupo al que instituyen según el modelo de la cura: a partir de esta nueva situación psicoanalítica fundan las bases de una teoría de los grupos.

W. R. Bion (1961) desarrolló un vigoroso modelo teórico dirigido a explicar las formaciones y los procesos de la vida psíquica en los grupos; puso en evidencia la semejanza de sus rasgos con los fenómenos descritos por M. Klein en sus teorías sobre los objetos parciales, las angustias psicóticas y las defensas primarias. Los conceptos forjados por ella entienden al grupo como una entidad específica y permiten [34] calificar de grupales los fenómenos que en él se producen.

Bion distingue dos modalidades del funcionamiento psíquico en los pequeños grupos: el *grupo de trabajo*, donde predominan las exigencias de los procesos secundarios que organizan la representación del objeto y del objetivo del grupo, la organización de su tarea y de los sistemas de comunicación requeridos para su realización. Y el *grupo básico*, donde predominan los procesos primarios bajo la forma de supuestos básicos (*basic assumption*) en tensión con el grupo de trabajo. El pasaje del grupo básico al grupo de trabajo se efectúa según una oscilación que no implica una dialéctica de superación.

En efecto, Bion elaboró el concepto de supuesto básico para designar los diferentes contenidos posibles de la mentalidad de grupo. Los supuestos básicos están constituidos por emociones intensas, de origen primitivo, que cumplen un papel determinante en la organización de un grupo, en la realización de su tarea y en la satisfacción de las necesidades y deseos de sus miembros. Son y permanecen inconscientes: sometidos al proceso primario, expresan fantasías inconscientes. Son utilizados por los miembros del grupo como técnicas mágicas destinadas a tratar las dificultades con que se encuentran, y principalmente a evitar la frustración inherente al aprendizaje por la experiencia. Los supuestos básicos son también reacciones grupales defensivas contra las angustias psicóticas reactivadas por la regresión impuesta al individuo en la situación de grupo.

La corriente bioniana se ha desarrollado en Inglaterra y en varios otros países: M. Pines presentó al respecto un balance en una obra bastante representativa (salvo en lo que atañe a los trabajos franceses e italianos), mientras que R. D. Hinshelwood se ocupó de sus efectos en la práctica de las comunidades terapéuticas.

[35] La corriente del *Group-analysis* fue instituida por S. H. Foulkes, J. Rickman y H. Ezriel principalmente, sobre bases teóricas y metodológicas sensiblemente diferentes a las de Bion. Formado en Francfort junto a K. Goldstein, Foulkes conservó las ideas centrales del Gestaltismo —las mismas que inspirarán a K. Lewin— y del abordaje estructural del

comportamiento: la totalidad antecede a las partes, es más elemental que ellas, no es la suma de sus elementos; el individuo y el grupo forman un conjunto del tipo figura-fondo; el individuo en un grupo es como el punto nodal en la red de las neuronas.

En sentido amplio, el grupoanálisis es un método de investigación de las formaciones y de los procesos psíquicos que se desarrollan en un grupo; funda sus conceptos y su técnica en ciertos datos fundamentales de la teoría y del método psicoanalíticos, y en elaboraciones psicoanalíticas originales requeridas por la consideración del grupo como entidad específica. En un sentido más restringido, el grupoanálisis es una técnica de psicoterapia psicoanalítica de grupo.

El grupoanálisis foulkesiano se apoya en cinco ideas principales: la actitud de escuchar, comprender e interpretar al *grupo como totalidad en «el aquí-ahora»*; la exclusiva consideración de la *transferencia «del grupo» sobre el analista*, y no de las transferencias intragrupales o laterales; la noción de *resonancia inconsciente* (Ezriel precisa: fantasmática) entre los miembros de un grupo; la *tensión común* y el denominador común de las fantasías inconscientes del grupo; la noción de *grupo como matriz psíquica* y marco de referencia de todas las interacciones.

Las primeras teorías psicoanalíticas del grupo tratan a este como una entidad psíquica específica. Establecen una diferencia entre el espacio intrapsíquico reconocido por la práctica psicoanalítica de la cura individual, y un espacio psíquico generado por [36] los vínculos de grupo. Apoyándose en las proposiciones de Freud —pero también en las de Lewin—, hacen ver que el grupo no es la suma de los procesos individuales, sino que posee una organización específica cuyo inventario y funcionamiento serían ulteriormente encarados. Según estas teorías, y con excepción de algunas variantes, las contribuciones de los sujetos participantes del grupo son consideradas como procesos y contenidos, anónimos y desubjetivados, que colaboran en la formación de la mentalidad de grupo (Bion) o que están subordinados a la matriz grupal (Foulkes).

La corriente foulkesiana se ha desarrollado en Inglaterra y a través del mundo como una referencia teórica fuertemente sostenida por una Escuela de formación de grupoanalistas (cf. M. Pines, 1983). En Inglaterra, los principales trabajos fueron producidos por P. B. de Ma-ré, M. Pines, D. Brown. Fuera de Inglaterra, en las corrientes norteamericanas, en algunos países de América latina, en las corrientes suizas (R. Battegay, P. B. Schneider), italianas (F. Napolitani, F. Di Mana), alemanas (K. Koenig, A. Heigl-Evers, K. Husemann, R. Schindler) y austríacas (W. Schindler).

En Francia, los planteos de Foulkes fueron recibidos con cierta ambivalencia. Por un lado, proveían vigorosos modelos de inteligibilidad de los procesos grupales. Por el otro, se trata de teorías en las que el sujeto, con aquello que lo singulariza (su historia, su emplazamiento en la fantasía inconsciente, la idiosincrasia de sus pulsiones, de sus representaciones, de sus mecanismos de defensa), podía desaparecer en la atención otorgada al grupo como entidad específica. Una parte de la opinión psicoanalítica encontraba un eco en Lacan cuando fustigaba «los efectos de grupo como incremento de alienación del sujeto en las identificaciones imaginarias» y las [37] aplanadoras

obediencias al imperativo de la «Masa». Para que las ideas del otro lado de la Mancha (y del otro lado del Atlántico) fueran acogidas en Francia, primero había que restituir al grupo su valor de objeto psíquico para sus sujetos: sólo entonces podrían emprenderse investigaciones sobre las articulaciones entre el grupo y el sujeto singular considerado como sujeto del grupo.

Aunque su conocimiento de los procesos profundos de la dinámica grupal parece haber sido limitado y no haya practicado la psicoterapia de grupo, la contribución de M. Balint a la teorización psicoanalítica del grupo debe ser mencionada. Su influencia fue considerable en la implementación del grupo como medio de aprendizaje de nuevas conductas profesionales y como campo de investigación referido a los procesos relacionales de los médicos. Balint supo utilizar los recursos de la identificación con el líder y entre los miembros del grupo para sustentar la construcción de una identidad profesional. Sus referencias teóricas fueron tomadas de Bion, pero no radica ahí su originalidad. Esta resulta sin duda de su herencia ferencziana, con la teoría del amor primario; se funda en la importancia de los contactos e intercambios con el entorno desde el nacimiento y, correlativamente, en el papel determinante que atribuye a la experiencia de separación en las modalidades de la emergencia del objeto: de allí resultan las conductas típicas, onófilas (de aferramiento) o filóbatas (de alejamiento). Las ideas de Balint han sido relativamente poco explotadas en las teorías psicoanalíticas del grupo. Sus colegas ingleses (Gosling, Turquet) desarrollaron sobre todo los aspectos técnicos de ese grupo de trabajo en particular, emprendiendo valiosos análisis sobre las identificaciones precoces «por la piel del vecino» y poniendo de manifiesto las angustias experimentadas por los participantes en grupos amplios o vastos. En Francia, los trabajos de J. Guyotat, M. Salir y A. Missenard aportaron nuevas perspectivas sobre el régimen de las identificaciones y afiliaciones que funcionan en todos los grupos.

[38] LOS MOMENTOS FUNDADORES: BUENOS AIRES, 1950. El psicoanálisis argentino en su conjunto está atravesado por los aportes de E. Pichon-Rivière y J. Bleger: su contribución específica es haber intentado una articulación consistente entre el espacio psíquico individual y el espacio psíquico del grupo y de las instituciones.

E. Pichón-Rivière (1971) propone una comprensión del grupo en la que se articulan ciertas hipótesis psicoanalíticas y otras tomadas tanto de la psicología genética y de la psicología social como de diversas corrientes filosóficas. Postula una psicología social cuyo objeto de estudio es «el desarrollo y la transformación de una relación dialéctica entre la estructura social y la configuración del mundo interno del sujeto, relación que es abordada a través de la noción de *vínculo*». Simultáneamente, propone una teoría del sujeto en la cual este no es sólo un sujeto de relación, sino también un *sujeto producido* en una praxis: «nada hay en él que no sea la resultante de la interacción entre individuo, grupos y clases».

El concepto de vínculo es central en la obra de Pichon-Rivière. Su reflexión tiene como punto de partida, desde 1936, los problemas planteados por el tratamiento de la locura en el marco de la psiquiatría social, a la que se dedica a dar forma y herramientas conceptuales. Buena parte de esas herramientas están tomadas de la psicología de la comunicación y de la teoría de los roles, abordajes que proponen de entrada al sujeto no

como un ser aislado, sino como incluido en un grupo cuya base es la familia: y puesto que el grupo familiar está insertado en el campo social, que le confiere su significación, la conceptualización resultante será, pues, esencialmente psicosocial, sociodinámica e institucional. Pichon-Rivière comprenderá así que la aparición de la psicosis en un miembro de la familia es un «emergente» [39] original que expresa y toma a su cargo la enfermedad mental de toda la familia: el delirio construido por un miembro de la familia debe, por lo tanto, comprenderse como una tentativa de resolución de un conflicto determinado y, al mismo tiempo, como la tentativa de reconstruir no sólo su mundo individual sino principalmente el de su grupo familiar, e incluso, secundariamente, el social.

Es siempre la experiencia hospitalaria la que lleva a Pichon-Rivière a inventar lo que él llamará grupos operativos: organiza para los enfermeros grupos de aprendizaje en los que aporta sus conocimientos de psiquiatría sometiéndolos a su elaboración. Las actitudes de los enfermeros cambian y aumenta su competencia. Sobre la base de esta experiencia propone, en 1958, la noción de Schéma Conceptuel Référenciel et Opératif (SCRO) [Esquema conceptual referencial y operativo]. El esquema conceptual es un grupo organizado de conceptos generales acerca de las condiciones en las que los fenómenos empíricos aparecen y se asocian entre sí; el esquema es referencial en la medida en que se remite al campo (o al hecho concreto) sobre el que se reflexiona y opera, a los conocimientos sobre cuya base se reflexiona y opera; el esquema es operativo en la medida en que manifiesta la adecuación del pensamiento y del enunciado a su objeto, siendo esa operatividad fuente de descubrimiento. Pichon-Rivière desarrollará las aplicaciones de este modelo en diversos dominios: grupos familiares y de aprendizaje, teoría del vínculo, teoría de los grupos internos, teoría de la comunicación.

Uno de los aportes fundamentales de J. Bleger a la teoría psicoanalítica del grupo es la distinción que propone establecer (1971) entre dos niveles o modalidades de sociabilidad: la sociabilidad sincrética y la sociabilidad por interacción. La primera es la más original, pero no puede comprenderse sin la segunda. La noción de sincretismo, central en la teoría de [40] Bleger, define un estado de no-discriminación que compone la realidad psíquica del individuo, pero también de todo grupo y de toda institución. En el individuo, este estado de no individuación está constituido por partes del yo sincrético depositadas en un continente del que Bleger ha teorizado un aspecto esencial con su teoría del encuadre. Así como encuadre y proceso son correlativos uno del otro, Bleger sostiene que, paradójicamente, «la identidad de un individuo es tributaria de su yo sincrético». En cuanto a la sociabilidad por interacción, implica una relación de objeto interna, una diferenciación en el espacio psíquico y en el espacio intersubjetivo.

Las investigaciones contemporáneas de los psicoanalistas argentinos se expresan en los trabajos sobre las «configuraciones vinculares», que consideran una problemática transversal a la diversidad de los vínculos: de pareja, de padres, de filiación, de familia, de grupo y de institución. Los trabajos de referencia se desarrollan en el marco de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, con los aportes notables de J. Puget e I. Berenstein, M. Bernard, D. Maldavsky, M. L. Cao, y otros. La herencia de E. Pichon-Rivière se expresa hoy más, quizás en las investigaciones sobre los grupos de

aprendizaje y de intervención en el campo social (A. de Quiroga). Las investigaciones de la Escuela argentina se difundieron en Europa con la diáspora sudamericana consecutiva a los años de dictadura: en España, con los trabajos de Grinberg, Caparros y Kesselman; en Francia, con el impulso de A. Eiguer principalmente; en Italia, con A. Bauleo y J. Onderza Linares.

LOS MOMENTOS FUNDADORES: PARÍS, 1960. En Francia, el desarrollo de las prácticas psicoanalíticas de grupo al final de la Segunda Guerra Mundial se efectuó, en una parte nada despreciable, como efecto de los esfuerzos emprendidos para reconstruir la organización económica y social quebrantada por el [41] conflicto del que el país acababa de salir. La atención a los imperativos de salud pública y de administración de los recursos terapéuticos facilitó la entrada de las prácticas y teorías grupales en los medios «psiquistas». Esas prácticas presentaban varios tipos de ventajas: la posibilidad de proponer tratamientos psíquicos a un número mayor de sujetos era particularmente congruente con los objetivos de la Seguridad social, recientemente creada; el refuerzo de los procesos de socialización, principalmente en la institución psiquiátrica, participaba en la crítica del carácter cronicante y concentracionista de esas instituciones; algunas técnicas de grupo utilizadas en las empresas para elaborar y administrar un proyecto colectivo, estimular la creatividad, mejorar las «relaciones humanas», reforzaban la cohesión social y los ideales del yo. Todos esos objetivos irregularmente explicitados coincidían más o menos con las corrientes surgidas de la Ego Psychology, entonces en pleno auge; el acento que ponían en los procesos de resocialización y de readaptación del yo desarrollaba, a escala de la sociedad, una forma de la ilusión: hacer del grupo la palanca psicológica para la resolución de los problemas sociales. Vieja utopía cuyos determinantes serán señalados por los críticos de la ideología inserta en las corrientes grupalistas americanas, principalmente en los proyectos grandiosos de un Moreno que encontraba en Europa un eco entonces considerable.

Por otra parte, el impulso de las investigaciones psicoanalíticas sobre el grupo está estrechamente ligado a las vicisitudes que afectaron al movimiento psicoanalítico francés al comienzo de la década de 1960: conflictos y escisiones consecutivos a las divergencias sobre la formación psicoanalítica y sobre la conducción de la cura, creación de nuevas instituciones, l'Ecole freudienne de París en 1963, l'Association [42] psychanalytique de France en 1964. Esas rupturas y esas creaciones se acompañaron de violentos efectos de grupo, a la vez cultivados y denunciados: su consistencia traumática mantendrá una excitación activista o paralizante, repitiendo así el dominio del grupo sobre los primeros psicoanalistas y el refuerzo de la prohibición de pensarlo y, *a fortiori*, de elaborar a su respecto una práctica que fuera reconocida como psicoanalítica. El clivaje entre el considerable papel cumplido por el grupo en la fundación del psicoanálisis y su rechazo como objeto anti-psicoanalítico, inadecuado para la elaboración psicoanalítica, no podía sino producir un retorno de la violencia en lo real de las instituciones.

Un tercer movimiento se ejerce en sentido inverso al primero y al segundo. Algunos psicoanalistas, poco antes ligados a Lacan, emprenden la crítica de un abordaje psicologizante de los grupos que aplicaría en la superficie los conceptos psicoanalíticos sin

revisarlos en función de su objeto. Critican también la dinámica lewiniana de los grupos y la corriente moreniana, y especialmente su imaginario de curación social por el psicodrama y la sociometría. Esos movimientos y esas críticas van a estimular el trabajo de los psicoanalistas franceses interesados en el grupo, ya sea en privado, ya sea, más frecuentemente, en el marco de la institución psiquiátrica o en el de asociaciones de investigación psicoanalítica y de formación por medio del grupo.

Las hipótesis que organizan los trabajos de los psicoanalistas franceses sobre el grupo a mediados de la década de 1960 pueden resumirse en tres puntos principales:

1. *El pequeño grupo como objeto*: J.-B. Pontalis (1963) restituyó al grupo su valor de objeto psíquico para sus sujetos. «No basta descubrir—dijo— los procesos [43] inconscientes que operan en el seno de un grupo, cualquiera sea la ingeniosidad de que pueda darse prueba: en tanto se ubique fuera del campo del análisis la imagen misma del grupo, con las fantasías y los valores que arrastra, se eludirá de hecho cualquier pregunta sobre la función inconsciente del grupo». Puesto en perspectiva en el campo psicoanalítico, el grupo es considerado ante todo como un objeto de investiduras pulsionales y de representaciones inconscientes.

2. *El grupo como realización de los deseos inconscientes*: en 1966, D. Anzieu propone un modelo de inteligibilidad del grupo como entidad a partir del modelo del sueño. El grupo es, como el sueño, el medio y el lugar de la realización imaginaria de los deseos inconscientes infantiles. Según este modelo, los diversos fenómenos que se presentan en los grupos se asemejan a contenidos manifiestos y derivan de un número limitado de contenidos latentes. Si el grupo es, como el sueño, la realización imaginaria de un deseo, entonces los procesos primarios velados por una fachada de procesos secundarios son en él determinantes. El grupo, ya sea que cumpla eficazmente la tarea que le es asignada o que se encuentre paralizado, es una pugna con una fantasía subyacente. Es un escenario de proyección de las tópicas internas. Como el sueño, como el síntoma, el grupo es la asociación de un deseo inconsciente que busca su vía de realización imaginaria, y de defensas contra la angustia que tales cumplimientos suscitan en el yo.

3. *El acoplamiento grupal de las psiques*: R. Kaës reformuló al final de la década de 1960 la hipótesis según la cual el grupo es la sede de una realidad psíquica propia. Esta realidad específica es producida, contenida, transformada y administrada por lo que él llamó aparato psíquico grupal, en el principio del cual actúan *organizadores inconscientes* descritos [44] como «grupos internos». La consideración de los electos de grupalidad psíquica en la organización de los procesos de grupo permite establecer los principios de este acoplamiento psíquico y poner en evidencia sus procesos de transformación. El modelo del acoplamiento psíquico grupal se centra en las articulaciones entre el sujeto y el grupo, precisamente en los anudamientos de los efectos de grupo con los efectos del inconsciente.

Las investigaciones realizadas en Francia sobre la teoría psicoanalítica de los grupos incorporaron progresivamente los datos de los trabajos anglosajones, particularmente los conceptos y la metodología de Bion: es el caso de las investigaciones de O. Avron, de J.-C.

Rouchy, quien trabaja también con los conceptos surgidos de los estudios de M. Torok y N. Abraham; otros autores afiliados a la corriente inaugurada por D. Anzieu y J.-B. Pontalis (A. Missenard, J. Villier, E. Gilliéron, R. Kaës...) conservaron las referencias iniciales, enriqueciendo sus propios trabajos con conceptos tomados de psicoanalistas como P. Aulagnier, S. Lebovici y P.-C. Racamier. Otros desarrollaron prácticas de terapia familiar y de grupos de niños o de grupos de mediación (sonora, plástica) en estrecha relación con las investigaciones psicoanalíticas sobre grupos, y aportaron contribuciones originales a la teoría (J. Lemaire, A. Ruffiot, S. Decobert, G. Haag, A. Eiguer, G. Decherf, J.-P. Caillot, E. Granjon, A. Carel, E. Lecourt, etc.). En la Argentina, se aprecian en varios trabajos las referencias a la Escuela francesa.

EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN EN LA ITALIA DE LA DÉCADA DE 1960. Las investigaciones que se realizan en Italia desde principios de la década de 1960 toman impulso con las actividades de psicoterapia de grupo, bajo la influencia de psiquiatras y psicoanalistas; la mayoría de ellos trabaja con psico-sociólogos que han acumulado una rica experiencia en el campo de la empresa. Esta proximidad inclinará [45] sin duda su interés hacia las instituciones asistenciales en las que van a implementarse los primeros grupos. F. Napolitani organiza en Roma la primera comunidad terapéutica y, en la óptica de la práctica foulkesiana, las primeras experiencias de grupoanálisis. L. Ancona se une a él hacia 1965. En el mismo momento, Galli y D. Napolitani organizan en Milán varias comunidades terapéuticas así como grupos analíticos terapéuticos y de formación. Un rasgo notable del desarrollo ulterior de la actividad grupo-analítica y terapéutica es que estará basado en un trabajo de formación y teorización encuadrado en instituciones de análisis grupal muy estructuradas, cuyo modelo es provisto por el Instituto de Grupo-análisis creado en Londres por Foulkes. Es por otra parte esta referencia teórica la que prevalece en los trabajos de F. y D. Napolitani (aunque en el caso de D. Napolitani la referencia bioniana se afirmará cada vez más), en los de L. Ancona, F. Di Maria y S. de Risio.

En cuanto a la corriente bioniana, representada en Italia por los trabajos de F. Corrao, F. Fornari, P. Perroti, C. Neri, A. Corréale, L. Boccanegra, M. Samo, E. Gaburriy otros, se interesó particularmente en los problemas del pensamiento y de los procesos de transformación. Italia también se beneficia de la influencia de S. Resnik, cuyos trabajos sobre las dimensiones psicóticas de la grupalidad estimulan numerosas investigaciones a ambos lados de los Alpes.

Tres objetos de la teorización psicoanalítica del grupo. La influencia de las corrientes que sostienen las principales teorías psicoanalíticas del grupo se ha extendido según ritmos y fuerzas de atracción muy diversos dentro de los países de origen y fuera de sus fronteras. Más que pintar un retrato suficientemente informado de estos desarrollos, lo que no permite el marco de esta obra, vamos a [46] presentar sus contribuciones a los grandes problemas de la investigación teórica.

Las teorías psicoanalíticas del grupo se dividen en tres tendencias principales. La primera se centra en el grupo como sede de una realidad psíquica que le es propia: se proponen diversos modelos de inteligibilidad para dar cuenta de las formaciones y procesos que en

él actúan. La segunda tendencia introduce más directamente la cuestión del sujeto en el grupo: las teorías privilegian el análisis del vínculo intersubjetivo, prestando atención a los aspectos de la realidad psíquica que el grupo moviliza en los sujetos así vinculados. Una tercera tendencia se dedica a comprender en qué condiciones y de qué manera el grupo contribuye a organizar la vida psíquica del sujeto. Estas teorías introducen la intersubjetividad en una problemática del sujeto singular como sujeto del grupo y como sujeto del inconsciente.

Antes de exponer tales teorías, es indispensable presentar brevemente las condiciones metodológicas en las que se gestan.

III. Situación de grupo y método psicoanalítico

El inconsciente, o la realidad psíquica inconsciente, es la hipótesis constitutiva del psicoanálisis. Sin embargo, los enunciados de esta hipótesis no están establecidos de una vez y para siempre, por tres razones principales: la primera es que la realidad psíquica inconsciente sólo es cognoscible de una manera indirecta, por sus efectos, en esas construcciones que son los sueños y los síntomas o en sus irrupciones [47] a través de los actos y los lapsus¹; la segunda *razón* consiste en las resistencias que este conocimiento suscita en el sujeto epistémico, idénticamente sujeto del inconsciente; la tercera razón es que este conocimiento sólo es posible y concebible a través de un dispositivo adecuado para desarrollar una situación psicoanalítica, es decir: una situación tal que los sujetos del inconsciente —analista y analizando— estén a la vez en condiciones de introducirse en la exploración de los efectos del inconsciente, pero también de desprenderse de ellos, y producir así el movimiento de transformación de la realidad psíquica inconsciente y el movimiento de conocimiento del inconsciente.

El paradigma histórico de la situación psicoanalítica es la cura individual de los adultos neuróticos. Al definir la regla fundamental que hace eficaces la transferencia, el proceso asociativo y los enunciados interpretativos, el psicoanálisis construyó una situación adecuada para poner a trabajar los procesos y formaciones del inconsciente en la psique de un sujeto considerado en la singularidad de su estructura y de su historia. Haciendo esto, practicó un recorte metodológico congruente con su objeto teórico: sin este recorte, o este encuadramiento, las formaciones y procesos del inconsciente no podrían manifestarse y ser reconocidos en lo que son para ese sujeto singular, en esa situación. A través de este paradigma se ha producido, en lo esencial, su teoría.

[48] En lo esencial, en efecto, porque ese paradigma nunca ha sido el único medio para el conocimiento del inconsciente: las especulaciones, la puesta a prueba de las hipótesis

¹ El psicoanálisis no toma en consideración el conjunto de los fenómenos psíquicos, sino sólo lo que Freud llama «la realidad psíquica», cuyas consistencia, coherencia y resistencia caracterizan a algunas formaciones psíquicas notables: su paradigma es la fantasía y, en consecuencia, todas las formaciones que tienen una estructura homologa a ella, como el síntoma y el sueño.

surgidas de la situación psicoanalítica en campos diferentes al de la cura, las adaptaciones del dispositivo por efecto de las exigencias de la clínica, contribuyeron a este conocimiento y, de ese modo, transformaron los enunciados de la teoría.

Al encuadrar su objeto mediante el dispositivo en el que se produce, el psicoanálisis deja así subsistir, más allá del borde que él instituye, una parte desconocida, un resto. El método contiene, pues, un principio de posibilidad y un principio de limitación: esos dos principios definen el campo de sus objetos teóricamente cognoscibles.

Cuando un objeto nuevo se propone al conocimiento psicoanalítico —ya no el sujeto singular, sino un conjunto de sujetos singulares—, es imprescindible construir una situación de referencia que permita cualificar las características de este objeto desde el punto de vista de la hipótesis psicoanalítica.

El grupo que constituye el objeto de las prácticas y de las teorizaciones psicoanalíticas es una construcción del método: un dispositivo de grupo está construido de tal modo que las características generales del método psicoanalítico producen en él sus efectos de conocimiento del inconsciente, de tratamiento de los trastornos psíquicos, de transformación de la relación del sujeto con su historia. Esta construcción tiene, pues, como criterio la respuesta a la pregunta: ¿cómo es que la situación de grupo hace aparecer configuraciones, procesos y formaciones del inconsciente inaccesibles de otro modo?²

[49] LAS CARACTERÍSTICAS MORFOLÓGICAS DEL GRUPO. Las características morfológicas del grupo movilizan ciertos efectos del inconsciente y definen un espacio específico de la realidad psíquica. Tres de ellas determinan de manera decisiva los criterios metodológicos de la situación psicoanalítica de grupo: la pluralidad, el frente a frente, la interdiscursividad.

Vamos a examinar principalmente algunos efectos de la pluralidad, que es aquí una característica notable. El grupo reúne, de hecho, a varios sujetos, a menudo extraños unos a otros en el momento del encuentro inicial. Cada uno de los miembros del grupo se ve así confrontado con un encuentro múltiple e intenso con varios otros, objetos de investiduras pulsionales, de emociones, afectos y representaciones diversos, en resonancia o disonancia recíproca. Supongo que, en tal situación, se producen y se mantienen, en un juego complejo de proyecciones e identificaciones recíprocas, una co-excitación interna y una co-excitación mutua importantes.

La pluralidad en la situación de grupo desarrolla experiencias pasajeras de desborde y de quiebre de la capacidad de asociar las estimulaciones excitadoras con representaciones. Cuando los dispositivos para-excitadores son insuficientes, estas experiencias son potencialmente traumatógenas. Si admitimos la hipótesis de Freud según la cual lo originario se constituye probablemente al romperse el para-excitaciones, quedan así reunidas ciertas condiciones que concurren a la formación del inconsciente originario.

² La cuestión del método psicoanalítico en situación de grupo se encuentra ampliamente desarrollada en R. Kaës, 1994.

Propongamos aquí la idea de una correlación más o menos constante entre los componentes intrapsíquicos y los componentes intersubjetivos del para-excitaciones. Por el hecho de la pluralidad y de la «relación de desconocido» que en él se anuda, los miembros del grupo instalan mecanismos de defensa [50] conjuntos y comunes: identificaciones de urgencia, cierto renunciamiento a las realizaciones pulsionales directas, consentido tácitamente sin que cada uno lo sepa ; «se» [*on*»] produce así cierta combinación inconsciente de las zonas psíquicas donde el vínculo es posible. Desde los primeros instantes de la vida de los grupos, la represión, la renegación o el clivaje de las representaciones peligrosas trabajan en la producción del inconsciente. Estos mecanismos de defensa co-construidos constituyen el principio de las alianzas inconscientes. Los contenidos inconscientes de estas alianzas retornan en las modalidades de las transferencias y del trabajo asociativo, según las vías propias de cada uno pero también a través de las producciones psíquicas del grupo como conjunto.

LAS TRANSFERENCIAS. La pluralidad tiene incidencia sobre la tópica, la dinámica y la economía de las transferencias: el grupo es un lugar de emergencia de *configuraciones particulares de la transferencia*. Las transferencias, multilaterales, se difractan sobre los objetos predispuestos a recibirlas en el grupo: analista(s), pero también miembros del grupo, grupo, exo-grupo. Para un mismo sujeto, esas transferencias están conectadas entre sí y una parte esencial del trabajo del psicoanalista es detectar esas conexiones: su tópica, su dinámica y su economía son uno de los objetos del trabajo de la interpretación. Los miembros de un grupo tienen entre ellos una relación diferente de la que establecería cada uno con su analista: las transferencias están repartidas o difractadas sobre el conjunto de los miembros del grupo. No se trata de una dilución de la transferencia. Se dirá más bien que, para cada sujeto considerado en su singularidad, el dispositivo de grupo permite difractar sobre el escenario sincrónico del grupo conexiones de objetos de transferencia constituidos en la [51] diacronía. Esta característica de las transferencias en situación de grupo define uno de los aportes específicos del abordaje grupal a la comprensión de la transmisión psíquica: el despliegue sincrónico, en la transferencia, de los nudos diacrónicos formados en la intersubjetividad. El espacio grupal permite así una actualización de esas «conexiones de transferencia» que Freud intuyó durante el análisis de Dora. La situación psicoanalítica grupal hace posible conocer así las relaciones que el sujeto mantiene: 1) con sus objetos inconscientes y entre ellos; 2) con los objetos inconscientes de los otros y entre esos objetos.

El hecho de que en situación de grupo el psicoanalista sea objeto de transferencias simultáneas de varios sujetos y que no sea el *único* objeto de la transferencia, define condiciones particulares de contratransferencia. La precedencia del psicoanalista en situación de grupo, y el hecho de tratarse de un conjunto reunido por el psicoanalista, confiere de entrada a esta precedencia un valor imaginario de fundación; moviliza *ipso facto* la fantasmática del origen y la problemática de lo originario.

LA INTERTRANSFERENCIA Y EL ANÁLISIS INTER-TRANSFERENCIAL. Cuando varios psicoanalistas están asociados en el trabajo psicoanalítico en situación de grupo, deben tomar en consideración los efectos de transferencia introducidos por su decisión de

obrar juntos; por otra parte, deben trabajar sobre sus vínculos y sus transferencias mutuas y, sobre todo, deben elucidar los efectos de transferencia en el grupo inducidos en su contratransferencia. El campo tránsito-contratransferencial que se desarrolla en situación de grupo requiere entonces la consideración de las intertransferencias.

La *intertransferencia* es el estado de la realidad psíquica de los psicoanalistas en cuanto esta es inducida [52] por sus vínculos en la situación de grupo. La intertransferencia se especifica por el hecho de que los psicoanalistas transfieren su propia organización intrapsíquica sobre sus colegas, por el hecho mismo de lo que la situación grupal induce: a la vez por las transferencias que reciben y por sus disposiciones contratransferenciales.

El *análisis intertransferencial* es la elaboración, regida por la función psicoanalítica, en esta modalidad del dispositivo de grupo³. Este análisis se centra en los *emplazamientos transferenciales asignados por cada psicoanalista al otro psicoanalista* en la situación de grupo, y en los efectos contratransferenciales de cada uno de ellos sobre cada uno de los otros: este análisis es una condición necesaria para la elaboración de la interpretación. En este aspecto particular de la técnica, la situación psicoanalítica de grupo se distingue de la situación de la cura individual.

LOS PROCESOS ASOCIATIVOS. La pluralidad tiene incidencia directa sobre la organización de los procesos asociativos y sobre el trabajo de la asociación. En situación de grupo, los enunciados de palabra (y más generalmente de significación: mímicas, posturas, gestos) están insertos en una pluralidad de discursos que se organizan según un doble eje, sincrónico y diacrónico. Cuando los miembros de un grupo hablan, sus enunciados se sitúan siempre en el punto de anudamiento de dos cadenas asociativas: la regida por sus representaciones-meta individuales y la producida por el conjunto de los enunciados y regida por las representaciones inconscientes organizadoras de los vínculos de grupo. La *interdiscursividad* organiza las enunciaciones y contextualiza los enunciados según este doble eje. El modo de funcionamiento del proceso asociativo es, por lo tanto, más complejo que el modo que funciona en la cura individual.

La transformación introducida en el paradigma metodológico del psicoanálisis por el dispositivo de grupo habilita nuevos campos de conocimiento del inconsciente y de tratamiento de los trastornos psíquicos. Este dispositivo pone primeramente en evidencia que los procesos psíquicos de transformación están «localizados» en varios lugares psíquicos; cada aparato psíquico individual es la sede de un trabajo psíquico singular; el grupo, en tanto aparato psíquico de ligazón y de transformación, genera y administra una realidad psíquica específica. Necesitamos, en consecuencia, conocerla mejor.

³ Sobre la intertransferencia y la interpretación en el trabajo psicoanalítico grupal, cf. R. Kaës, en R. Kaës, A. Missenard *et al.* (1976, retomado en 1982).

2. El grupo como entidad específica

Los modelos centrados en el grupo como entidad se organizan según diversos postulados teóricos. Las concepciones funcionalistas fueron las primeras en proponerse como modelo empírico; sus límites dieron lugar a los modelos estructuralistas, cuyo acento estaba puesto sobre la realidad psíquica del conjunto; como reacción contra estos, los modelos genéticos insistieron en las fases de desarrollo que se suceden de manera ordenada en la vida de los grupos. Los modelos de transformación intentaron dar cuenta de las relaciones dinámicas y económicas entre los sujetos, la estructura y la historia del grupo.

I. Los modelos funcionalistas

Los modelos funcionalistas dan cuenta principalmente de las funciones cumplidas por el grupo, los procesos que las propician y, accesoriamente, los individuos que lo componen. Esos modelos conciben al grupo como un sistema funcional de relaciones de interdependencia recíproca: el grupo existe a partir del momento en que varios individuos realizan mejor juntos que por separado aquello que desean o deben realizar. Las regulaciones y el equilibrio se ven más privilegiados que las tensiones y los cambios, siendo considerados estos sólo como factor de progreso [55] en el cumplimiento de esas funciones. El funcionalismo sólo se interesa, en efecto, en los disfuncionamientos para tratar de eliminarlos: son obstáculos pasibles de una intervención correctiva (socioterapia o psicoterapia *del grupo*).

Tal abordaje emplea esencialmente el lenguaje organicista de las necesidades: para garantizar su *administración* es necesario conocer la anatomía y la fisiología de los grupos. El grupo puede entonces fabricarse de tal modo que cumpla su tarea a través de los procesos que conducen a ella. Las interacciones estarán, pues, organizadas a fin de que las acciones de cada uno puedan servir al interés colectivo.

Esta orientación fundamental de los modelos funcionalistas se impone, bajo formas variables, en prácticamente todos los otros modelos, porque de una u otra manera las funciones también deben tratarse como procesos. En sentido amplio, los modelos funcionalistas se aplican a responder a una doble pregunta: ¿cómo y en qué condiciones funciona un grupo?, ¿cuáles son las funciones emanadas del grupo y necesarias para el equilibrio y rendimiento de su organización? Examinemos algunas funciones capitales.

LAS FUNCIONES DEL CONDUCTOR, EL LIDERAZGO. LAS FUNCIONES FÓRICAS.

Los primeros modelos funcionalistas son propuestos por los psicólogos, que atribuyen una importancia considerable a la función del conductor. En la perspectiva de la psicología funcionalista, el conductor participa de la función más general del liderazgo: su papel es ante todo hacer frente a la satisfacción de las necesidades fundamentales de los miembros del grupo, asegurar la regulación de los procesos grupales, principalmente los que corresponden a la (buena) comunicación, el [55] ajuste de los lugares, la gestión y arbitraje de los conflictos, la cohesión del grupo, de tal modo que este sea eficiente en la realización de su tarea. Los miembros del grupo suscitan y mantienen estas funciones.

El punto de vista psicoanalítico sobre el conductor es diferente: el conductor es ante todo el representante de las partes de sí mismo que los miembros del grupo abandonan para reemplazarlas por cierta cantidad de funciones psíquicas compartibles con los demás miembros: una parte de sus identificaciones e ideales personales, de su propio sistema de protección y de regulación interna, la promesa de cumplimiento de sus deseos inconscientes, la vía de acceso a esta realización y ala ejecución de la tarea común. Al abandonarse al conductor del mismo modo que en una relación amorosa, los participantes se identifican entre ellos y con lo que él representa para ellos, en el lugar y posición que les corresponde. Delegan al conductor la función de representar sus ideales, sus ideas y sus ídolos, de encarnar las figuras parentales tutelares.

Al examinar la función del liderazgo en los grupos organizados según el método psicoanalítico, A. Béjarano (1972) caracterizó al conductor esencialmente por su función resistencial al proceso analítico. Las funciones que especifican el liderazgo pueden extenderse a otros miembros del grupo. Desde una perspectiva que permite caracterizar esas funciones en su aspecto intrapsíquico e intersubjetivo, hemos descrito *funciones fóricas*, es decir, las funciones de porta-síntoma, porta-sueño, porta-palabra o porta-ideal (cf. cap. 3).

LAS FUNCIONES DEL IDEAL. EL NARCISISMO DE LAS PEQUEÑAS DIFERENCIAS. Las funciones del ideal son efectos psíquicos de la prematuración humana en el momento de nacer, por lo mismo que esta lleva al [57] máximo la dependencia del yo precoz respecto del objeto. La idealización protege de la falta y de la incuria, de la dependencia y del sufrimiento, llevando a un grado de perfección absoluta las cualidades del objeto. Así se ven «garantizadas» la autarquía narcisista y el estado de omnipotencia. El objeto resulta entonces tanto más idealizado cuanto que el yo se encuentra desprovisto para hacer frente a las vicisitudes de su unidad, de su continuidad y de su protección. G. Róheim lo comprendió claramente al entender el grupo como una defensa contra el desamparo originario.

Dos modalidades de la idealización determinan organizaciones diferentes de las funciones del ideal. La idealización *primaria* estructura al yo ideal, que asegura, mediante la denegación de la dependencia respecto del objeto y de su insuficiencia, la autosuficiencia narcisista y la recuperación de la omnipotencia infantil. Aquí están en juego las identificaciones primarias con la Madre omnipotente, pero el yo ideal es también el heredero de la relación primitiva con el narcisismo parental: se construye, pues, en parte en el vínculo con el otro. La idealización *secundaria* organiza, en la estructura edípica, el ideal del yo: en ese caso, el objeto encarna un ideal que el yo quisiera establecer en él, y es amado por las perfecciones que representa.

Estas dos formas del ideal cumplen sus funciones en los grupos; son atribuidas al grupo mismo o a un conductor (porta-ideal) por el movimiento de las identificaciones. Al abandonar cada uno una parte de sus ideales personales para sustituirlos por los del grupo y adherir a ellos, el grupo debe garantizar su validez y obligar a ellos a sus miembros, estableciendo alguno de los contratos que rigen las relaciones entre el conjunto y sus sujetos (cf. más adelante, cap. 3).

Estos conceptos dan un contenido a lo que Freud (1921) llamó «narcisismo de las pequeñas diferencias»: este procede de la tendencia a considerarse alguien aparte, a afirmarse uno mismo, a combatir en los demás sus expresiones narcisistas y a considerar al grupo propio (o familia, o institución, o nación) como superior al del otro. Las formaciones del ideal de los otros son particularmente odiadas y atacadas. Una de las funciones del grupo, que puede ser delegada en uno de sus miembros o en un dispositivo ideológico, es cultivar ese narcisismo de las pequeñas diferencias.

LAS FUNCIONES DE CREENCIA. LA ILUSIÓN GRUPAL. Entre las formaciones a las que se atribuye la función de sostener la cohesión y la identidad del grupo, las más eficaces son las de la creencia. Se trata de mantener el acuerdo en una bondad primaria del objeto: no decepcionará, de él puede esperarse providencia, protección y regeneración del mundo; los supuestos básicos Dependencia y Emparejamiento son expresiones de ello. La función de creencia mantiene la renegación de la insuficiencia de un objeto semejante¹, organiza la expectativa mesiánica, que no debe ser desmentida pues, desde el momento en que el objeto de la expectativa se realiza, el deseo puede desaparecer. Esta función se apoya en las funciones del ideal: incluye una dimensión narcisista que se acentúa cada vez que las restricciones de la prueba de realidad no permiten elaborar la posición depresiva. La creencia se constituye también como efecto de la renegación de la diferencia entre los sexos, las [59] generaciones y los grupos. Ideales, creencias, narcisismo de las pequeñas diferencias son convocados para llenar el espacio depresivo que se abre en cada uno. En este sentido, la creencia es un antidepresivo producido grupalmente.

Lo que D. Anzieu describió como ilusión grupal debe considerarse desde el ángulo de la creencia: la ilusión es la creencia en la coincidencia entre la expectativa individual y su cumplimiento por el grupo. Esta experiencia de la ilusión constituye lo que D. W. Winnicott teorizó como zona transicional: en ella coexisten, sin crisis ni conflicto, el ya-ahí y el aún-no advenido, la expectativa y la realización. La confianza (es decir, la creencia primaria en la bondad del objeto) permite experimentar la ilusión fundadora de una continuidad entre la realidad psíquica y la realidad externa. Pero esta experiencia de confianza, creencia e ilusión es también el prelude a la diferenciación de elementos paradójicamente mantenidos juntos: el niño sólo tendrá acceso a la necesaria desilusión si la experiencia decisiva de la ilusión pudo producirse. El advenimiento del espacio transicional permite explorar mediante el juego el intervalo donde fluctúan y luego se establecen los límites entre el adentro y el afuera, el yo y el no-yo, lo mío y lo no-mío.

La creencia y la ilusión grupal son funciones que el grupo sostiene, y contra ellas lucha el trabajo de la prueba de realidad. El psicoanalista mexicano F. M. González (1991) ha desarrollado la problemática de las funciones de la ilusión considerada como factor

¹ Apoyado en los conceptos de la psicología social, Festinger describió con gran precisión clínica la disonancia cognitiva entre una creencia y su desmentida. Esta disonancia debe ser reducida, al precio de una renegación colectiva, en ese caso para mantener la creencia del grupo en su elección por Dios.

fundamental de la formación del grupo. Sostiene que la ilusión contribuye a establecer la certeza de ser parte constituyente en un conjunto con un mismo objeto común, el Nosotros que necesita de Sí mismo. González trabaja los malentendidos surgidos de esta condensación y de esta certeza, y entre [60] ellos la ilusión de que el grupo es una entidad específica cuando esta representación llega a ocupar el lugar del sujeto.

LAS FUNCIONES METADEFENSIVAS. E. Jaques demostró que el grupo ofrece a sus miembros organizaciones defensivas comunes sobre las que ellos pueden adosar sus propios mecanismos individuales de defensa. Esta primera introducción de un punto de vista *meta* en el abordaje psicoanalítico de los grupos constituyó un progreso considerable en la articulación de los procesos o mecanismos individuales y los procesos o mecanismos del nivel del grupo. La institucionalización del grupo es ejemplo de una función metadefensiva contra la regresión hacia las angustias psicóticas o arcaicas. Las alianzas inconscientes (pacto denegativo, comunidad de renegación, etc.), pero también ciertos componentes del liderazgo, de los ideales y de las creencias compartidas, constituyen metadefensas.

Las funciones de envoltura grupal Como los trabajos de Lewin pusieron en evidencia, el grupo debe producir una barrera y una frontera que garanticen el equilibrio de sus intercambios con el exterior y la cohesión interna de su espacio. Los conceptos psicoanalíticos de yo-piel y de envoltura psíquica propuestos por E. Bick y D. Anzieu han permitido describir las funciones de una envoltura psíquica grupal: producida por el grupo, es necesaria para su identidad, capaz de representar los límites y los pasajes selectivos entre el adentro y el afuera.

La noción de yo-piel aplicada al grupo describe con bastante precisión la experiencia del objeto-grupo representado como un cuerpo. Sin embargo, cuando se suelda a las metáforas del cuerpo «grupal», corre el riesgo de servir a una teoría típicamente funcionalista que alimente la representación [61] según la cual los miembros del grupo son (y *deben ser*) solidarios del grupo tal como los «miembros» lo son del cuerpo. Según esta perspectiva de corte organicista, el cuerpo grupal y la piel del grupo son a la vez una construcción de la creencia, una ilusión, una representación, una formación defensiva.

En cambio, el concepto de envoltura grupal designa la función de contención, de filtro y de para-excitaciones que los dispositivos de grupo deben instalar para asegurar su propio espacio. «Un grupo —escribe D. Anzieu (1975)— es una envoltura que mantiene juntos a los individuos. Mientras esta envoltura no está constituida, se puede hablar de conglomerado humano, pero no de grupo». La envoltura psíquica grupal es esa «red que encierra los pensamientos, las palabras, las acciones, permite al grupo constituirse un espacio interno (...) y una temporalidad propia».

LAS FUNCIONES DE REPRESENTACIÓN Y LOS SISTEMAS DE INTERPRETACIÓN. Las funciones de representación están estrechamente asociadas a los procesos de simbolización y de pensamiento. Una de esas funciones es producir autorrepresentaciones del grupo mismo: inscritas en los cuentos, los mitos, las ideologías y las utopías

producidas por el discurso del grupo para el grupo y para sus miembros, proporcionan los marcos interpretativos de la realidad para el conjunto del grupo.

II. Los modelos estructuralistas

Los modelos *estructuralistas* se aplican a despejar los niveles estables y las estructuras profundas de la realidad psíquica en el grupo. Más que sus funciones, describen los principios constituyentes de su [62] organización permanente y de las relaciones entre sus miembros, las leyes de composición que ligan al conjunto y a sus elementos, y los principios de transformación que sostienen u obstaculizan los pasajes de una estructura a otra.

Los psicólogos formados en la corriente de la *Gestalt-theorie* describieron al grupo según un doble punto de vista: como totalidad y como campo. Para K. Lewin, el grupo forma una totalidad dinámica y estructural distinta de la suma de sus elementos constituyentes. Este enfoque, cercano a la concepción durkheimiana de la sociedad, sostiene que los grupos son irreductibles a los individuos que los componen. A través de las investigaciones que transitan del laboratorio al terreno social, Lewin despeja los ejes teóricos y metodológicos de la dinámica de los grupos, introduce los conceptos de campo y de fronteras, da cuenta de las relaciones conflictivas y de los dispositivos de negociación entre las partes y el conjunto, entre los conjuntos mismos; instala un dispositivo de tratamiento del cambio y de la resistencia al cambio, siendo uno y otro considerados bajo el aspecto del mantenimiento del equilibrio y de la constancia de la forma.

Los modelos estructuralistas conciben al grupo como un conjunto cuyos individuos constituyentes están reunidos por una ley de composición: esta ley define y rige la estructura del grupo de tal modo que, más allá de los cambios de esos elementos, la estructura del grupo persiste. El acuerdo de los psicoanalistas (principalmente Foulkes y su Escuela) con las perspectivas de Lewin parece aquí total: la modificación de la estructura del conjunto puede, en ciertas condiciones, cambiar la economía de sus elementos constitutivos. Dicho de otro modo, para que se produzca un cambio (de objetivo terapéutico, formativo o psicoanalítico), es preciso actuar sobre la estructura del grupo, y esta transformación será provechosa para los sujetos.

El grupo es una estructura que organiza una realidad psíquica relativamente autónoma. Los conceptos de mentalidad de grupo, de cultura de grupo y de supuesto básico en Bion, los de red de las comunicaciones inconscientes y de matriz grupal en Foulkes, de resonancia fantasmática inconsciente en Ezriel, la noción de co-sí mismo de A. Abraham, el concepto de campo grupal en F. Corrao y C. Neri, expresan esta concepción.

LA MATRIZ GRUPAL. Para Foulkes (1964), «la idea del grupo como matriz psíquica, terreno común de las relaciones de operación, incluidas todas las interacciones de los miembros participantes del grupo, es primordial para la teoría y el proceso de la terapia. Todas las comunicaciones sobrevienen dentro de ese marco de referencia. Un fondo de comprensión inconsciente, en el cual se producen reacciones y comunicaciones muy complejas, está siempre presente».

Foulkes se apoya sobre esta idea para sostener que el grupo posee propiedades terapéuticas: su primer postulado es considerar que «toda enfermedad se produce dentro de una red compleja de relaciones interpersonales. La psicoterapia de grupo es un intento de tratar la red entera de los trastornos, sea en el punto inicial dentro del grupo de origen, sea colocando al individuo perturbado en condiciones de transferencia en un grupo extraño» (*ibid.*). Casi lo mismo que en Pichon-Rivière.

LA MENTALIDAD DE GRUPO. Los principales conceptos de Bion funcionan también en el marco de un modelo estructural: por ejemplo, cuando define la mentalidad de grupo como la actividad mental que se forma en un grupo a partir de la opinión, la voluntad y los deseos inconscientes, unánimes y anónimos de sus miembros. Las contribuciones de estos a la mentalidad de grupo, que constituye su continente, [64] permiten cierto grado de satisfacción de sus pulsiones y deseos; sin embargo, tales contribuciones deben guardar conformidad con las provenientes del fondo común, y ser sostenidas por él. La mentalidad de grupo garantiza así el acuerdo de la vida del grupo con los supuestos básicos que organizan su curso.

EL CO-SÍ MISMO. El co-sí mismo podría describir el grado cero de la estructura: A. Abraham propuso esta noción (1994) para describir, en toda situación grupal, «la emergencia inmediata y masiva de un estado caótico, de un estadio preobjetal donde no existe aún clara distinción entre sujeto y objeto». Esta noción, cercana a lo protomental de Bion, especifica al feto y al recién nacido que «funcionan como si él y su madre, él y el universo fueran una sola unidad, un solo sistema provisto de límites flexibles».

El co-sí mismo cumple un papel organizador de la seguridad básica en los vínculos de grupo frente a las angustias surgidas en él. Las nociones de sí-mismo originario ilimitado (A. Ruffiot) o de psiquismo primario grupal (S. Decobert, C. Pigott) pueden ser homologadas a la noción de co-sí mismo: describen un estado psíquico primero que la situación de grupo movilizaría y que sería necesario para todas las organizaciones ulteriores.

EL CAMPO GRUPAL. La teoría del campo grupal se inscribe en una genealogía de pensamiento deudora tanto de K. Lewin como de los trabajos de Bion sobre las características psíquicas propias del espacio grupal; se apoya en las investigaciones de algunos psicoanalistas argentinos sobre el campo bipersonal en el marco de la cura psicoanalítica llamada «individual».

En 1960, M. y W. Baranger pusieron de relieve la implicación inevitable del psicoanalista en tanto coprotagonista [65] de la situación psicoanalítica en la cura. Psicoanalista y paciente forman una pareja inextricablemente unida y complementaria, participan en el mismo proceso dinámico: la díada paciente-terapeuta genera un campo bipersonal y está comprendida en ese campo. El campo bipersonal se crea en el momento de la sesión entre dos individuos, dentro de la unidad que ellos constituyen; es radicalmente diferente de lo que cada uno de esos individuos es por separado, tiene cualidades y dinámicas que le son propias y que son independientes de los dos individuos implicados en la relación.

Al proponer la noción de campo multipersonal, C. Neri (1995) describió la manera en que los miembros del grupo y el analista contribuyen a alimentar el campo del grupo y son a su vez condicionados por él. El modelo del campo incluye el proceso de transformación de la estructura y de sus constituyentes. El concepto de *commuting*, que C. Neri utiliza para pensar ese pasaje y esas relaciones, da cuenta del cambio de sentido efectuado con los otros.

A consecuencia de los argumentos que plantea en cuanto a las propiedades del campo como construcción común, C. Neri opta por no utilizar el concepto de transferencia. Se opone así a la concepción sostenida antes por A. Béjarano: aunque deba ser matizada, nos parece que la cuestión de las transferencias sigue siendo pertinente en el marco de una teoría que toma en consideración la posición del sujeto de/en el grupo. La cuestión correlativa y recurrente que plantea la teoría del campo, lo mismo que las teorías de Foulkes o Bion, es la de la interpretación, su contenido (de lo transferido específico de las situaciones de grupo, diríamos nosotros) y su dirección.

LA LEY DEL GRUPO. La noción de ley del grupo es polisémica: por eso, es útil distinguir entre ley del grupo y Ley de grupo. La ley del grupo se entiende [66] como ley *local* consentida por sus miembros o impuesta a ellos de manera implícita o explícita para la realización de sus metas imaginarias: por ejemplo, un supuesto básico de ataque-fuga impone su ley de funcionamiento a sus miembros. El líder, o más generalmente la función de liderazgo, es la encarnación de esta ley del grupo. Para el observador se trata de una ley de composición y de funcionamiento del grupo como conjunto dotado de realidad psíquica.

Ley de grupo define el conjunto de las reglas y prohibiciones organizadoras de los vínculos y de las realizaciones posibles para los miembros de un grupo: esta Ley es recibida desde el exterior y cada grupo se la apropia según modalidades que la especifican en sus relaciones con la ley del grupo.

La Ley de grupo se enuncia y se aplica a todos, fundamentalmente en la forma de prohibición del asesinato del animal totémico (Freud, 1913) y, de una manera más general, prescribiendo un renunciamiento mutuo a la satisfacción directa de los fines pulsionales (Freud, 1929), especialmente de los deseos incestuosos.

La Ley de grupo recibe su poder *simbolígeno* de su forma contractual: prohibición y renunciamiento hacen posibles los intercambios. Generalmente entra en conflicto con la ley del grupo; también suele ocurrir que se la desnaturalice para instituir en su lugar la ley del grupo, poniendo sus fines y sus medios al servicio de lo arbitrario y del placer de uno solo o de algunos.

EL DISCURSO DE GRUPO. La noción de discurso de grupo expresa particularmente el modelo estructural del grupo. El enfoque de esta noción que proponemos se basa en la cadena asociativa grupal constituida bajo el efecto de la regla fundamental (cf. Kaës, 1994). En situación de grupo, la pluralidad de los [67] discursos intrincados unos en otros y la sucesión de los enunciados singulares produce un conjunto discursivo original que lleva inscriptos los efectos del inconsciente. Esos discursos están hechos de imágenes,

vocablos y verbalizaciones que se encadenan en la sincronía y en la diacronía de los enunciados; incluyen en parte significantes infraverbales y tienen una destinación. La noción de discurso del grupo supone que se desarrolle en el grupo un discurso psíquicamente organizado (fantasías y representaciones-meta compartidas) y por lo tanto inteligible de algún modo en sus relaciones con los «fenómenos de grupo». Para sostener este punto de vista, es necesario referirlo a principios organizadores.

Cuando Bion, por ejemplo, propone que los supuestos básicos funcionan como representaciones-meta inconscientes del grupo, indica de ese modo —pero sin explicitarlo— que ellos rigen las asociaciones producidas por sus miembros y que constituyen lo que se puede llamar discurso del grupo. Foulkes y Pichon-Rivière mantienen una hipótesis del mismo orden cuando proponen la noción de escucha global, noción con la cual han trabajado la gran mayoría de los psicoanalistas.

Esta hipótesis y el tipo de escucha que de ella resulta (o que la instaura) encuentra cierto límite: generalmente se trata de despejar temas comunes, compartidos por todos los participantes, y de remitir el discurso «de grupo» a una organización inconsciente que sería la de todos los sujetos. Lo que se dice en el grupo concebido y escuchado como una totalidad es enunciado por un supuesto sujeto-grupo. Lo que el analista ha comprendido, lo propone en forma de construcción o de interpretación dirigida al grupo en su conjunto. Este modo de actuar, si bien mantiene cierta coherencia con el abordaje del grupo como entidad específica, reduce considerablemente [68] la complejidad y la riqueza del proceso asociativo. Además, corre el riesgo de no tratar la función defensiva de semejante discurso «de grupo» con relación a los procesos asociativos singulares: puede conectar con la ilusión de la entidad grupo criticada por F. M. González. Olvida reconocer cómo ese discurso puede, en cambio, abrir vías al retorno de lo reprimido predisponiendo significaciones que hasta entonces no pudieron crear sentido para determinado sujeto.

LAS EMOCIONES DE GRUPO. Las teorías psicológicas del grupo han concedido un papel preponderante, casi siempre negativo, a la regresión intelectual que caracterizaría la vida de los grupos cuando no están aún guiados por la razón y el orden o han dejado de estarlo. K. Redi fue sin duda el primero que propuso considerar las emociones como un ligante grupal, aunque sin atribuir a estas emociones un origen grupal. Bion otorgó a las experiencias emocionales un lugar fundamental en la formación de la vida mental de los grupos. Considera que el grupo es sede de emociones poderosas y confusas que priman sobre el juicio, aunque den forma a la percepción de cada uno sobre el estado emocional del grupo y de sus otros miembros. Entiende que un estado afectivo o emocional específico acompaña a los supuestos básicos. Las emociones son estados afectivos iniciales que nacen en lo «protomental», es decir, en un todo «en el cual lo físico, lo psicológico y lo mental permanecen indiferenciados». Observa, a propósito de la manifestación de la hostilidad individual, que en el grupo las emociones (o los afectos o los sentimientos) se expresan de manera anónima.

En un estudio crítico del pensamiento de Bion, O. Avron (1986, retomado en 1996) observa que Bion no trata con precisión los principios organizadores [69] de las emociones. Con el concepto de emocionalidad grupal, pone el acento en la posibilidad combinatoria,

esencialmente lábil, de las emociones individuales en estado naciente. La emocionalidad grupal es «una función primaria capaz de ligar en una combinatoria expresiva colectiva estados emocionales rítmicos al comienzo de la vida psíquica»; se organiza espontánea e inmediatamente desde que los individuos se encuentran en grupo. O. Avron muestra el vínculo que asocia emoción y representación: la «sincronización grupal de los estados emocionales» está en busca de representación, la suscita.

La noción de co-sí mismo propuesta por A. Abraham da cuenta también de las emociones de grupo. El clima emocional grupal, la «convergencia de todas las emociones en un efecto único», y los humores [*moods*] que suscita son los efectos de las «emociones del co-sí mismo».

MODELOS ESTRUCTURALISTAS E INTERPRETACIÓN. Estas proposiciones deben considerarse desde el punto de vista de la interpretación. Cuando la interpretación se piensa y se pronuncia en términos de grupo, implica que los objetos considerados son las formaciones y los procesos propios del grupo como entidad, pero también que el destinatario de la interpretación es el grupo. El modelo estructural supone que los efectos de la interpretación del nivel del grupo se producirán en cada individuo a través de los vínculos que lo unen a la estructura, pero también integrando las modificaciones del campo de grupo o de la matriz grupal.

No obstante, no será interpretado directamente lo que el vínculo pone en juego para cada uno. Los modelos estructuralistas tuvieron el mérito de centrar el análisis en la realidad psíquica grupal, descubriendo así un espacio psíquico distinto del que modeliza al aparato psíquico individual. Pero, ya lo [70] hemos señalado, son construcciones donde el sujeto corre el riesgo de desaparecer en aquello que lo singulariza y que lo constituye en su subjetividad y en su historia.

Por otra parte, los modelos estructuralistas no pueden ahorrarse ciertas preocupaciones del funcionalismo: por ejemplo, las funciones del liderazgo, puesto que ellas intervienen en la cohesión de la estructura y en su poder de regulación.

III. Los modelos genéticos

Los modelos genéticos dan cuenta del desarrollo del grupo a partir de un período inicial y de una fase terminal. De hecho, la mayoría de las teorías psicoanalíticas del grupo atendieron a las formaciones y los procesos psíquicos activos desde el período inicial del grupo. Una explicación corresponde al hecho de que los grupos de que se ocupan los psicoanalistas son convocados por ellos en un momento preciso, cuando los participantes se encuentran reunidos por primera vez. Ese momento inaugural, que remite constantemente a un más acá del encuentro, es bastante notable por cuanto la situación analítica puede captar en él ciertos procesos de lo originario. Para dar cuenta de ello, se construyó una serie de hipótesis que hemos evocado en relación con un grado cero de la estructura grupal: vínculo sincrético, protomental, matriz de grupo, co-sí mismo... Volveremos sobre esto en los capítulos siguientes con las nociones de originario, de interritmicidad pulsional, de organizador o de grupo interno.

El modelo genético surge como reacción contra las encrucijadas del modelo estructuralista cuando [71] postula que la compulsión de repetición es inherente a la estructura y que su cambio es una ilusión. Postula que los grupos viven, como los individuos, un comienzo, crisis de crecimiento y fases de estabilidad, enfermedades y una muerte. Al restablecer la perspectiva de la historización, el modelo genético describe procesos, una progresión, un crecimiento psíquico, con sus atascos críticos y sus superaciones.

La noción central de este modelo es la de una sucesión de fases organizadoras del proceso grupal. La noción de organizador no se trabaja aquí en su dimensión estructural (cf. *infra*, los organizadores estructurales inconscientes del grupo); se moviliza en un sentido cercano al que Spitz utilizó para describir el desarrollo del niño. D. Anzieu propuso un modelo genético de los organizadores psíquicos describiendo primero (1975) tres organizadores cuyo modelo de sucesión sería: una fantasía individual, una imago, una fantasía originaria; en 1981 agregó otros dos: el complejo de Edipo y la envoltura grupal.

Analizando las fases de evolución de un grupo de niños, G. Decherf (1981) distinguió entre un primer organizador constituido por una imago materna de dos caras, que provoca estupefacción, fusionalidad e ilusión grupal; un segundo organizador, edípico, organiza la búsqueda de una Ley de grupo, quedando desplazada la prohibición del incesto sobre las prohibiciones del grupo; las fantasías originarias constituyen el eje de un tercer organizador y el principio del proceso de fantasmización.

EL PROBLEMA DE LA REGRESIÓN Y DE LA INTERPRETACIÓN. Los modelos genéticos plantean varias cuestiones teóricas, metodológicas y clínicas. Entre estas, es particularmente interesante la noción de regresión [72] grupal: ¿cómo dar cuenta de la movilización de las angustias arcaicas en el grupo (fragmentación, pérdida de límites, contagiosidad de las emociones), en fase inicial pero sobre todo con ocasión de las transformaciones que se producen ulteriormente? ¿Es posible caracterizar esta regresión según los puntos de vista metapsicológicos clásicos? Eso sería postular ante todo que el grupo como entidad es el sujeto de esta regresión. Describir una regresión cronológica hacia una fase anterior del desarrollo supone una historia del grupo: ¿cómo se produce? O bien la regresión cronológica se aplica sólo a los individuos reunidos en grupo. Sea, pero ¿cómo dar cuenta de que la «regresión» esté sincronizada en períodos o fases casi idénticos para todos, al menos durante cierto tiempo? ¿Deberá pensarse en constantes de situación que estarían ligadas a las cualidades morfológicas del grupo (pluralidad, frente a frente, abandono de partes de sí mismo para formar grupo...), cualidades cuyos efectos son particularmente sensibles en ciertas fases de la formación del grupo? Es probable.

Los analistas que se ocuparon de comprender lo que se anuda y se pone en marcha desde los primeros instantes del proceso grupal naciente (Corréale, Neri, Missenard, Kaës, Rouchy), muestran una y otra vez que los miembros del grupo utilizan mecanismos de defensa compartidos contra las angustias arcaicas; que lo hacen identificándose unos con otros de manera apremiante y según modalidades muy primitivas (de las que no da cuenta la noción descriptiva de contagiosidad); que esos mecanismos de defensa tienen como efecto producir un espacio psíquico común por medio de los organizadores

estructurales y de las alianzas inconscientes destinadas a mantener inconscientes, por clivaje, renegación y represión, representaciones y afectos potencialmente traumatógenos.

Decir que el grupo regresa sería entonces una comodidad de lenguaje, una elipsis para significar que los miembros del grupo regresan de una manera relativamente homogénea hacia organizaciones psíquicas que, expresadas en el grupo y bajo el efecto de los fenómenos que allí se producen, adquieren una consistencia psíquica propia: el «grupo» regresa hacia la «horda», asunción de una serie de regresiones tópicas hacia organizaciones anteriores a la conclusión del complejo de Edipo. Considerada desde el punto de vista de los sujetos que componen el grupo, la regresión pesaría sobre las formaciones y los procesos más frágiles del yo y del superyó, los que han sido adquiridos mediante la sublimación y el trabajo de la cultura.

Tales proposiciones permiten sostener el esbozo de" un punto de vista tópico: la regresión es la de los sujetos en grupo, consiste en el recurso defensivo conjunto a construcciones grupales anteriores, frente a transformaciones que amenazan la cohesión del grupo y los lugares a los que han sido asignados los sujetos por los organizadores estructurales inconscientes. En cuanto a la regresión formal, pesa sobre los procesos originarios y primarios movilizados en el grupo. Volveremos sobre esto en el capítulo 3.

IV. Los modelos de transformación: el aparato psíquico grupal

Los modelos de transformación proponen otro vértex: ponen el acento en los vínculos entre los miembros del grupo y sobre los vínculos de cada uno con el grupo. Se centran así en la articulación dialéctica entre los espacios psíquicos del grupo y el del sujeto considerado por su condición de miembro [74] del grupo. Estos modelos describen los procesos que presiden las transformaciones de la estructura del grupo y del sujeto en el grupo.

EL TRABAJO DEL ACOPLAMIENTO PSÍQUICO GRUPAL. El modelo del aparato psíquico grupal (R. Kaës, 1976, 1993) define lo que podemos entender por modelo de transformación. Partiremos del concepto freudiano de aparato psíquico: el trabajo del aparato psíquico consiste en integrar en el psiquismo, derivándolas y ligándolas, las excitaciones cuya acumulación amenaza ser patógena, y en establecer entre ellas conexiones asociativas. Se trata de un proceso de transformación que se aplica a diversas formaciones psíquicas y cuyos paradigmas han sido la pulsión, el sueño, el duelo, la memoria.

El aparato psíquico grupal es un «aparato» irreductible al aparato psíquico individual: no es su extrapolación. Cumple un trabajo psíquico particular: producir y tratar la realidad psíquica de y en el grupo. Es un dispositivo de ligazón y transformación de los elementos psíquicos y sólo funciona por los aportes de sus sujetos. En los grupos, por el hecho del agrupamiento y por efecto del agrupamiento, se produce cierta combinación de las psiques, y este *acoplamiento* define la realidad psíquica o la «psique» de grupo.

Compartimos con otros teóricos del grupo esta preocupación por dar cuenta de un principio organizador de esa combinación. Bion presenta así el concepto de valencia: «lo

que quiero indicar por este término es la disposición del individuo a entrar en combinación con el resto del grupo para establecer los supuestos básicos y para adaptar a ellos su comportamiento». Bion destaca que, para él, esta disposición combinatoria es más cercana al tropismo que a la acción motivada, y que pone en evidencia [75] el aspecto gregario inconsciente en la personalidad humana.

Es precisamente esta posibilidad combinatoria lo que describe, en otro modelo teórico, el concepto de acoplamiento psíquico grupal. Hemos supuesto que formaciones intrapsíquicas descritas como grupos internos constituyen los *organizadores* inconscientes del acoplamiento de las psiques; en ellos predominan los procesos primarios y allí rigen, por desplazamiento, condensación y difracción, los mecanismos de proyección y de identificación proyectiva e introyectiva, y las identificaciones adhesivas o las incorporaciones.

En la construcción del aparato psíquico grupal se encuentran siempre movilizados, en diverso grado, grupos internos como las fantasías originarias, las imagos, los complejos o los sistemas de relaciones de objeto. Dicho aparato se apunala en apoyo múltiple y recíproco sobre las formaciones grupales del psiquismo de cada uno de los participantes. No existe sólo colección de individuos, sino grupo, con fenómenos específicos, cuando se ha operado entre los individuos que constituyen ese grupo una construcción psíquica común que implica un nivel indiferenciado y un nivel diferenciado de relaciones.

LA TENSIÓN DIALÉCTICA ENTRE LOS DOS POLOS DEL APARATO PSÍQUICO GRUPAL: ISOMORFIA Y HOMOMORFIA. El aparato psíquico grupal se desarrolla en la tensión dialéctica entre dos polos. El primero corresponde a lo que Freud ha descrito como la masa: objeto común para sus miembros que implica la pérdida de los límites individuales, donde predominan los mismos sentimientos, la homogeneidad mental, la exaltación de la emotividad, las reacciones automáticas.

[76] El polo *isomórfico* del aparato psíquico grupal es efecto del proceso de no-diferenciación, cuya meta es reducir o negar la diferencia entre el aparato psíquico grupal y el espacio psíquico subjetivo. Según esta polaridad, sólo existe un espacio psíquico grupal y no espacios psíquicos individuales separados. En este espacio se produce una serie de operaciones de vaciado y de llenado narcisista entre el grupo y el espacio interno de los sujetos, de tal modo que esos dos espacios coinciden siempre. Esta coincidencia somete a cada uno a ocupar el lugar que le es asignado en el grupo en razón de su economía (narcisista) en la formación del conjunto; además, cada uno se autoasigna *motu proprio* a este lugar. Todo lo que ocurre «afuera» ocurre entonces también «adentro», y recíprocamente. Si un elemento del grupo llega a cambiar, ese cambio amenaza al sujeto desde adentro. No hay espacio intermediario porque no hay representación de una distancia tolerable y representable de la diferenciación: toda representación sería catastrófica.

Cada vez que un grupo se ve confrontado con una situación de crisis o de grave peligro, tiende a acoplarse ligando a sus «miembros» en la unidad sin falla de un «espíritu de cuerpo»: cada uno de los participantes sólo puede existir como miembro de un «cuerpo»

dotado de una inmutable indivisión. Así sucede con la familia y el grupo psicóticos; es también el fundamento psicótico de la grupalidad. Sin embargo, suele ocurrir que tal modalidad de acoplamiento sea necesaria para la supervivencia del grupo, para el mantenimiento del ideal común, para la integridad de su espacio psíquico, social o territorial. La dependencia grupal es entonces un factor de esta supervivencia.

El polo isomórfico es aquel por el cual el grupo se constituye primitivamente como entidad específica.

[77] Construir un grupo es darse mutuamente la ilusión de una masa, de un cuerpo indivisible, inmortal, omnipotente. El grupo se construye como suplencia del cuerpo singular sometido a la debilidad y a la muerte. Tal construcción imaginaria calma las angustias arcaicas, la angustia de no tener asignación y de perder los propios límites. Pero las resucita de inmediato y sin pausa.

El segundo polo es *homomórfico*. La diferenciación del espacio del aparato psíquico grupal y del espacio del aparato psíquico individual hace posible que la relación de cada uno con el grupo pueda ser elaborada; la condición es que las prohibiciones estructurantes hayan sido enunciadas e integradas, que la Ley de grupo esté en condiciones de suscitar y contener conflictos, de acoger sentimientos de ambivalencia y de hacer posible las separaciones. La integración de las diferencias se produce en el mismo momento en que se efectúa el acceso a lo simbólico: una palabra individuada puede surgir en la medida en que el juego de asignaciones esté regulado por la referencia a la Ley de grupo y no por la omnipotencia de un tirano, de un ideal cruel y mortífero, de la ley del grupo.

A través de estas dos polaridades, el grupo aparece como una estructura de convocación y de determinación de emplazamientos psíquicos necesarios para su funcionamiento y mantenimiento. Esos emplazamientos son correlativos, complementarios o antagonistas. En ellos llegan a representarse objetos, figuras imagoicas, instancias y significantes cuyas funciones y sentido son impuestos por la organización del grupo: funciones del ideal común, figuras del Ancestro, del Niño-Rey, del Muerto, del Héroe, del grupo originario, de la víctima emisaria; funciones fóricas del porta-palabra, del porta-síntoma, del porta-sueño, etcétera.

[79] Al igual que el aparato psíquico «individual», el concepto de aparato psíquico «grupal» no corresponde a un observable concreto: en tanto «ficción eficaz», tiene primeramente una función de modelo en la teoría y la heurística del psicoanálisis.

Los modelos de transformación esbozan los términos de una lógica de la reciprocidad entre el conjunto y los sujetos del conjunto. Con los conceptos de aparato psíquico grupal, de *commuting*, nos ubicamos en una lógica de implicaciones recíprocas del sujeto y del grupo: no existe el uno sin el otro. La lógica de la cura individual se había establecido sobre la puesta en suspenso de uno para que el otro adviniera. Ahora, nos vemos confrontados con una teoría de los vínculos de grupo. Pero, para abordar este nuevo capítulo, primero es preciso examinar los procesos y principios del funcionamiento psíquico que en él actúan.

3. Procesos y principios del funcionamiento psíquico en la vida de los grupos

El abordaje psicoanalítico del grupo tropieza permanentemente con esta cuestión inicial: ¿cómo y con qué conceptos dar cuenta de procesos y formaciones psíquicas que no son lo propio de cada sujeto considerado aisladamente, pero que, a partir de las acciones, representaciones y vínculos recíprocos entre un sujeto, otro sujeto y más de un otro, forman la realidad psíquica común y compartida de la entidad grupo?

Las respuestas a estas preguntas varían según los diversos modelos psicoanalíticos del grupo; varían también según los conceptos tomados del psicoanálisis de la cura: las categorías de lo originario, de lo arcaico, de lo primario, de lo secundario y de lo terciario no son coincidentes en S. Freud, M. Klein, A. Green o P. Aulagnier. La pertinencia de esas categorías y de su consistencia en el campo grupal es una cuestión abierta: por todas esas razones, no disponemos aún de una verdadera teoría de los procesos de grupo, sino más bien de descripciones de procesos y de fragmentos de teoría.

¿Qué entender por proceso? Un proceso describe una sucesión organizada, regular y constante de fenómenos en movimiento. Supone una fuente a partir de la cual avanza (procede) la sucesión, que se desarrolla según una dinámica interna, en un espacio y según una temporalidad específicos. Se inscribe en una estructura que determina su funcionamiento: ciertos procesos conservan la estructura, otros pueden modificarla.

[80] Los procesos de grupo son procesos complejos porque conciernen a dos espacios heterogéneos y asociados: el espacio intrapsíquico de cada sujeto y el espacio común, intersubjetivo y trans-subjetivo del grupo mismo. Pero, además, son complejos porque coexisten procesos de origen y funciones diversos que producen también ellos efectos de trabajo heterogéneos en esos dos espacios psíquicos. Ciertos procesos son de la misma naturaleza que los que caracterizan a las formas más primitivas de la vida psíquica, y que el abordaje de la psicosis nos permitió comprender; otros procesos son los que actúan en el trabajo onírico y en el trabajo del pensamiento. Los grupos, en ciertos períodos de su organización, son más particularmente los vectores de los procesos del primer tipo, mientras que en otras fases predominan los procesos del segundo tipo; pero suele ocurrir también que procesos heterogéneos sean movilizados al mismo tiempo por diferentes miembros del grupo: hemos puntualizado su incidencia sobre la cuestión de la regresión. Sobre esta doble heterogeneidad de los procesos, individuales y grupales, sincrónica y diacrónica, se funda el trabajo psíquico propio de la situación de grupo.

En los grupos actúan cuatro categorías de procesos: vamos a examinarlas restituyendo a cada una su valor en cada contexto teórico.

I. Los procesos psíquicos grupales originarios

Los trabajos sobre la psicosis y el autismo han permitido despejar ciertos procesos constitutivos de la vida psíquica. Como lo puso en evidencia P. Aulagnier, la psicosis plantea de una manera decisiva la cuestión de la [81] posibilidad del Yo [*Je*] de pensarse en

la alteridad, y la plantea en un contexto clínico diferente al de la cura individual de los neuróticos. El encuentro del analista con el psicótico y su mundo, a menudo con su familia, pone de manifiesto las condiciones de un primitivo encuentro del sujeto y del mundo: allí operan, por deficiencia, los efectos de una intersubjetividad que no se ha constituido en razón de todos los elementos que definen «la función psicotizante de un medio familiar», la que impone al niño pruebas psíquicas demasiado precoces o en condiciones que exceden sus capacidades de respuesta y de defensa. Los efectos de no-separación de las psiques ejercen una violencia tal sobre los procesos de pensamiento, que todo empeño en un advenimiento del Yo [*Je*] deviene una aventura donde se compromete la vida psíquica misma.

La experiencia del grupo implica situaciones homologas: al margen de cualquier verdadera patología psicótica, los efectos de no-separación de las psiques son llevados allí al máximo, como condición inicial de la formación del grupo. El encuentro pluri-subjetivo, en un dispositivo que reduce todas las certezas y aumenta las incertidumbres en las relaciones con lo desconocido, constituye una situación potencialmente psicotizante por cuanto las capacidades de defensa y de elaboración se ven desbaratadas: paralización, blancos del pensamiento, desaparición de los afectos, pánicos profundos ligados a la desorganización de las identificaciones son experimentados por quienquiera que se introduce en esta situación. La experiencia del grupo moviliza así los núcleos psicóticos de todo sujeto neurótico y lo condena a pensar su inmersión en las angustias y en las defensas psicóticas².

[82]

LO ORIGINARIO Y LA EXPERIENCIA DEL ENCUENTRO INAUGURAL. En su interrogación sobre el origen de la vida psíquica, P. Castoriadis-Aulagnier (1975) ha propuesto una nueva concepción del proceso originario: lo originario es un lugar y un proceso de producción de la vida psíquica previos a los espacios y procesos primarios y secundarios; una vez establecidos, estos procesos orientados cronológicamente trabajan en forma simultánea. Lo originario es una forma de actividad y un modo de funcionamiento psíquico inaugural producido en el encuentro entre la psique del *infans* y el mundo circundante.

La experiencia de este encuentro es organizada por el amamantamiento; corresponde a la percepción de una necesidad y a la puesta en relación de los espacios corporales y psíquicos de la madre y del niño. De este encuentro va a nacer una primera representación que la psique se forja de sí misma y que P. Aulagnier llama pictograma. En esta representación convergen una experiencia de satisfacción corporal y de placer psíquico o de insatisfacción y displacer. La cualidad del encuentro con el pecho materno, bajo el signo del placer y del amor, es representada por un pictograma de confluencia o de unión entre

² Una afinidad clínica y teórica asocia de larga data el interés de los psicoanalistas por la psicosis y por el grupo. Pensamos en los trabajos de W. R. Bion, S. Resnik, P.-C. Racamier. N. Caparrós, F. Corrao y G. Haag.

la boca y el pecho: a este pictograma se asocia el postulado del autoengendramiento, lo cual se enlaza con la fantasía originaria de autoengendramiento. A la experiencia de displacer corresponde el pictograma de rechazo. El desencadenamiento de esta experiencia y de esta representación a partir del encuentro con un objeto excitante exterior a la psique, llamado por P. Aulagnier objeto-zona complementaria, es el punto de partida de otros dos procesos de metabolización, el primario y el secundario.

La experiencia de este encuentro inaugural es fundamental en la instalación del proceso grupal. En los grupos, el proceso originario es iniciado por las experiencias de placer y displacer de lo que fue para cada uno este encuentro cuya metabolización [83] dio lugar a las primeras representaciones pictográficas de unión-fusión o de rechazo. La abolición parcial de los límites del yo de cada sujeto y la indiferenciación de su espacio y de su tiempo propios hacen predominar las emociones contagiosas sin sujeto ni objeto, las experiencias sensoriales de tipo alucinatorio o materializadas por olores producidos por los miembros del grupo como envolturas atmosféricas, donde se difuminan las diferencias entre adentro y afuera; el grupo es la forma indeterminada de un espacio narcisista sin límite, donde pueden vivenciarse la experiencia «oceánica» y la del nirvana. El proceso originario trabajaría entonces para establecer la toma en sí o el rechazo fuera de sí de los objetos-zona complementaria equivalentes del pecho, estando la fuerza de ligazón entre las psiques y los objetos esencialmente comandada por la satisfacción de la necesidad y por la búsqueda del placer de la coincidencia entre unos y otros. Esta fuerza de ligazón se ejerce con tanta mayor intensidad cuanto que la no-satisfacción y el no-encuentro amenazan la constancia y estabilidad del grupo, aquí figura del espacio originario.

La constancia de las investiduras de ligazón sobre el grupo como intento constitutivo de un todo (psiques-objetos-zona complementaria) y sobre sus límites será, pues, uno de los procesos originarios capitales. La puesta en jaque de esos procesos convoca mecanismos de defensa: el primero es la represión originaria. Se utilizan también otros mecanismos: rechazo, borramiento, clivaje del yo primitivo, fragmentación o aislamiento. La predominancia de estos procesos produce generalmente graves perturbaciones en la actividad de representación y de simbolización.

La ilusión grupal puede ser aquí reconsiderada como proceso originario: podría ser concebida como [84] la representación, bajo la forma de un pictograma de reunión, de una experiencia de placer en la coincidencia entre la boca-grupo y el pecho-grupo; tendría una función de integración de las experiencias corporales al conjunto grupal, él mismo a la vez cuerpo de placer y cuerpo para el placer, según el postulado de autoengendramiento que prevalece en ese momento constitutivo de la vida psíquica.

El proceso originario rige el modo isomórfico del acoplamiento psíquico grupal. Es posible caracterizar desde esta perspectiva ciertos aspectos de lo protomental bioniano y del co-sí mismo conceptualizado por A. Abraham. Sin embargo, por otro lado, isomorfía, co-sí mismo y protomental movilizan los procesos primarios, principalmente las formaciones oníricas y la fantasmaticación.

II. Los procesos primarios: onirismo de grupo y fantasmaticización de grupo

Desde la perspectiva freudiana, los procesos primarios rigen las formaciones y procesos del inconsciente, trabajan para mantener las mejores condiciones de la satisfacción psíquica, organizan la actividad de representación según mecanismos que favorecen la mejor realización (desplazamiento, condensación, dramatización, simbolización) del deseo inconsciente y que facilitan la investidura de la energía psíquica sobre esas representaciones. Con este objetivo, las exigencias de la censura desencadenan un trabajo psíquico de transformación. Los procesos primarios están activos en la formación del síntoma, en el trabajo del sueño, en la configuración de la fantasía como libreto, en el núcleo organizador de la cadena asociativa.

[85]

LA ANALOGÍA DEL GRUPO Y DEL SUEÑO: CUATRO PROCESOS PRIMARIOS. Las formaciones grupales descritas por Bion: mentalidad de grupo, supuestos básicos, así como la noción de resonancia fantasmática propuesta por Foulkes y Ezriel, están regidas por los procesos primarios. Sin embargo, la detección explícita de los procesos primarios en la vida de los grupos queda ilustrada por la tesis del onirismo grupal, cuyas características esenciales ha despejado D. Anzieu al proponer la analogía del grupo y el sueño: «los sujetos humanos van a los grupos de la misma manera como al dormir entran al sueño». D. Anzieu recurrió a los principios explicativos de *La interpretación de los sueños*: los diversos fenómenos que se manifiestan en los grupos se asemejan a contenidos manifiestos, derivan de una escasa cantidad de contenidos latentes; esta derivación obedece a procesos específicos, unos generales y propios de toda producción del inconsciente, otros característicos de la situación de grupo. El grupo es, como el sueño, el instrumento y la sede de la realización imaginaria de los deseos inconscientes infantiles. Como el sueño, como el síntoma, el grupo es la asociación de un deseo inconsciente en pos de su vía de realización imaginaria, y de defensas contra la angustia que tales cumplimientos suscitan en el yo de los miembros del grupo.

Generalizando estas perspectivas, se podría considerar que, cuando Freud describe la horda originaria, el estado de multitud o de masa, describe una formación grupal colectiva onírica mantenida bajo hipnosis y regida por los procesos primarios.

El análisis del sueño ha puesto en evidencia dos mecanismos principales activos en el funcionamiento del proceso primario: la condensación y el desplazamiento. Es posible concebir esos mecanismos como el centro de la actividad de ligazón intrapsíquica. Por ejemplo, la [86] condensación está directamente implicada en la formación de ciertas formas de grupalidad interna: en *La interpretación de los sueños*, a propósito del análisis del sueño de la inyección de Irma, Freud destaca la manera como se forman, por el mecanismo de la condensación, personas-conglomerado: detrás de la «Irma» del sueño se disimulan varias personas que el trabajo de la condensación ha reunido. La formación de una figura única a partir de rasgos tomados de varias confiere a todas esas personas una especie de

equivalencia. Se forma así un grupo interno donde cada personaje se encuentra en una relación de representación de los diferentes objetos del soñante.

El modelo del aparato psíquico grupal nos ha llevado a considerar otros dos mecanismos cuyo papel en la formación del sueño Freud esboza: la *difracción* y la *multiplicación de lo semejante*.

La difracción es responsable de la figuración múltiple de los aspectos del yo representado por sus personajes y sus objetos, que forman juntos un grupo interno. Consiste en una proyección difractiva en el interior de la escena psíquica, en una descondensación que se vale del desplazamiento. Como en el escenario del sueño, los diferentes miembros de un grupo pueden representar para un sujeto dado los diferentes aspectos de su grupo interno.

Al servicio de la realización del deseo inconsciente, la difracción está próxima a un mecanismo presente en el juego y en el goce histéricos. La histérica procede por condensación de varias fantasías cuyos caracteres comunes van a formar, como en el sueño, el núcleo de la figuración. Pero la histérica procede también por difracción, es decir, por figuración sucesiva o simultánea de los distintos elementos que la representan y la enmascaran.

La difracción debe ser considerada además desde el punto de vista económico, como reparto de las cargas [87] pulsionales sobre varios objetos. Al servicio de la censura, la difracción es una técnica de camuflaje por diseminación de los elementos psíquicos que, re-agrupados y dispuestos en sus encajes mutuos, van a permitir recomponer la figura del objeto censurado. La difracción debe diferenciarse de la fragmentación. Springman ha descrito este mecanismo utilizado en los grupos para evitar el contacto con un objeto peligroso: fragmentos de objeto y de yo son esparcidos en el mundo externo sin encontrar continente para recibirlos y transformarlos.

La *multiplicación de lo semejante* es un mecanismo utilizado por el trabajo del sueño para representar la frecuencia de una acción o de una relación de deseo con un personaje del sueño.

«FANTASÍA DE GRUPO» E INTERFANTASMATIZACION. Estos cuatro mecanismos del proceso primario son preferentemente movilizados en los organizadores psíquicos inconscientes del aparato psíquico grupal. El paradigma de los grupos internos está dado por la estructura de la fantasía: son guiones de realización del deseo inconsciente y ellos gobiernan las combinaciones de lugares y de acción psíquicos correlativos en esos guiones. Lo que es propiamente grupal en la fantasía corresponde, en nuestra opinión, a la acción de los procesos primarios en el interior de su estructura. El proceso de *interfantasmaticación* describe la formación de fantasías compartidas; pero, para comprender cómo actúa, necesitamos representarnos la estructura de la fantasía que posibilita su activación en los grupos, lo que precisaremos en el capítulo siguiente.

[88]

III. Los procesos secundarios: representación y pensamiento

Los procesos secundarios especifican el sistema pre-consciente-consciente. Se caracterizan por el desplazamiento de cantidades energéticas de baja intensidad sobre la red de representaciones y por una investidura suficientemente fuerte como para mantener la atracción y la identidad de los pensamientos. Organizan así la estabilidad de las experiencias mentales, ligando la energía y sosteniendo las operaciones del pensamiento vigil, de la atención, el juicio y la acción controlada. Cumplen una función reguladora con relación a los procesos primarios, transformando en una estructura inteligible los contenidos que les están asociados.

En la perspectiva de P. Aulagnier, el proceso secundario trabaja el espacio de lo secundario, es decir, el lugar de la puesta en sentido. Implica la predominancia del principio de realidad y de la participación del sujeto en los símbolos culturales. Por lo tanto, está muy estrechamente asociado al trabajo de pensamiento.

La lógica del proceso secundario está sometida a las exigencias de la linealidad del discurso: puede oponerse a la lógica que rige los enunciados y los significantes del discurso común y compartido. Todos los discursos están a la vez ya-aquí, inscriptos en la cultura y creados por las contribuciones de los sujetos en el grupo. Según una modalidad cercana a lo que en arquitectura se llama reemplazo, los sujetos retoman, modifican e integran esos enunciados en su propio discurso asociativo. De aquí resultan los contenidos, la organización y el estilo de un pensamiento que adquiere características y funciones grupales.

[89]

IV. Los procesos terciarios: el vínculo con el aparato del lenguaje y el mito

Los procesos terciarios fueron descritos por E. R. Dodds (1959) y por A. Green (1984) desde perspectivas diferentes. A. Green postula la existencia de procesos de relación entre procesos primarios y procesos secundarios, que circulan en los dos sentidos; enlaza además estos procesos al preconsciente de la primera tópica y al yo inconsciente de la segunda. Una propiedad notable de los procesos terciarios es servir de puente entre el aparato del lenguaje y el aparato psíquico.

E. R. Dodds propuso esta noción con referencia a la elaboración de los sueños producidos en un contexto terapéutico de grupo en la Grecia clásica. Observa que el conjunto de sujetos (el sacerdote y los pacientes) participa en la elaboración del *relato* del sueño: mientras que la elaboración secundaria es descrita por Freud como la acción operada en el trabajo del sueño de tal modo que pierde su apariencia de absurdidad y de incoherencia y se asimila a la estructura de una experiencia inteligible, el trabajo de la elaboración terciaria es volver eficaces el relato y el contenido del sueño adecuándolos suficientemente a la estructura cultural tradicional. El acento está puesto sobre la transformación del proceso primario en los términos de los enunciados míticos.

Podríamos encontrar aquí un equivalente, en el colectivo, del *Apparat zu deuten* que Freud suponía en la actividad inconsciente (¿preconsciente?) de la mente humana para interpretar y producir significaciones. El mito, pero también el cuento, la utopía y la ideología, son aparatos de interpretar colectivos cuya formación y funcionamiento en grupo podemos detectar y analizar³. El mito contiene y transmite [90] un conjunto de enunciados fundamentales sobre el origen y la razón de ser del conjunto, sobre las Prohibiciones, sobre los emplazamientos de cada uno en el grupo. Esos enunciados del conjunto sobre sí mismo y sobre sus sujetos constituyen para estos últimos el fundamento de sus propios enunciados. Lo que significa que el grupo y sus enunciados son una de las condiciones necesarias para la constitución de un sujeto del discurso.

Estas cuatro categorías de procesos psíquicos grupales no funcionan de manera homogénea y sincrónica en los grupos: mientras que ciertos procesos se han estabilizado en el nivel del grupo, otros pueden permanecer activos dentro de cada psique.

V. Los procesos asociativos y el trabajo del preconsciente en los grupos

Los procesos asociativos en la situación psicoanalítica de grupo se caracterizan por su complejidad. Nos encontramos con una pluralidad de discursos intrincados unos en otros. En tal situación, el trabajo asociativo se presenta como un ciclo de transformación de las enunciaciones que se produce en las transferencias y bajo el efecto de las transferencias que se desarrollan en el espacio grupal. Pero nos encontramos también con un discurso de grupo.

La noción de discurso de grupo supone un organizador inconsciente del discurso, con valor de representación-meta compartida por los miembros del grupo. Esta representación se forma a partir de las operaciones de represión o de renegación, inaugural y conjuntamente efectuadas para formar vínculo de grupo; ellas constituyen el equivalente de lo originario [91] del grupo y son mantenidas inconscientes por las alianzas y pactos que unen entre sí a sus miembros. Los discursos están determinados por las estructuras parcialmente heterogéneas del espacio intrapsíquico y del espacio intersubjetivo. Suponemos que el proceso asociativo se desarrolla a partir de las tensiones producidas por esta heterogeneidad y por estas diferencias entre los procesos de los miembros del grupo.

El trabajo del preconsciente del otro en el proceso asociativo. Ya hemos destacado que el grupo es la ocasión del encuentro pulsional con más-de-un-otro, encuentro intempestivo a causa de la multiplicidad de requerimientos a que el yo de los miembros de un grupo debe hacer frente: la capacidad de ligar representaciones es sometida a la prueba de la cualidad de la vida fantasmática de cada uno y de sus dispositivos para-excitadores.

³ Sobre la formación de la ideología en los grupos, cf. R. Kaës, 1980, *L'idéologie, études psychanalytiques*, París: Dunod.

Estas características corresponden al régimen particular de los procesos asociativos en el grupo: los significantes aportados por cada uno están determinados por la fantasía de deseo inconsciente de cada uno y por los procesos primarios que trabajan la figurabilidad de ese deseo. También están ordenados por las representaciones-meta asociadas al organizador grupal inconsciente que mantiene juntas, combina y acopla las psiques. Sin embargo, la diversidad de sujetos y la singularidad de cada uno crea cierta tensión con relación a esas representaciones-meta individuales y comunes: en el curso de las asociaciones surgen «acontecimientos asociativos» imprevisibles y sorprendentes. Ciertas representaciones pueden volverse repentinamente disponibles y utilizables por algunos sujetos a la escucha de las asociaciones: estos pueden encontrar así la apertura de sus representaciones inconscientes hacia el preconscious. El proceso asociativo en el grupo funciona como [92] un dispositivo de metabolización que hace posible la restauración de la actividad del preconscious aprovechando todos los recursos de los procesos primarios, secundarios y terciarios.

En todo proviso asociativo, y sus modalidades grupales lo ponen en evidencia, la actividad del preconscious de un sujeto se activa o se inhibe al contacto de la actividad psíquica preconscious del otro: como en los primeros tiempos de la diferenciación del aparato psíquico, la formación del preconscious es tributaria del otro, esencialmente de su actividad de representación de palabras habladas [*représentation de paroles*]* dirigidas a otro. Esta función es primitivamente sostenida por la madre cuando se constituye como portapalabra respecto de las estimulaciones internas y externas del niño (del *infans*, el que aún no habla): es de esta manera y según este modelo como la formación del preconscious está fundamentalmente ligada a la intersubjetividad.

Estas consideraciones presentan un interés clínico para la elaboración psíquica de las experiencias traumáticas: en muchos casos, el grupo funciona como un aparato de transformación de la experiencia traumática.

Por ejemplo, un miembro del grupo hace surgir en el proceso asociativo una representación enigmática ligada a su trauma. Si el desarrollo de las asociaciones [93] de los otros miembros del grupo se organiza en torno de ese enigma, en razón de lo que este moviliza en cada uno, abre al sujeto una vía de acceso a él. En la medida en que este se ha vuelto disponible a su discurso en una escucha de expectativa, encuentra en sus asociaciones el significante que le faltó. Este efecto de resignificación es una experiencia constante y específica del trabajo psicoanalítico en grupo: la palabra de unos abre para los otros la vía al retorno de lo reprimido. Otro ejemplo: una mujer a la que otra mujer pide

* Desde hace algún tiempo, R. Kaës distingue entre la representación de palabra [*représentation de mot*], el concepto acuñado por Freud para caracterizar los contenidos representacionales exclusivamente preconscious, y lo que ha denominado *représentation de parole*, que traducimos como representación de palabra hablada. R. Kaës fundamenta esta distinción en la necesidad de precisar la diferencia entre el hecho de disponer del sistema de significación a que refieren la representaciones de palabra y el hecho de utilizarlo para decir, o sea, para consumir un acto intersubjetivo, que se dirige a otro, representándose este hecho. (*N. de la T.*)

que sea su «porta-palabra» en el grupo para que hable en su lugar de un aspecto doloroso de su historia, siente que la palabra que profiere en nombre de otro le concierne en lo más vivo de su propia historia. El porta-palabra habla en lugar de otro, por otro, pero también habla por el otro que está en él: encuentra en la palabra del otro una representación que no tenía disponible.

Hoy sabemos que una cantidad de patologías y de intensos sufrimientos de la vida psíquica están ligados a graves insuficiencias en la actividad del preconsciente. Estas patologías pueden ser tratadas en un dispositivo psicoanalítico de grupo: el trabajo del preconsciente del otro, de más-de-un-otro, su actividad de figuración y de puesta en representación de palabras habladas dirigidas a otro, crea las condiciones para una restauración de la actividad de simbolización.

VI. Proposiciones relativas a los principios del funcionamiento psíquico en los grupos

Freud describió varios principios que rigen el funcionamiento del aparato psíquico: en primer lugar, el par [94] complementario y antagónico que forman el principio de placer/displacer y el principio de realidad. A estos principios se agregaron luego otros dos: el principio de constancia y el de Nirvana. ¿Se aplican estos principios a otros alineamientos de la vida psíquica, al grupo y en general a cualquier configuración de vínculos intersubjetivos?

De las investigaciones psicoanalíticas sobre los grupos vamos a despejar siete principios fundamentales organizados en pares complementarios y antagonistas:

1. El principio de placer/displacer: el grupo se constituye y mantiene proporcionando a sus miembros la evitación del displacer (la excitación interna y mutua excesiva, las heridas narcisistas, la angustia de ser abandonado, rechazado o de carecer de asignación en el espacio grupal...); les proporciona también experiencias de placer, es decir, la satisfacción de las necesidades y pulsiones por la interligazón pulsional: el placer de estar en grupo, de formar un todo, de hallarse protegido, de recibir una estimulación regulada de pensamiento. Este principio económico concurre a poner en actividad a todos los otros.
2. El principio de indiferenciación/diferenciación: el grupo se forma sobre un fondo de indiferenciación de las psiques, cuya materia primera se diferencia progresivamente y por crisis para dejar lugar a diferenciaciones necesarias para el desarrollo de la vida psíquica del conjunto y de los individuos. Este principio puede ser descripto a partir de lo proto-mental y de los supuestos básicos, de los polos isomórficos y homomórficos del aparato psíquico grupal, del co-sí mismo y del sí mismo grupal originario. Rige la tópica y la génesis grupales.
3. El principio de delimitación adentro/afuera: bajo el efecto del principio de placer/displacer, y en sinergia con el principio de diferenciación/indiferenciación,[95] el grupo se forma segregando una frontera entre el adentro y el afuera, una primera diferenciación continente/contenido a partir de un primer continente, o también una envoltura que separa y articula de manera más o menos fluida, porosa y maleable los límites entre el

espacio grupal y los espacios subjetivos singulares. Este principio corresponde a la tópica grupal.

4. El principio de autosuficiencia /interdependencia: este par administra la formación de la especificidad de la realidad psíquica grupal con relación a la realidad individual y social; preside la organización interna del grupo, bajo el efecto de los supuestos básicos, de los organizadores psíquicos inconscientes (fantasías compartidas, significantes comunes, metadefensas, alianzas inconscientes, narcisismo común, etc.). El polo de la autosuficiencia se apoya sobre la ilusión grupal, las fantasías de autoengendramiento, los ensueños utópicos y las ideologías autárquicas. El polo de la interdependencia está organizado por los efectos de distinción sexual y generacionales del complejo de Edipo. Este principio cumple una función de diferenciación entre la realidad imaginaria y la realidad simbólica.

5. El principio de constancia/transformación: organiza un antagonismo y una complementariedad entre la tendencia del grupo a mantener una tensión mínima en las excitaciones y los conflictos intragrupo, y la tendencia a promover la realización de los componentes dinámicos de los otros principios, principalmente la capacidad transformadora del y en el grupo. Este principio económico y dinámico está en sinergia con todos los otros.

6. El principio de repetición/sublimación está estrechamente asociado a la hipótesis de la pulsión de muerte: por lo tanto, administra la dimensión económica de los automatismos empleados en los grupos [96] para superar las experiencias traumáticas que atraviesan la experiencia colectiva. *Tótem y tabú* propone para ello un modelo: el pasaje de la Horda sometida a la repetición del asesinato, al Grupo que encuentra los modos para desprenderse de ella mediante la prohibición del asesinato del Padre, exige el renunciamiento a la realización directa de los fines pulsionales, pero también abre las vías de cumplimiento simbólico en la sublimación.

7. El principio de realidad se opone al par placer/ displacer: en el grupo, está definido por lo que Bion llama grupo de trabajo. Sin embargo, este principio posee la característica de estar infiltrado por el discurso y las representaciones inconscientes construidas por el grupo. El principio de realidad en su forma radical sólo puede construirse cuando la dimensión de la Ley social ha devenido su principio organizador. En los grupos organizados por el método psicoanalítico, la regla fundamental participa de la puesta en acción del principio de realidad.

[97]

4. Los vínculos de grupo

Las investigaciones sobre el grupo como entidad casi no han puesto el acento sobre los vínculos de grupo: sin duda, debían primero constituir su objeto antes de pensar los límites entre los espacios psíquicos que se articulan en él. Los psicoanalistas se interesaron en los vínculos intersubjetivos a partir del momento en que estos se les presentaron como una condición necesaria y decisiva para la construcción de la subjetividad: cada cual está precedido por el lugar que le es asignado en un conjunto intersubjetivo del que deviene sujeto; es dentro de esta perspectiva que hemos propuesto considerar conjuntamente el sujeto del inconsciente como sujeto del grupo o sujeto del vínculo. Otros psicoanalistas, principalmente en la Argentina (I. Berenstein, J. Puget, S. Gomel, M. Bernard), en España (N. Caparros) y en Uruguay, orientaron sus investigaciones en torno del concepto de configuraciones vinculares, cuyos componentes analizan a través de la diversidad de los vínculos de grupo, pareja, familias e instituciones. Estas investigaciones tienen como trasfondo los trabajos de Pichon-Rivière y de Bleger.

[98]

I. Las investigaciones sobre el vínculo, las relaciones de objeto y las configuraciones vinculares

E. Pichón-Rivière distinguió dos campos psicológicos en el vínculo: un campo interno que define una relación de objeto con un objeto interno, y un campo externo que define un vínculo con un objeto externo. La relación de objeto es «la forma particular que toma el yo al ligarse con la imagen de un objeto localizado en él...». Está constituida por una estructura dinámica, en movimiento continuo, movida por factores instintivos que funcionan de una manera determinada. Mientras que el punto de vista psicosocial corresponde al vínculo externo, lo que interesa al psicoanálisis es la estructura interna del vínculo, es decir, la relación de objeto. Una vez establecida esta distinción fundadora entre el concepto de vínculo y el concepto de relación de objeto, resta articular la manera en que la relación de objeto es un componente del vínculo.

La dificultad es que el concepto de vínculo propuesto por Pichon-Rivière es el resultado de otro tipo de determinación: él no oculta su proyecto de sustituir el concepto de vínculo por el de pulsión, siendo entonces entendida la estructura vincular como el efecto de un protoaprendizaje, es decir, como el vehículo de las primeras experiencias sociales que constituyen al sujeto mismo, sobre la negación del narcisismo primario. Una constante en su teoría del vínculo es, en efecto, sostener que en la interacción es donde se produce la interiorización de la estructura relacional: esta deviene intrasubjetiva bajo el efecto de la identificación introyectiva y proyectiva, pero Pichón la describe también en términos interaccionistas y comunicacionales (emisor-receptor). La dialéctica que propone para caracterizar los vínculos que se [99] constituyen entre depositante, depositado y depositario ilustra claramente su punto de vista.

J. Bleger introdujo en la teoría del vínculo una oposición fecunda entre dos modos de sociabilidad: la sociabilidad sincrética y la sociabilidad por interacción. La sociabilidad sincrética define una relación que es, de hecho, una no-relación, pero que es un verdadero vínculo. Para hacerse comprender, Bleger sostiene, criticando la teoría sartreana de la serialidad, que incluso cuando los individuos están en una no-relación (como aparentemente en una fila de espera de autobús), están sin embargo involuntariamente de acuerdo para mantenerse en ese estado de no-relación: forman así un grupo según la sociabilidad sincrética.

La sociabilidad por interacción implica por su parte una relación de objeto interna, una diferenciación en el espacio psíquico y en el espacio intersubjetivo; es figura, o Gestalt, sobre el fondo de la sociabilidad sincrética, de la que resulta claro que cumple una función de continente, depósito o envoltura para las interacciones.

Relación sincrética y relación por interacción no son simétricas: sus niveles lógicos son distintos; en un sujeto en grupo, los dos niveles se mantienen gracias a un clivaje del yo que inhibe la sociabilidad de los vínculos sincréticos, sociabilidad que, por su parte, sigue existiendo silenciosamente. Cuando este clivaje ya no opera, cuando el nivel sincrético irrumpe y ya no envuelve los vínculos de interacción, hay simultáneamente crisis en el grupo y en sus miembros.

Nosotros pusimos el acento sobre otra dimensión: lo que diferencia al vínculo de la relación de objeto es que en el vínculo nos encontramos con algo otro. Esos «otros» no son sólo figuraciones o representantes [100] de las pulsiones, de los objetos parciales, de las representaciones de cosa y de palabra, del sujeto mismo; son también *otros*, irreductibles a lo que ellos representan para otro. Cuando estoy en un vínculo intersubjetivo, me topo con algo otro, no puedo reducirlo a mi representación de él como objeto: el objeto de la relación de objeto no coincide exactamente con el otro, siempre está más o menos marcado por lo imaginario.

Las teorías de la relación de objeto no son, por lo tanto, teorías de la intersubjetividad, sino que están incluidas en estas últimas. El vínculo de grupo posee una lógica propia: la del acoplamiento de las psiques sobre la base de las relaciones de objeto (u otros organizadores) de los sujetos miembros del grupo.

II. El problema de las pulsiones en el vínculo de grupo

La cuestión de la pulsión casi no ha sido explorada en lo que se refiere a pensar la articulación del sujeto y del grupo. Cuestión de doble faz: de un lado, se pregunta por la especificidad de una pulsión que estaría directamente implicada en la formación del vínculo; de otro, indaga en la formación misma de la vida pulsional en la intersubjetividad. Cada una de estas cuestiones sitúa a la pulsionalidad en el límite entre ligazón intrapsíquica y vínculo intersubjetivo.

Pulsión gregaria, pulsión de aferramiento y pulsionalidad inter-rítmica. Al destacar la importancia de las investiduras pulsionales y las representaciones de que el grupo es *objeto*, Pontalis retomaba la cuestión abierta por Freud, y recogida por Slavson, de una

pulsión llamada *gregaria* o *social* o *de grupo*. Conocemos la respuesta [101] de Freud : «...nos es difícil conceder al factor numérico una importancia tal que le sería posible despertar por sí solo en la vida psíquica del hombre una pulsión nueva, ordinariamente no activada. Por eso, nuestros cálculos se orientan hacia otras dos posibilidades: que la pulsión social pueda no ser originaria ni compuesta, y que los comienzos de su formación puedan encontrarse en un círculo más estrecho, como por ejemplo el de la familia».

En el fondo, en 1921 Freud no resuelve la cuestión. Los trabajos de las décadas de 1960 y 1970 sobre el apego han sugerido que, previamente a cualquier investidura de objeto, la pulsión de aferramiento encuentra su primer fundamento en la necesidad vital de agarrarse al cuerpo de la madre; mantener contacto con la superficie de su cuerpo y con la actividad psíquica que acompaña a los acercamientos es una condición previa para cualquier apuntalamiento de la pulsión sobre la experiencia de la satisfacción de las necesidades corporales indispensables para la vida. Las investigaciones realizadas sobre autistas reunidos en grupo (G. Haag) permiten sostener la hipótesis de que la pulsión de aferramiento es en ellos particularmente activa. Pero, una vez más, no nos lleva a inferir una pulsión social originaria, aunque la pulsión de aferrarse pudiera ser el inicio de la formación de una tendencia secundaria, social, a seguir (*sequor*) y a agruparse (*grop*, la masa, el nudo). A esta corriente se pliegan las investigaciones que otorgan a la pulsión de dominio un lugar determinante en la emergencia del vínculo y especialmente en la formación de la alteridad.

Los recientes trabajos de O. Avron replantean con marcada fuerza y precisión el debate sobre la pulsionalidad en grupo o de grupo. La autora infiere de la observación clínica un proceso inter-rítmico (o de in-terligazón rítmica) que señala un modo energético de ligazón entre los individuos presentes en un grupo.[102] Supone así un funcionamiento pulsional que aseguraría la ligazón básica de los psiquismos, un funcionamiento diferente al de la pulsión sexual y próximo a las perspectivas de Freud que hemos mencionado.

El juego pulsional organizado por la tensión entre las pulsiones de vida y la pulsión de muerte sostiene las vicisitudes de los movimientos de ligazón y desligazón en los grupos. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud destacó sobre todo la fuerza de ligazón de las pulsiones libidinales que subyacen en los movimientos de identificación producidos en la formación y el mantenimiento del vínculo intersubjetivo. En esa época no avanzó con tanta precisión en el análisis de los efectos de la pulsión de muerte sobre la desagregación del vínculo, sobre el odio y la violencia que atraviesan y a veces organizan los vínculos de grupo. Habrá que esperar las graves meditaciones de *El malestar en la cultura* para abordar más frontalmente su incidencia.

La noción de pulsión de muerte está hoy mejor diferenciada, por efecto de sus manifestaciones violentas o mudas en la historia individual y colectiva: las destrucciones y autodestrucciones masivas, la reducción a lo inerte y a la indiferenciación, la vuelta contra sí mismo de la agresividad normalmente dirigida al objeto, aniquilan la vida psíquica y matan el vínculo; la violencia de las relaciones sadomasoquistas, la desligazón necesaria para las nuevas operaciones de ligazón y de reorganización o también los movimientos de odio contra el objeto, la conflictividad, ciertas conductas de riesgo u ordálicas movilizan,

en cambio, aquellos componentes de la pulsión de muerte que mantienen y regeneran el vínculo intersubjetivo. Estas violencias son efecto de los componentes agresivos o anárquicos¹ de la pulsión de [103] muerte; cuando no son toleradas por los miembros de un grupo (o de cualquier conjunto intersubjetivo), no hacen más que aumentar la fuerza de los componentes propiamente letales de la pulsión de muerte.

E. Enriquez ha analizado el trabajo de la muerte en las instituciones: ha destacado el modo en que la violencia originaria fundadora de la institución o del grupo instituido, tal como lo describe Freud en *Tótem y tabú*, retorna constantemente en el proceso mismo de la institución: «las instituciones indican indirectamente la constante posibilidad del asesinato de los otros», pero también, agregaremos, de ellas mismas. Se organizan para defenderse de esos ataques destructores fratricidas o parricidas construyendo pantallas a menudo muy frágiles que sirven para limitar los retornos a lo inerte (azoramientos, impedimentos para pensar) o a lo informe, las proyecciones persecutorias y los actos violentos. Pero, para vivir y regenerarse, para elaborar en crisis las violencias que la harían estallar, necesita de los componentes agresivos y anarquistas de la pulsión de muerte.

EL VÍNCULO COMO CONDICIÓN PARA LA FORMACIÓN DE LA PULSIÓN. Un marco problemático general permite abordar esta segunda cuestión desde el ángulo del trabajo psíquico impuesto por la situación intersubjetiva del objeto. Las curas individuales y el trabajo psicoanalítico en situación de grupo nos confrontan con las condiciones de transformación de las excitaciones en pulsiones y, ulteriormente, en fantasías de deseo: podemos comprobar que esta transformación es tributaria de las investiduras del [104] entorno familiar, y más precisamente materno, en su relación precoz con el niño. Para entrar en vínculo, el sujeto debe cumplir ciertas exigencias de trabajo psíquico impuestas por el encuentro con el otro, más precisamente con la subjetividad del objeto. Se desprende entonces con nitidez el componente intersubjetivo obrante en la formación misma de la pulsión (véase el capítulo siguiente, § 2).

III. Las identificaciones, los referentes identificatorios y los vínculos de pertenencia

El concepto de identificación ocupa un lugar fundamental en la teoría psicoanalítica, en la articulación misma de la «psicología de las masas» y del «análisis del yo».

La primera definición freudiana (1895) del contenido de la identificación habla de una «pluralidad de personas psíquicas»: destaca la importancia de la identificación en la estructura de la histeria, señala que el juego identificatorio está regulado por el marco interno de la fantasía de escena primitiva. En el capítulo VI de *La interpretación de los sueños*, Freud escribe que «gracias a este recurso las enfermas pueden expresar, por medio de sus manifestaciones mórbidas, los estados internos de gran número de personas y no

¹ Según N. Zaltzman, la pulsión anarquista combate el carácter excesivo de la ligazón efectuada por las pulsiones de vida.

sólo los suyos: pueden sufrir, en cierto modo, por una multitud de individuos, y representar por sí solas todos los papeles de un drama». Observemos esta concepción directamente *grupal* de la identificación, de la fantasía y de la histeria.

Es en estos términos como serán analizados los avatares del síntoma histérico de Dora: Dora intenta mediante la identificación gozar del objeto del deseo del otro apropiándose de ese deseo y de una parte de su identidad.[105] El síntoma condensa esos deseos, sus objetos y las defensas que se oponen a su realización; hace vínculo entre los sujetos y oculta el acceso al sentido que adopta para cada uno y a la función que cumple entre ellos: lo muestra el análisis que Freud emprende de los síntomas de tos y ronquera en Dora, poniendo al descubierto la red de sus identificaciones, por el síntoma, con el padre enfermo, con la madre contaminada por el padre, con la institutriz, con la prima, con el señor K. . . y con la señora K.. . Dora, por su síntoma, identifica entre ellos a todos estos personajes y pasa así de uno a otro. Freud muestra con esto la *triple* sujeción del síntoma: somática, psíquica y *grupal*, efectuándose la ligazón entre esos tres órdenes a través de las formaciones *intermediarias* entre el espacio intrapsíquico y el espacio de los vínculos intersubjetivos que son la fantasía y las identificaciones.

Freud avanza más aún por esta vía cuando escribe, en 1909, que en el ataque histérico «la enferma se dispone a ejecutar los actos y los gestos de las dos personas intervinientes en la fantasía, dicho de otro modo, que se abandona a una *identificación múltiple*». Freud establece una relación fundamental entre la identificación multifacética, plural o múltiple y la fantasía, cuya organización grupal y función escénica pone en evidencia. A esta noción inaugural se liga aquella, más tardía, en la segunda teoría del aparato psíquico, de personalidad múltiple desarrollada en *El yo y el ello*. Este concepto decisivo de su teoría del yo y de sus objetos internos sostiene la noción de un yo-grupo. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud define la identificación según tres puntos de vista: como la primera expresión de un enlace emocional con otra persona; como el sustituto regresivo de una elección de objeto abandonada; finalmente, como la instalación en el sujeto de un elemento común entre él y el objeto, en ausencia de toda investidura sexual del objeto. Cada una de estas dimensiones es constituyente a la vez de la grupalidad intrapsíquica y del vínculo intersubjetivo.

[106] Freud pone en evidencia las combinaciones de las identificaciones y los productos específicos que resultan de ellas y que caracterizan la vida de los conjuntos: la figura capital del conductor, las formaciones del ideal común y de la idea que los representan; las identificaciones imaginarias, el espíritu de cuerpo, el desarrollo del narcisismo de las pequeñas diferencias, la emergencia del *Dichter* como figura del poeta, del héroe y del historiador, prototipo del desprendimiento del Yo [*Je*] con respecto a la masa compacta e indiferenciada (*die Menge*), acto de nacimiento de la psicología individual; la función de los sujetos intermediarios (*der Mittler, der Vermittler*) para la economía del conjunto y para cada sujeto; las funciones de representación, de puesta en escena y de enunciado fundador que cumple el mito, ese mismo que Freud, *Dichter* a su vez, inventa para pensar su relación con su propia horda, su ruptura con Jung, para dar cuenta del inconsciente en formaciones específicas que serían *de grupo*.

LA ORGANIZACIÓN GRUPAL DE LAS IDENTIFICACIONES EN EL DESARROLLO PSICOSEXUAL. Las identificaciones son la materia primera del vínculo grupal, y la dimensión grupal de las identificaciones puede ser detectada a lo largo de todas las fases del desarrollo psicosexual. Ellas organizan el vínculo intersubjetivo en una gran diversidad de formas.

La *identificación primaria*, constituida en la fase oral de la organización pulsional, plantea inmediatamente la cuestión del apuntalamiento de la pulsión y del objeto sobre el cuerpo libidinal de la madre y, en el mismo movimiento, sobre su actividad psíquica, es decir, sobre la organización de sus objetos internos. El análisis de la identificación primaria propuesto por A. Missenard define al pecho como objeto común de la demanda del niño y del deseo de la madre [107] y como «soporte de un primer proceso identificatorio». La primera identificación corresponde a una unificación del niño y, conjuntamente, a su alienación en el deseo materno. Sólo preserva la referencia fálica la remisión al lugar que en el deseo de la madre ocupa el padre.

La *identificación narcisista* encuentra su modelo en el análisis que Freud realiza sobre Leonardo da Vinci: el sujeto buscará ulteriormente amar a un objeto con el cual pueda amarse a sí mismo de igual manera como se representa haber sido amado por su madre; como el niño ideal que ha sido y que es siempre para ella, él mismo es por sí mismo esta madre que lo ama. Se notará que esta identificación se establece en movimiento de amenaza de pérdida y de diferenciación entre el yo y el otro.

El momento de la *identificación especular* va a precisar este desprendimiento. El análisis que J. Lacan propuso de la experiencia del espejo articula precisamente identificación, funciones del yo, formación de las instancias ideales, imagen corporal, imago y relación con el semejante.

Para Lacan, la experiencia del espejo está en el origen del yo. La identificación del primer narcisismo se remite a la imagen corporal: esta imagen crea la unidad del sujeto, en «esa relación erótica donde el individuo humano se ñja a una imagen que lo *aliena* a sí mismo». Lacan reconoce a esta «organización pasional» un papel fundamental en la estructuración de la realidad : «Las funciones del yo (. . .) deben pasar en el hombre por esta alienación fundamental que constituye la imagen reflejada de sí mismo (la forma original del yo ideal), tanto como de la relación con el otro, que se confunde más o menos según las etapas de la vida con el yo ideal. La identificación del segundo narcisismo, es decir, con el otro, permite al hombre situar con exactitud su relación imaginaria y libidinal con el mundo». En el espejo, el niño descubre que lo que ve allí es él mismo y no otro, pero que hay [108] al go otro. Ve dos imágenes, se identifica con la suya e identifica a la otra como diferente de la suya y semejante a su reflejo.

Es sobre este trasfondo como la *identificación introyectiva* toma su consistencia y su valor estructurante, y como podemos comprender sus fracasos. La introyección es un proceso primario mediante el cual el bebé establece un vínculo emocional con sus objetos. Introduce en el yo no sólo el objeto, sino el conjunto de las pulsiones y de los vínculos narcisistas y objétales enlazados al objeto. En este sentido, la introyección es la posibilidad

de *mantener y conservar* a la vez la investidura narcisista y la relación con el objeto (con el otro) *en su ausencia*.

Los fracasos de la identificación introyectiva han sido descriptos por muchos autores. M. Torok y N. Abraham pusieron en evidencia la necesidad de metabolizar la pérdida requerida para que el proceso de introyección se cumpla: la desmetaforización y la objetivación precisan el objeto de la manera más cercana a la cosa corporal y evitan el reconocimiento de la experiencia subjetiva de la pérdida. La introyección es sustituida por el mecanismo alucinatorio de la incorporación, que «realiza» en el cuerpo o petrifica en la psique lo que no pudo ser psiquizado.

Algunos vínculos de grupo están fundados sobre este mecanismo, como lo mostró claramente J.-C. Rouchy en relación con los procesos arcaicos presentes en los rituales orales: comidas canibáticas, ingestión de sustancias comunes, más o menos tóxicas; esos procesos son responsables de las estasis psíquicas constituidas por los secretos y por todo lo silenciado en la historia de un grupo que, precisamente, no llega a historizar su pasado y repite aquel drama sin transformarlo. Las somatizaciones, [109]«inscripciones ciegas en el cuerpo», también atestiguan este fracaso.

La *identificación adhesiva* descrita por E. Bick es también un fracaso de la introyección. Es un efecto de la insuficiencia o de la inadecuación de la función continente en la madre, o de su ataque fantasmático por parte del bebé. Este busca sin descanso un objeto —luz, voz, olor, calor—, a fin de mantener juntas las partes de su cuerpo y de unificarse en una relación de adhesión o de enganche al cuerpo y a la psique maternos.

La *identificación proyectiva* es una proyección de partes de sí mismo en un objeto: también ella marca un fracaso del proceso de introyección. En su forma patológica de meta destructiva, la identificación proyectiva es un mecanismo de defensa ligado a la posición esquizo-paranoide: apunta a hacer desaparecer o a controlar de manera omnipotente los objetos internos y ante todo sus relaciones. De ella se siguen dos consecuencias: el objeto es percibido con las características de las partes de sí mismo proyectadas en él; el yo se identifica con el objeto (o los objetos) de su proyección.

Estas tres formas de fracaso de la introyección dan lugar a confusiones de identidad y organizan los vínculos de grupo según un modo paradójico de fusión o de no-separación, y de estallido.

Las *identificaciones edípicas* complejizan y superan las organizaciones precedentes. Las complejizan: la identificación edípica es una identificación con el rival al modo de la identificación histérica con el deseo del otro, identificación *regresiva* sobre el modelo del objeto perdido, e identificación *progresiva* en la que coexisten identificación introyectiva e investidura narcisista. Pero también es superación de las organizaciones precedentes: en el caso del varón, el deseo sexual del que es portador transforma [110] su relación con la madre. Debe renunciar a sus deseos incestuosos y, en lugar de reemplazar al padre, identificarse con él. La identificación edípica da acceso a la ambivalencia del vínculo social. Como Freud lo indica en *Psicología de las masas y análisis del yo*, el vínculo social es precisamente esta transformación en las identificaciones, esta coexistencia de un

sentimiento primitivamente hostil con un apego positivo. Este pasaje es ilustrado por Freud en *Tótem y tabú*: el asesinato del Padre y el Pacto de los hermanos instituyen la comunidad fraterna como primer acto de civilización.

LOS REFERENTES IDENTIFICATORIOS Y LA PERTENENCIA GRUPAL. Los vínculos de grupo encuentran apoyo en lo que los etnólogos llaman referentes identificatorios. Estos referentes materiales y culturales articulan el espacio intrapsíquico, el espacio cultural y el espacio social: emblemas y signos de reconocimiento (vestimentas, adornos), herramientas y técnicas, pero también nombres, escarificaciones o tatuajes. También son signos de distinción: mediante estos referentes cada cual puede hacerse reconocer por cada uno de los otros como miembro del grupo y reconocer así a los que pertenecen al grupo y a los que no pertenecen a él. Por lo tanto, los referentes identificatorios definen los límites de la pertenencia grupal.

En la función de referentes identificatorios participan la lengua y el uso de la lengua, la referencia a los enunciados míticos e ideológicos, a las leyendas y utopías que organizan el espacio cognitivo del grupo y fundan las representaciones del origen: es decir, la coherencia y potencia del discurso colectivo sobre la causa de los seres y de las cosas.

Los referentes identificatorios movilizan las identificaciones inconscientes, las sostienen o las suprimen: [111] por ejemplo, las identificaciones sexuales están encuadradas por ritos de iniciación que confieren los referentes identificatorios propios de un grupo o de un conjunto más vasto. Podríamos decir que cada sujeto busca hacer coincidir en los vínculos de grupo sus identificaciones inconscientes con las exigencias de emplazamiento requeridas por la pertenencia al grupo y por los referentes identificatorios que la certifican. Estos referentes cumplen un importante papel en la inscripción genealógica: integran el principio de la transmisión de la vida psíquica entre generaciones.

A los conceptos de referentes identificatorios y de pertenencia grupal, de cohesión y frontera del grupo puede conectarse la noción de *Genius loci* propuesta por C. Neri con referencia a la divinidad tutelar: el *Genius loci* encarna la función de reanimar la identidad del grupo y de religar el cambio a la base afectiva de este.

IV. Los mecanismos de defensa y las alianzas inconscientes

El concepto de psique de grupo supone una hipótesis sobre el inconsciente y los efectos que este produce en los grupos. Aunque la cuestión no es verdaderamente tratada por Freud, todos los psicoanalistas que realizaron un trabajo psicoanalítico en situación de grupo se vieron confrontados con el siguiente problema: ¿qué metapsicología está en condiciones de dar cuenta del inconsciente, de las formaciones y de los procesos que organizan la psique de grupo y los vínculos que en éste se anudan?

Las respuestas están todavía por construirse. D. Anzieu propuso una en su obra sobre *El grupo y el inconsciente*. Respuesta compleja, al sostener el autor [112] «que no hay más realidad interna inconsciente que la individual», postulando la noción de un Sí mismo de grupo definido como un continente dentro del cual se produce una circulación fantasmática e identificatoria entre los miembros del grupo.

Otra hipótesis es posible; supone que algunos procesos y modalidades intersubjetivas y trans-subjetivas podrían contribuir a la formación del inconsciente, pero también inscribir en él algunos de sus contenidos cuya característica principal es ser compartidos o comunes con otros sujetos. Esta hipótesis implica la noción de un inconsciente que no se correspondería con los límites del aparato psíquico individual.

Encuentra entonces en su camino la cuestión del inconsciente colectivo (C. G. Jung), formado por las huellas de acontecimientos o de experiencias colectivas dejadas en la memoria. La hipótesis del inconsciente colectivo ha servido a tal punto para ocultar el debate, que más vale ponerla en suspenso. Admitir por analogía la noción de un «inconsciente grupal» llevó a instalar efectivamente una pantalla ante la cuestión misma del inconsciente, de las formaciones, procesos y efectos que le son propios en los conjuntos intersubjetivos grupales.

En las investigaciones que hemos iniciado, el grupo no es sólo considerado como un continente de inconscientes «individuales»; la atención se orienta hacia las alianzas inconscientes, es decir, hacia los actos psíquicos de producción conjunta del inconsciente, en el vínculo mismo entre los sujetos en un grupo. La base clínica de estas investigaciones es el análisis de las modalidades del retorno de lo reprimido, de las transferencias, de la formación de síntomas y del discurso asociativo: en ellas el efecto de las alianzas constitutivas del vínculo de grupo es constante. Cada conjunto se organiza *positivamente* sobre [113] investiduras mutuas, sobre identificaciones comunes, sobre una comunidad de ideales y de creencias, sobre modalidades tolerables de realización de deseos. Cada conjunto se organiza además *negativamente*, sobre una comunidad de renunciamientos y de sacrificios, sobre borramientos, sobre rechazos y represiones, sobre un «dejado de lado» y sobre restos.

LAS ALIANZAS INCONSCIENTES. Las alianzas inconscientes participan de las *funciones metadefensivas* descritas por E. Jaques: el grupo debe ofrecer a sus miembros organizaciones defensivas comunes sobre las cuales ellos adosan sus propios mecanismos individuales de defensa, principalmente contra las angustias psicóticas y arcaicas reactivadas por la regresión en la situación de grupo. La institucionalización del liderazgo, la idealización y los ideales compartidos constituyen también metadefensas que enmarcan a las formaciones individuales del inconsciente.

El vínculo grupal y la formación de la realidad psíquica propia del grupo se organizan sobre una serie de operaciones de represión, de renegación o de rechazo efectuadas en común por los sujetos de ese vínculo para beneficio de cada uno. Esas operaciones caracterizan a las alianzas inconscientes.

Llamamos alianza inconsciente a una formación psíquica intersubjetiva construida por los sujetos de un vínculo para reforzar en cada uno de ellos algunos procesos, algunas funciones o algunas estructuras surgidas de la represión, la renegación o la desmentida, y de la que sacan un beneficio tal que el vínculo que los reúne adquiere un valor decisivo para su vida psíquica. El conjunto así ligado sólo obtiene su realidad psíquica de las alianzas, los contratos y los pactos inconscientes que sus sujetos consuman [114] y que su

lugar en el conjunto les *obliga* a mantener. La idea de alianza inconsciente implica las de una obligación y un sujetamiento.

En un estudio clínico sobre grupos conducidos por varios psicoanalistas, hemos podido observar que lo que está reprimido o renegado en los psicoanalistas se transmite al grupo de participantes y lo organiza simétricamente: la alianza inconsciente preserva a los sujetos de saber lo que quiera que sea de sus propios deseos y vínculos.

Además, estando aquí los analistas en posición imaginaria de fundadores del grupo, lo que es renegado o reprimido por ellos adquiere las características de lo originario para los participantes y funciona como tal. De ese modo, se abren perspectivas sobre la formación y la transmisión de lo originario y de los significantes enigmáticos (o arcaicos) en los grupos, familias e instituciones.

Se pueden generalizar estas proposiciones diciendo que: 1) en todo vínculo intersubjetivo, el inconsciente se inscribe y se dice varias veces, en varios registros y en varios lenguajes, en el de cada sujeto y en el del vínculo mismo; 2) el corolario de esta hipótesis es que el inconsciente de cada sujeto lleva la huella, en su estructura y sus contenidos, del inconsciente de otro y, más precisamente, de más de un otro; 3) el grupo intersubjetivo es uno de los lugares de la formación del inconsciente; las alianzas inconscientes pesan no sólo sobre contenidos inconscientes, sino sobre la alianza misma que, al permanecer inconsciente, produce y mantiene algo de lo inconsciente; 4) la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones y entre los miembros de un grupo se efectúa a través de esas alianzas inconscientes.

CONTRATOS Y PACTOS NARCISISTAS. En su estudio sobre el narcisismo, Freud señaló que los padres [115] constituyen al niño como el portador de sus sueños de deseo irrealizados y que el narcisismo primario de este se apuntala sobre el de los padres. P. Aulagnier ha dado amplitud a este apuntalamiento sosteniendo que todo sujeto llega al mundo de la sociedad y de la sucesión de las generaciones con la misión de garantizar la continuidad del conjunto al que pertenece. A cambio, este conjunto debe investir narcisistamente a ese nuevo individuo. La noción de «contrato narcisista» corresponde a la atribución a cada uno de un lugar determinado en el grupo e indicado por las voces que sostuvieron, antes de que apareciera el recién llegado, un discurso conforme al mito fundador del grupo. Ese discurso, que contiene los ideales y valores del grupo y que transmite la cultura de este, debe ser asumido por su cuenta por cada sujeto. Este discurso y esta investidura narcisista lo enlazan al Ancestro fundador.

Al contrato narcisista, que contiene una violencia estructurante, nosotros oponemos el pacto narcisista, resultado de la asignación inmutable a un emplazamiento de perfecta coincidencia narcisista: este emplazamiento no soportará ninguna transformación, porque la menor diferencia provocaría una apertura excesiva en la continuidad narcisista. Tal pacto contiene y transmite violencia destructora. Nos encontramos aquí con el caso prototípico descrito por D. Laing cuando habla de la co-inherencia de los sujetos en el grupo familiar psicótico.

EL PACTO DENEGATIVO. Hemos definido mediante este concepto diversas operaciones (de represión, denegación, renegación, desmentida, rechazo o enquistado) que, en todo vínculo intersubjetivo, se requieren de cada sujeto para que el vínculo pueda constituirse y mantenerse. Este acuerdo inconsciente sobre lo inconsciente es impuesto o consumado [116] mutuamente para que el vínculo se organice y se mantenga en su complementariedad de interés, para que se garantice la continuidad de las inversiones y de los beneficios ligados a la subsistencia de la función de los ideales, del contrato o del pacto narcisista. Se desprenden así dos polaridades del pacto denegativo, una *organizadora* del vínculo y del espacio intrapsíquico, otra *defensiva* del espacio interno y del espacio intersubjetivo. En este sentido, el pacto denegativo es una metadefensa: crea en el conjunto un no-significable, un no-transformable; zonas de silencio, bolsones de intoxicación, espacios-basurero o líneas de fuga que mantienen al sujeto de un vínculo ajeno a su propia historia.

LA COMUNIDAD DE RENEGACION. Esta noción propuesta por M. Fain designa una renegación en común; da cuenta de una modalidad de la identificación del niño con su madre cuando, al no conseguir esta desprenderse de él para designar en otro lugar distinto del niño un objeto de deseo (el padre), la renegación de la existencia del deseo hacia el padre es a la vez obra del niño y de la madre. De un modo más general, en todo vínculo, la comunidad de renegación se ejerce sobre la realidad del objeto del deseo del otro y mantiene un estado de no-separación entre los sujetos de un vínculo. Se acompaña por eso de un régimen de identificaciones narcisistas y proyectivas cruzadas.

LA ALIANZA DENEGADORA. La noción de alianza de-negadora permite caracterizar una situación donde el vínculo es utilizado para mantener fuera de la represión secundaria representaciones rechazadas por medio de la renegación.

M.-T. Couchoud ha despejado esta noción a partir de la elaboración de la psicoterapia conjunta de una madre [117] y su hija. Muestra que lo que no pudo ser reprimido por la madre es negado entonces por la hija gracias a una sobreinversión alucinatoria de las representaciones no reprimidas y conjuntamente negadas por la psique materna: lo que lleva a esta a inducir en su hija lo que hubiera sido su propio delirio. La noción central es aquí la de un fracaso en reprimir, deviniendo este fracaso el móvil de los recursos utilizados para hacer imposible el develamiento de un no-reprimido y asegurar el velamiento de lo que debe ser negado.

Otras investigaciones en curso, principalmente orientadas a los mecanismos de delegación y descarga intersubjetivas en las familias, ponen al descubierto lo que uno de los padres, con la complicidad inconsciente del otro, asigna al niño en el tratamiento psíquico de una parte inelaborable de su psique.

LAS ALIANZAS PERVERSAS. Se especifican por la desmentida común, por el secreto compartido y por el dominio que el perverso ejerce sobre sus compañeros, con la complicidad consciente o inconsciente de estos. J. Clavreul ha destacado el contrato secreto que suelda a los dos partícipes de la pareja perversa, sin que por eso el tercero esté ausente, tercero al que el perverso busca más bien hacer presente excluyéndolo.

V. La categoría de lo intermediario y las funciones fóricas

Las investigaciones sobre el vínculo intersubjetivo se topan necesariamente con el problema de las modalidades de pasaje entre los espacios psíquicos. Desde esta perspectiva, debe prestarse una atención particular a las funciones intermediarias que [118] cumplen algunos sujetos o que les son asignadas en la tónica, la dinámica y la economía del vínculo. Por razones que les son propias, pero también bajo el efecto de una determinación a la que están sometidos, estos sujetos llegan a ocupar en el vínculo un cierto lugar: de porta-palabra, de porta-síntoma, de porta-sueño, etcétera.

Hemos propuesto el concepto de función fórica para especificar esos emplazamientos y esas funciones en la organización del vínculo intersubjetivo: ellos son necesarios para el proceso de acoplamiento psíquico intersubjetivo. Este concepto no se relaciona con la concepción sistémica del paciente designado o del portador del síntoma familiar: según esta concepción, el paciente es considerado como elemento de un sistema. Desde nuestra perspectiva, se trata más bien de articular la organización intrapsíquica del sujeto del inconsciente, la parte que le corresponde como propia en la función fórica que cumple y en su forma de servirse del vínculo, y el destino que se da a esta función y al sujeto que la encarna en el proceso del vínculo.

EL EJEMPLO DEL PORTA-PALABRA. La noción de portavoz [*porte-voix*] está histórica y conceptualmente ligada al trabajo de Pichon-Rivière sobre el grupo familiar y a su concepción de la enfermedad mental:

«El portavoz es aquel que en el grupo, en un determinado momento, dice algo, enuncia algo, y ese algo es el signo de un proceso grupal que hasta allí ha permanecido latente o implícito, como escondido dentro de la totalidad del grupo. Como signo, lo que denuncia el portavoz debe ser decodificado, es decir que es preciso quitarle su aspecto implícito. De esa manera es decodificado por el grupo —particularmente por el coordinador—, quien indica su significación. El portavoz no tiene conciencia de enunciar algo de la significación grupal que [119] circula en ese momento, sino que enuncia o hace algo que vive como propio».

Pichon-Rivière determina entonces lo que considera su mejor aporte a la teoría de los grupos familiares: «el sujeto que cae enfermo es el portavoz de la ansiedad, de las dificultades de su grupo familiar. ¿En qué sentido? El enfermo, el alienado, es él, pero su enfermedad, su conducta desviada es la resultante de la interacción familiar, de la forma alienante de las relaciones que establecen los miembros de ese grupo: es por eso que la enfermedad de uno de ellos emerge como conducta desviada». De la misma manera, *mutatis mutandis*, en los grupos operativos de aprendizaje el portavoz es el miembro del grupo que, a causa de su historia personal, expresa algo que permite descifrar el proceso latente. Su papel es por lo tanto fundamental, puesto que revela los aspectos latentes del proceso, es «el indicador» de la enfermedad o de la ensoñación inconsciente del grupo.

Hemos abordado la noción de porta-palabra en un contexto diferente y según una problemática diferente de la de Pichon-Rivière, con quien estamos de acuerdo en varios aspectos de su definición: el portavoz*, como el porta-palabra, se sitúa en la articulación del proceso individual y del proceso grupal; uno y otro cumplen una función metafórica o metonímica de representación; uno y otro son los soportes de una carga de la que el conjunto al que pertenecen se desembaraza. Sin embargo, nuestra concepción difiere de la suya en algunos puntos importantes. Ante todo, la noción de porta-palabra se impuso en el marco del análisis del proceso asociativo grupal para tratar la cuestión de la palabra hablada, de la forma como es aportada o delegada al sujeto, de la forma como es tomado por ella y se toma de ella, cargando o descargando sobre otros sus propios deseos y prohibiciones.

[120] En la clínica psicoanalítica del grupo, el emplazamiento ocupado por el porta-palabra se sitúa en los puntos de anudamiento de tres espacios: de la fantasía, del discurso asociativo y de la estructura intersubjetiva; puntos donde se anudan los emplazamientos subjetivos de varios miembros del grupo, que el porta-palabra representa y cuya palabra él porta. El análisis del proceso asociativo y de las transferencias en situación de grupo muestra que el porta-palabra porta él mismo su propia palabra desconocida y que puede conocerla a través de lo que enuncia por otro o a otro.

El concepto de porta-palabra se refiere aquí de manera central a una concepción del sujeto del inconsciente en su relación con la palabra hablada: el porta-palabra no es, como el portavoz, la resultante de la interacción entre los miembros del grupo: el concepto interaccionista desemboca, como en la perspectiva sistémica del «paciente designado», en el borramiento de la subjetividad del sujeto, quien sólo es el *indicador* o el *analizador* de las perturbaciones del grupo o el *revelador* del común denominador de la situación. Aun cuando Pichon-Rivière incluye en su problemática la noción de que el portavoz es realmente *el* enfermo, esto no es lo mismo que decir que está *enfermo*.

El porta-palabra es llevado a su función fórica por el movimiento de su propio deseo, o bien es convocado a ella por otros que, juntos, lo inducen a ocupar este emplazamiento. De la misma manera, consideramos que el líder no existe exclusivamente a partir de la función que cumple en el grupo, sino también a partir de la determinación intrapsíquica que lo conduce a este emplazamiento. Lo mismo ocurre con todas las otras funciones fóricas: porta-síntoma o porta-sueño, porta-ideal o porta-muerte, chivo emisario o sacrificador.

[121]

VI. Las representaciones y los vínculos de pensamiento

El trabajo de representación es un componente del vínculo intersubjetivo. Los vínculos sin representación y sin autorrepresentación son vínculos «no-vínculos», fundados sobre la

* En castellano en el original. [N. de la T.]

unión fusional o sobre el rechazo. Pero en cualquier otra forma de vínculo se forma un pensamiento del vínculo. Instalado gracias a procesos primarios, secundarios y terciarios, este pensamiento del vínculo es efecto de la necesidad de transformar experiencias cargadas de ansiedad que los sujetos considerados aisladamente no consiguen metabolizar y elaborar. El análisis de los procesos que trabajan las cadenas asociativas grupales nos ha llevado a distinguir entre pensamiento de grupo y pensamiento en grupo.

El pensamiento de grupo corresponde a formas y contenidos de pensamiento producidos por el grupo en tanto son el resultado de procesos específicos. La formación, el contenido y la función de los mitos, las ideologías, las utopías, son irreductibles a las formas y contenidos del pensamiento individual: el grupo es necesario para producirlos y el resultado le es específico. El pensamiento de grupo está determinado por diversas modalidades de las identificaciones con los objetos comunes, por los mecanismos de defensa y las alianzas inconscientes, por los significantes comunes y los dispositivos de interpretación que los miembros del grupo han establecido para que el grupo pueda constituirse y mantenerse.

Otra cosa es el pensamiento en grupo. Se trata en ese caso de definir las condiciones intersubjetivas, aquí grupales, de la emergencia y el desarrollo del pensamiento en cada sujeto del grupo, en tanto es potencialmente portador de un pensamiento que piensa su propia situación en el grupo. El estudio del [122] pensamiento en grupo se basa en las condiciones intersubjetivas grupales a partir de las cuales el pensamiento se produce o no se produce.

Uno de los problemas cruciales para elucidar es el de las relaciones entre la organización del pensamiento de grupo y la organización del pensamiento de cada sujeto considerado aisladamente en situación de grupo. Se trata de comprender de qué manera los procesos que rigen el pensamiento en el espacio psíquico individual son sensibles a los procesos de grupo: cómo, por ejemplo, se instalan, bajo el efecto del grupo, tanto la facilitación de vías y contenidos de pensamiento que de otro modo permanecen impensados, como procesos inhibidores del pensamiento, favorables al abandono de pensamiento o a la alienación en el pensamiento de otro (incluido el pensamiento de grupo). Para que la colaboración entre el pensamiento de grupo y el pensamiento de los individuos en grupo pueda producirse, es necesario tanto alguna sintonía entre los modos de pensamiento del individuo y los modos de pensamiento del grupo, como el mantenimiento de alguna separación.

[123]

5. La grupalidad psíquica y el sujeto del grupo

Las teorías del grupo como entidad pusieron al descubierto formaciones psíquicas y procesos propios del grupo. Las teorías del vínculo se centraron en las relaciones entre los sujetos en el grupo y entre estos y el grupo. A partir de esas teorías se construye una concepción del sujeto: las investigaciones sobre la grupalidad psíquica y sobre los grupos internos contribuyen a formar el concepto de sujeto del grupo.

Esta perspectiva introduce una dimensión nueva en la teorización; conduce a reconsiderar el sujeto del inconsciente atendiendo a que se constituye como sujeto del grupo en los diferentes conjuntos a los que ha pertenecido; en primer término, el grupo familiar. Las investigaciones que toman esta senda están en condiciones de asumir el proyecto de Freud cuando presentaba, en 1921, los objetivos de su «psicología social» dentro del campo más amplio de la investigación psicoanalítica: integrar el estudio de las relaciones *intersubjetivas* que se organizan en torno del sujeto para reconstituir su red en el *interior de la psique* de este.

Cuatro conceptos contribuyen a esta teorización del psicoanálisis: el concepto de grupalidad psíquica y de grupo interno; el concepto de exigencia de trabajo psíquico impuesta a la psique por la subjetividad del objeto; el concepto de trabajo de la intersubjetividad; el concepto de sujeto del grupo.

[124]

I. Teorías de la grupalidad psíquica y de los grupos internos

Aunque las primeras indicaciones del concepto de grupalidad intrapsíquica están dadas por Freud y ulteriormente por algunos psicoanalistas de diván, son las teorías psicoanalíticas del grupo las que le dan su consistencia y su pertinencia.

El hecho de que varios investigadores hayan recurrido por vías independientes a ese concepto lleva a pensar que este debía imponerse desde el momento en que se trataba de comprender la combinación (o el acoplamiento) entre el espacio intrapsíquico y el espacio intersubjetivo del grupo. Sin embargo, el valor de un concepto se define por el lugar y la función que ocupa en la práctica y en la construcción de la teoría. Distintas definiciones de él se desarrollaron casi en la misma época, pero en contextos teórico-prácticos diferentes, en distintos marcos problemáticos y con efectos de trabajo clínico diversos.

ALGUNAS PRIMICIAS EN FREUD. Desde el «Proyecto» hasta el final de su obra, el modelo del grupo no dejará de constituir para Freud una de las representaciones más constantes del aparato psíquico. Aunque no esté explicitada en los términos modernos de una grupalidad asociada a los fenómenos de grupo, la idea de que la psique es asociación sin ser por eso «social» es una de las constantes de su pensamiento. Esta noción se articula con la concepción freudiana del inconsciente definido como «grupo de pensamientos clivados» (1894, 1895) que constituyen un lugar y una organización específicos del aparato

psíquico. De manera más general, ciertas formaciones psíquicas deben concebirse como grupos psíquicos en cuyo interior operan desdoblamientos, permutaciones, difracciones o condensaciones: por ejemplo, [125] las identificaciones múltiples (o multifacéticas) del yo o la estructura escénica de la fantasía.

En 1919, el análisis de la fantasía *Ein Kind wird geschlagen* le permitirá explorar las variaciones de la correlación sujeto-objeto según el modelo de transformación que había elaborado en 1911 a partir del análisis de la «lengua fundamental» de la fantasía de Schreber. El enunciado princeps de la estructura de la fantasía se declina en fórmulas obtenidas por derivación, sustitución, inversión, masoquista o sádica, de cada unidad sintáctica. La habitual traducción francesa del enunciado de la fantasía como «*On bat un enfant*» [«Pegan a un niño»] da cuenta de la indeterminación del actor y del objeto de la fustigación en la estructura formal del argumento fantasmático.

En su estudio sobre la fantasía originaria, J. Laplanche y J.-B. Pontalis (1964) definen la fantasía originaria como un argumento de entradas múltiples, en el que nada dice que el sujeto encontrará inmediatamente su lugar. Los autores destacan los elementos fundamentales que caracterizan simultáneamente la estructura de los grupos internos: emplazamiento de las posiciones correlativas a las que el sujeto puede precipitarse sucesiva o simultáneamente, dramatización, permutabilidad, distributividad, puestas en juego de la posición y del deseo del sujeto respecto de la pregunta por el deseo, por el origen y por la diferencia de sexos.

LOS GRUPOS INTERNOS (E. PICHON-RIVIÈRE) Y LA GRUPALIDAD INTERNA (D. NAPOLITANI). El tratamiento de pacientes psicóticos impone a Pichon-Rivière la idea de «la existencia de objetos internos, de múltiples "imágenes" que se articulan en un mundo construido según un proceso progresivo de interiorización»: describe así «las relaciones intrapsíquicas, o estructuras de vínculos interiorizados y articulados [126] en un mundo interno». Lo que Pichon-Rivière llama mundo interno o grupo interno es la reconstitución intrasistémica de la trama relacional, por interiorización del sistema de relaciones intersubjetivas y sociales de las que emerge el sujeto, un sujeto tanto social como psíquico. Los grupos internos son modelos internos que orientan la acción hacia los otros en las relaciones intersubjetivas.

Tal concepción es fuertemente tributaria de una problemática psicosocial. Lo intrapsíquico es, en definitiva, un efecto psicosocial: «el grupo —escribe Pichon-Rivière— constituye (...) el campo operacional privilegiado de [la psicología social] "y esta propiedad le viene" del hecho de permitir la búsqueda del juego entre lo psicosocial (grupo interno) y lo sociodinámico (grupo externo)».

D. Napolitani se refiere por su parte a los objetos internos de M. Klein y a la noción de matriz grupal en Foulkes, para construir el concepto de grupalidad interna. Intenta dar cuenta de varias formaciones psíquicas: de la introyección de los objetos, de las relaciones entre los objetos y las imágenes constituidas en el grupo familiar; de las modalidades relacionales y las representaciones que resultan de ellas, pero que provienen además de los diferentes sistemas relacionales cuya experiencia ha hecho el individuo. Considerado

desde el punto de vista de su génesis, la grupalidad interna es el resultado de la internalización, a través de los procesos identificatorios, del conjunto de relaciones en las que el individuo ha participado desde su nacimiento.

LA GRUPALIDAD PSÍQUICA Y LOS GRUPOS INTERNOS EN R. KAËS. Estos dos conceptos trabajan dos proposiciones articuladas la una a la otra; el concepto de [127] grupalidad psíquica describe una organización y un funcionamiento específicos de la psique: la psique está estructuralmente organizada como un grupo. El concepto de grupo interno trata sobre las formas de la grupalidad psíquica y los procesos de su transformación en tanto organizadores psíquicos inconscientes del vínculo intersubjetivo de grupo. Estos dos conceptos ocupan un lugar central en el modelo del aparato psíquico grupal: están en el principio de la combinación grupal de las psiques.

La noción de *grupalidad psíquica* caracteriza a una estructura y a una actividad fundamental, originaria y constante de la psique: la de asociar materia psíquica, combinar sus elementos, diferenciarlos, transformarlos y organizarlos en conjuntos de complejidad variable, pero también disociarlos o reducirlos en una masa compacta e indiferenciada, o incluso aglomerarlos en formaciones mixtas y heterogéneas.

Según esta perspectiva, *e independientemente de cualquier necesidad social* de la que sólo sería el reflejo o la interiorización, la psique se devela en su consistencia y su actividad como combinación de fuerzas y formas de la ligazón (*Bindung*) y de la desligazón (*Entbindung*), como trabajo de asociación (*Verbindung*) y de disociación (*Abspaltung*) de las representaciones, afectos y objetos. La noción de grupalidad psíquica puede así describir la actividad de agrupamiento/desagrupamiento de la psique en la psique. No es la simple introyección de los grupos «externos», sino sobre todo un esquema de organización y de representación de la materia psíquica.

El concepto de grupo interno especifica al de grupalidad psíquica: describe así formaciones y procesos intrapsíquicos partiendo de que las relaciones entre los elementos que los constituyen están organizadas por una estructura de grupo. Un grupo interno es una configuración de vínculos intrapsíquicos [128] entre pulsiones y objetos, sus representaciones de palabras o de cosa, entre instancias del aparato psíquico, imagos o personajes. La red de identificaciones, la estructura distributiva, permutativa y dramática de las fantasías originarias, las instancias del aparato psíquico y especialmente el yo, los sistemas de relación de objeto, los complejos y las imagos, incluida la de la psique, la imagen del cuerpo, la horda originaria interna, el estado de multitud o de masa interna, son ejemplos por excelencia de los grupos internos. En estas configuraciones, el sujeto mismo se representa directamente o a través de sus delegados. Vemos que aquí se trata, sea de estructuras primeras, ya-ahí y actualizadas por la epigénesis, sea de construcciones obtenidas por la introyección de los objetos perdidos y reconstruidos en la psique.

El abordaje estructural de los grupos internos pone el acento sobre el sistema de relaciones entre elementos definidos por su valor de posición correlativa, reunidos y ordenados por una ley de composición: la distancia diferencial entre los elementos genera la tensión dinámica de la estructura. Tal sistema está dotado de principios de transformación que

movilizan diversos mecanismos asociados a los procesos primarios: condensación, desplazamiento, permutación, negación, inversión, difracción. El abordaje estructural de la fantasía describe perfectamente su propiedad de poner en escena diferentes versiones de la relación del sujeto con sus objetos, con su deseo y con más de un otro.

La potencia organizadora de que están dotados los grupos internos en la combinación de los vínculos de grupo responde a sus propiedades escénica y sintagmática. Estas cualidades definen emplazamientos predispuestos para ser ocupados por los sujetos de un grupo o de cualquier otro vínculo intersubjetivo. Son adecuadas para dramatizar los emplazamientos [129] de los objetos y sus desplazamientos, según las apuestas de la acción psíquica a realizar, según las necesidades de la dinámica y de la economía psíquicas de cada sujeto y la del grupo en su conjunto. Por eso introducimos la noción de una exigencia de trabajo psíquico impuesta por la subjetividad del objeto y por las configuraciones vinculares.

II. Las exigencias de trabajo psíquico impuestas por la subjetividad del objeto

Esta noción se inscribe en un debate central e inaugural del psicoanálisis: ¿qué predominancia debe acordarse a la realidad del objeto o a la realidad de la fantasía en la psicogénesis de las neurosis? Este debate persiste mucho después del abandono de la Neurótica, y él sostiene las transformaciones introducidas por la segunda tópica. Desde sus primeras representaciones teóricas del aparato psíquico, desde sus interrogaciones sobre la psicopatogénesis, Freud investiga la función del otro en la psique «del individuo», miembro de una cadena de la que es a la vez eslabón, servidor, heredero y beneficiario. Este debate está en el centro de las investigaciones contemporáneas sobre la transmisión de la vida psíquica entre las generaciones.

El debate gira en torno de lo que llamamos correlaciones de subjetividades. Explicitemos esta proposición: el estatuto del objeto es clásicamente considerado como fuente de satisfacción o de frustración, como exterior al sujeto y en oposición a él. Las tesis clásicas sobre la relación de objeto reintrodujeron el objeto en el sujeto, pero no siempre destacan lo suficiente el carácter más o menos animado del objeto y las consecuencias de la introyección del vínculo con [130] un objeto animado de vida psíquica propia. Esta hipótesis nos lleva a tomar en consideración la experiencia de la relación del sujeto con la subjetividad del objeto. El concepto de *Erfahrung* caracteriza una cualidad de la experiencia que J. Laplanche ha definido como movimiento al contacto del movimiento del objeto. Este concepto corresponde a una problemática hoy ampliamente admitida: lo que se introyecta con el objeto son cualidades y relaciones que pertenecen a este objeto. Esto es, por otra parte, lo que Freud evoca cuando incluye los cuidados maternos en el apuntalamiento de la pulsión, mostrando así el modo en que las condiciones intersubjetivas de la relación primordial convocan a las fuentes pulsionales del bebé y organizan las excitaciones como proceso. La fuente de la pulsión no sólo «surge del interior del cuerpo», estando localizada en un órgano o en una parte del cuerpo; esta

fuente [*source*] se mantiene en estado estrictamente potencial si la rabadomante [*sourcière*] materna no llega para detectarla, hacerla brotar y canalizarla.

Hoy conocemos mejor esas ideas a través de los conceptos de función *alfa* (Bion), capacidad de ensoñación (Winnicott) o porta-palabra (Aulagnier).

Clínicamente, son los defectos de estas funciones y de estas capacidades los que han revelado la dimensión subjetiva del objeto: la clínica de las psicosis, de los trastornos psicósomáticos, de los estados-límite y de las perversiones se caracteriza por cierta cantidad de defectos o insuficiencias de la presencia del otro en el objeto. Son enfermedades de las conjunciones de subjetividad. El trabajo psíquico que impone el objeto a la subjetividad del bebé tropieza con la falla de la actividad de representación y de identificación de la psique materna, como lo ha mostrado, por ejemplo, R. Debray en relación con la angustia irrepresentable que experimenta la madre ante el dolor del bebé que llora: para romper el círculo infernal [131] de la relación madre angustiada-bebé que llora, es preciso que se interponga como tercero la actividad del preconsciente del terapeuta y, en el trasfondo de la relación madre-hijo, que sea movilizada la actividad del preconsciente del padre.

El análisis de los vínculos de grupo nos obliga a tomar en consideración, de manera central, las conjunciones de subjetividad y la exigencia de trabajo impuesta a la psique por las modalidades de la presencia del otro en el objeto.

La noción de exigencia de trabajo psíquico es propuesta por Freud en los *Tres ensayos*, y luego en el texto de 1915 «Pulsiones y destinos de pulsión». Considerando la cuestión de la pulsión bajo el ángulo de la vida psíquica, Freud escribe que «la "pulsión" se [le] presenta como un concepto límite entre lo psíquico y lo somático, como un representante psíquico de las excitaciones emanadas del interior del cuerpo y que arriban al alma, como la medida de la exigencia de trabajo (*die Arbeitsanforderung*) impuesta al psiquismo a consecuencia de su correlación con lo corporal».

Es preciso, pues, volver a la teoría del apuntalamiento para bosquejar la idea de que la cualidad de la experiencia de satisfacción incluye la cualidad de la satisfacción experimentada por el objeto mismo, es decir, la cualidad de la actividad psíquica de la madre: con el proceso del apuntalamiento de la pulsión nos hallamos inmediatamente en el campo de la intersubjetividad. Para satisfacer la necesidad, es preciso una intervención específica del objeto; pero hay que tomar en consideración la vida propia del objeto y lo que este transmite al yo. Esta intervención es también irrupción de lo desconocido del otro en el yo, y ella marca la discontinuidad irreductible entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo.

[132] El Otro y la subjetividad del objeto Intervienen de manera decisiva en el proceso del apuntalamiento, en los destinos de la pulsión y en la formación del vínculo. La formación de la pulsión oral y la introyección del pecho constituyen el paradigma de todas esas exigencias: con el «pecho» se introyectan representantes del narcisismo primario, del pecho y del vínculo, de la represión y del renunciamiento. El «pecho» está animado por la subjetividad del objeto. Cada una de estas exigencias de trabajo psíquico no implica

solamente al objeto, sino al otro del objeto (Green) y al otro en el objeto (Kaës). Por eso importa distinguir el otro y el objeto. El otro, presente en el objeto, es irreductible a su interiorización como objeto.

Hemos descrito (1993) ciertas exigencias de trabajo psíquico impuestas por las correlaciones de subjetividad en el vínculo de grupo. La primera es constituida en la investidura narcisista del infans por los padres y por el conjunto intersubjetivo en el que el recién nacido viene al mundo. Los representantes del narcisismo primario son la medida de este trabajo, del que los contratos y pactos narcisistas son una expresión capital. La segunda se constituye con los procesos intersubjetivos productores del inconsciente. Nos encontramos aquí con los pactos y alianzas inconscientes que resultan de las operaciones de co-represión y/o de renegación en común. La tercera resulta de los dispositivos que representan las Prohibiciones fundamentales y los renunciamientos necesarios para establecer la comunidad de derecho. La cuarta está asociada a la formación del sentido y de la actividad representacional, y la interpretación puede ser considerada como la medida de este trabajo. La quinta está constituida por la necesidad de la introyección, y la medida de este trabajo es la identificación. Finalmente, una sexta exigencia impuesta a la psique por la intersubjetividad es una exigencia de no-trabajo psíquico: son las exigencias de desconocimiento [133], de no-pensamiento o de abandono de pensamiento.

III. La noción de trabajo psíquico de la intersubjetividad

La noción de trabajo psíquico de la intersubjetividad corresponde a las condiciones en las que se constituye el sujeto del inconsciente. Las investigaciones sobre el proceso asociativo y sobre las funciones fóricas han permitido avanzar y precisar esta noción: llamamos trabajo de la intersubjetividad al trabajo psíquico del Otro o de más-de-un-otro en la psique del sujeto del inconsciente. Las exigencias de trabajo psíquico son uno de sus motores: imprimen a la formación, a los sistemas, instancias y procesos del aparato psíquico y, en consecuencia, al inconsciente, contenidos y modos de funcionamiento específicos. Correlativamente, cada sujeto adquiere, en diversos grados y en ciertas condiciones de su relación con el otro, la capacidad de significar e interpretar, de contener y rechazar, de ligar y desligar, de jugar con —o de destruir— representaciones, emociones y pensamientos que pertenecen a otro sujeto, que transitan a través de su propio aparato psíquico o devienen de él, por incorporación o introyección, partes enquistadas e inertes, o integrantes y reutilizables.

En el trabajo psicoanalítico en grupo trabajamos permanentemente con el proceso psíquico del otro para poder descubrir lo que en nosotros está o no está disponible para una actividad de representación o para una acción.

EL GRUPO COMO ESTRUCTURA DE CONVOCACIÓN Y DE EMPLAZAMIENTOS PSÍQUICOS IMPUESTOS Y CONSENTIDOS [134]. La teoría del grupo como aparato psíquico grupal define al grupo como una estructura de convocación y de asignación de emplazamientos psíquicos necesarios para su funcionamiento y mantenimiento. El grupo impone a sus sujetos una cantidad de coacciones psíquicas; estas corresponden a los renunciamientos, abandonos o borramientos de una parte de la realidad psíquica:

renunciamiento pulsional, abandono de los ideales personales, borramiento de los límites del yo o de la singularidad de los pensamientos, exigencias de creencia, de representación, de normas perceptivas, de adhesión a los ideales y a los sentimientos comunes. El grupo prescribe además vías de cumplimiento: desvía la función represora, exige una cooperación al servicio del conjunto; ordena las leyes locales que rigen los contratos, pactos y alianzas inconscientes, preconscious y conscientes. A cambio, el grupo asume una cantidad de servicios en beneficio de sus sujetos, servicios en los que ellos colaboran, por ejemplo mediante la edificación de mecanismos de defensa colectivos o la participación en las funciones del ideal.

Nuestra tesis es que los emplazamientos subjetivos que la organización grupal determina, todas las coacciones y todos los contratos psíquicos que impone, todas las formaciones de la realidad psíquica que genera y que administra según su orden, su lógica y su finalidad propias, guardan relaciones de correspondencia, coincidencia, complementariedad u oposición en cada uno de los sujetos.

Lo hemos establecido a propósito de las funciones fóricas: los emplazamientos y funciones a las que son asignados algunos de sus miembros no siempre son impuestos al sujeto desde el exterior, sin su voluntad. Aun cuando él se sitúe pasivamente y sin saberlo, el sujeto está todavía presente en el modo según el cual desea ausentarse, no saber nada o borrarse: esto es lo que se produce [135] cuando renuncia a devenir Yo [*Je*] que piensa su lugar de sujeto y cuando no quiere saber nada de su deseo de deshacerse de ello en favor del grupo.

Uno de los objetivos del trabajo psicoanalítico en situación de grupo es confrontarse con esta experiencia. El análisis ocurre cuando se centra en el anudamiento de esos lugares y funciones, cuando permite remontar el trayecto que desembocó en tales emplazamientos y en tales funciones: entonces está en condiciones de desatar los dobles nudos inter-subjetivos e intrapsíquicos en los que el sujeto se constituyó. Una tarea del psicoanálisis es precisamente remontar el curso de la historia de esos anudamientos y posibilitar ese doble desanudamiento del yo (*Ich-Analyse*) y de la «Psicología de las masas».

IV. El concepto de sujeto del grupo como sujeto del inconsciente

El concepto de sujeto del grupo define el modo en que el sujeto del inconsciente se forma en la inter-subjetividad. El sujeto del inconsciente está ineluctablemente sujeto a un conjunto intersubjetivo de sujetos del inconsciente: algunas formaciones del inconsciente se transmiten por la cadena diacrónica de las generaciones y por la sincrónica de los contemporáneos; una parte de esas formaciones toma apoyo en ciertas modalidades de la transmisión psíquica, fijadas por las alianzas, los pactos y los contratos inconscientes. Por el hecho mismo de su ligazón con el grupo, esta situación impone a la psique una exigencia de trabajo psíquico que duplica, en paralelo o en interferencia, la que impone a la psique su necesaria ligazón con lo corporal.

[136] El concepto de sujeto de grupo califica al sujeto del inconsciente por la parte que le impone el hecho de ser eslabón, heredero, servidor y beneficiario del conjunto

intersubjetivo que lo precede, y por esa otra parte que él toma para mantener ciertas formaciones psíquicas propias del conjunto. El sujeta-miento se efectúa y se sostiene del lado del grupo; sirve a los intereses del conjunto o de algunos de sus miembros; es también una exigencia del sujeto mismo, en las condiciones inaugurales de su vida al nacer. Esas dos exigencias se conjugan en ciertas sinergias de sujetamiento; son además el motivo de la conflictividad psíquica del sujeto del grupo y lo determinante de su estructura.

El sujeto del grupo no es un sujeto mecánicamente determinado por la lógica del conjunto: si es actuado, también es activo y actor. No es el reflejo del grupo, y su dependencia respecto de él es también creación suya. Esta forma de comprender al sujeto en su sujetamiento al grupo se inscribe en la línea de pensamiento de Freud cuando esboza la dinámica epigenética propia del sujeto: el heredero es un actor.

El concepto de sujeto del grupo define una zona, una dinámica y una economía de la conflictividad psíquica en las que se inscriben todos los componentes del conflicto y de la división propios del sujeto del inconsciente. Así ocurre cuando delega a una parte de sí mismo la función de representarlo entero ante otra parte de sí mismo, o ante representantes de otro o de más de un otro. También ocurre igual cuando delega esta función a representantes externalizados: de estos, como de aquellos, en la división del mundo interno, puede no querer saber nada, desconocerlos, o por el contrario aceptarlos en él como desconocidos familiares o extraños inquietantes. Efectivamente, es siempre en él mismo donde el sujeto [137] del grupo está dividido: entre las exigencias que le impone el movimiento que lo impulsa a ser para sí mismo su propio fin, y las que derivan de su posición en una cadena intersubjetiva.

HETEROGENEIDAD Y HETEROTOPIA DEL INCONSCIENTE. Los conceptos de sujeto del grupo, de alianzas inconscientes y de funciones fóricas han permitido describir una relación dialéctica entre intersubjetividad y vida subjetiva intrapsíquica; el análisis de los procesos asociativos abrió nuevas vías a la comprensión de las condiciones intersubjetivas de la producción del inconsciente y del levantamiento de la represión.

Estas investigaciones llevan a pensar que el inconsciente no es ni isótopo ni homogéneo. Una parte de su lugar es extratópica, su economía está asociada a la de otros sujetos del inconsciente, su dinámica se inscribe en el conflicto entre el sujeto del inconsciente y el sujeto del grupo. Si admitimos que, como lo afirma Freud en 1915, la represión es efectivamente «en el más alto punto individual», las investigaciones sobre los pactos denegativos, la comunidad de renegación, la co-represión y las alianzas denegativas muestran que la formación del inconsciente está estrechamente asociada a las vicisitudes, formas y contenidos del inconsciente de otro, de más-de-un-otro.

[138]

Conclusión

En algunos años, las teorías psicoanalíticas del grupo han diversificado sus hipótesis fundamentales y sus objetos. Se consolidaron a medida que la construcción metodológica se hacía más rigurosa, posibilitando la puesta a prueba de las especulaciones, y que la clínica obligaba a encontrar nuevas representaciones de los procesos psíquicos desencadenados en los grupos. Las investigaciones deben seguramente continuar, bajo el doble aguijón de la clínica y de la crítica.

Pero un campo teórico se ha constituido y se ha enriquecido, pasando del interés por el grupo como entidad específica a una puesta en perspectiva de las configuraciones vinculares y a una investigación de los efectos de los procesos intersubjetivos sobre la organización de la vida psíquica del sujeto considerado en su singularidad.

El grupo, lugar de formación y de transformación de una realidad psíquica de otro modo inaccesible, ya no puede ser pensado, en el mejor de los casos, como una aplicación del psicoanálisis. Ha devenido un problema consistente dentro del psicoanálisis, en todas las dimensiones donde este se ha constituido: como método de investigación, régimen de tratamiento de los trastornos psíquicos, conocimiento teorizable y comunicable del inconsciente y de sus efectos de subjetividad. La cuestión del grupo interroga, pues, los saberes del psicoanálisis, la forma como este [139] los ha construido y los límites de su validez; ha facilitado una de las vías de acceso a una crítica epistemológica del psicoanálisis.

Las investigaciones que hemos expuesto reclaman la invención de una nueva metapsicología y esto por dos razones: la primera es que, a partir del momento en que el aparato psíquico ya no es concebido como una mónada sino que es pensable como abierto, de base, sobre los espacios intersubjetivos, ya no podemos entender exactamente de la misma manera los procesos de formación del inconsciente. Una cantidad de conceptos abren ese acceso: lo protomental, la inter-ritmicidad pulsional, el co-sí mismo, las alianzas inconscientes y la noción de una exigencia de trabajo psíquico impuesto por la condición intersubjetiva de la psique.

Existe una segunda razón para producir una nueva metapsicología: las investigaciones psicoanalíticas sobre los grupos abren otra dimensión al concepto de realidad psíquica. Desde el momento en que la hipótesis de una psique compartida —se la llame grupal, familiar o colectiva— deviene probable, se vuelve necesario construir modelos de inteligibilidad de esta realidad, de su consistencia, sus estructuras y sus leyes de transformación. Así pues, al transformarse nuestro conocimiento del aparato psíquico, debe modificarse también la metapsicología.

Estas puestas en perspectiva recíprocas definen el campo de una nueva clínica psicoanalítica, observable tanto en la práctica de la cura individual como en la práctica de las curas plurisubjetivas.

Es en estas condiciones como las teorías psicoanalíticas del grupo contribuyen a la teoría general del psicoanálisis.

[141]

Referencias bibliográficas

- Abraham, A. (1994) «Le Co-soi ou le synthésisme primaire», en R. Kaës *et al.*, *Les voies de lapsyché. Hommage á D. Anzieu*, París: Dunod.
- Anzleu, D. (1975) *Le groupe et l'inconscient*, París: Dunod.
- Anzieu, D., Kaës, R. et al. (1972) *Le travail psychanalytique dans les groupes, 1. Cadre et processus*. París: Dunod (1982).
- Anzieu, D. y Martin, J.-Y. (1990) *La dynamique des groupes restreints*, París: PUF.
- Avron, O. (1996) *La pensée scénique. Groupe et psychodrame*, París: Eres.
- Béjarano, A. (1972) «Résistance et transfert dans les groupes», en D. Anzieu, A. Béjarano *et al.*, *Le travail psychanalytique dans les groupes*, París: Dunod.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997) *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*, Buenos Aires: Paidós.
- Bernard, M. (1996) «Reflexiones sobre el concepto de transferencia en el psicoanálisis vincular», *Psicoanálisis de las configuraciones vinculares*, XXIX, 1, págs. 13-62.
- Bion, W.-R. (1961) *Recherches sur les petits groupes*, París: PUF, 1965.
- Bleger, J. (1970) «Le groupe comme institution et le groupe dans les institutions», en R. Kaës, J. Bleger *et al.*, *L'institution et les institutions. Etudes psychanalytiques*, París: Dunod, 1988.
- Caparros, N. (1992) *Psicopatología analítico-vincular, I y II*, Madrid: Quipu Ediciones.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975) *La violence de l'interprétation. Du pictogramme a Vénoncé*, París: PUF. [La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1977.]
- Corrao, F. (1998) *Orme II. Contributi alla psicoanalisi di gruppo*, Milán: Raffaello Cortina Editore.
- Decherf, G. (1981) *Œdipe en groupe. Psychanalyse et groupes d'enfants*, París: Clancier-Guénaud.
- Di Maria, F. y LoVerso, G. (ed.) (1995) *La psicodinamica dei gruppi. Teorie e tecniche*, Milán: Cortina Editore.
- Enriquez, E. (1988) «Le travail de la mort dans les institutions», en R. Kaës, J. Bleger *et al.*, *L'institution et les institutions*, París: Dunod.
- Foulkes, S.-H. (1964) *Psychothérapie et analyse de groupe*, París: Payot, 1970.

- Freud, S. (1913) *Tótem et tabou*, París: Payot, 1947. [*Tótem y tabú*, en *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores (AE3, 24 vols., 1978-85, vol. 13, 1980.)
- (1921) «Psychologie des foules et analyse du Moi», en «Essais de Psychanalyse, París: Payot, nueva traducción, 1981. [*Psicología de las masas y análisis del yo*, en AE, vol. 18, 1979.]
- González, F. M. (1991) *Ilusión y grupalidad*, México: Siglo Veintiuno Editores.
- Hinshelwood, R. D. (1987) *What happens in groups*, Londres: Free Association Books.
- Kaës, R. (1976) *L'appareil psychique groupal*. *Constructions du groupe*, París: Dunod.
- (1993) *Le groupe et le sujet du groupe. Eléments pour une théorie psychanalytique du groupe*, París: Dunod. [*El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1995.]
- (1994) *La parole et le lien. Les processus associatifs dans les groupes*, París: Dunod.
- Kaës, R., Missenard, A., Ginoux, J.-C., Anzieu, D. y Béjarano, A. (1982) *Le travail psychanalytique dans les groupes*, 2da. ed., París: Dunod.
- Koenig, K. y Lindner, W. V. (1991) *Psychoanalytische Gruppentherapie*, Gotinga: Vandenhoeck und Ruprecht.
- Lecourt, E. (1993) *Analyse de groupe en musicothérapie. Le groupe et le sonore*, París: ESF Editeur.
- [143]
- Missenard, A. (1999) «Le psychodrame de groupe avec psychanalystes», en A. Missenard, R. Kaës et al. *Le psychodrame psychanalytique de groupe*, París: Dunod.
- Napolitani, D. (1987) *Individuité e gruppaité*, Turín: Boringheri.
- Neri, C. (1997) *Le groupe. Manuel de psychanalyse de groupe*, París: Dunod.
- Pichon-RMére, E. (1971) *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (1)*, Buenos Aires: Nueva Visión. (1980) *Teoría del vínculo*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pines, M. (1983) *The evolution of Groupanalysis*, Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Pigott, C. (1990) *Introduction à la psychanalyse groupale*, París: Editions Apsygée.
- Pontalis, J.-B. (1958-1959) «Des techniques de groupe: de Fidéologie aux phénomènes», en *Après Freud*, París: Julliard(1965). (1963) «Le petit groupe comme objet», *ibíd.*
- Resnik, S. (1986) «Bion, psychose et multiplicité», *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, 5-6, págs. 57-66.
- Rouchy, J.-C. (1997) *Le groupe, espace analytique. Clinique et théorie*, París: Eres.
- Ruitenbeek, H.-M. (1970) *Les nouveaux groupes de psychotérapie*, París: Editions de l'Epi, 1973.

Schneider, P.-B. (ed.) (1972) *Pratique de la psychothérapie de groupe*, Florencia: Giunti; París: PUF.

Schill, S. de (ed.) (1971) *La psychothérapie de groupe*, París: PUF: 1973.